

Dios habla.

Índice

Para todos los que buscan y quieren descubrir al Dios de la Biblia	3
Las cartas de Juan	5
La carta de Santiago	25
Primera carta de Pedro	26
Segunda carta de Pedro	38
La carta de Judas	53
La carta a los Hebreos	64
El Apocalipsis	100
Para terminar	171

Para todos los que buscan y quieren descubrir al Dios de la Biblia

Este libro contiene una parte del Nuevo Testamento en un estilo narrativo explicativo. Se trata de las cartas de Pedro, Juan, Judas y Santiago. Luego, la carta a los Hebreos. Y, por último, el libro final del Nuevo Testamento: el Apocalipsis.

Es una versión en *mis* propias palabras. Por tanto, *no* es el texto original de estos antiguos documentos, tal como lo encontramos en muchas traducciones de la Biblia. Está pensada como una ayuda para comprender todavía mejor estos textos bíblicos. O para descubrirlos de una manera totalmente nueva.

Me pongo en el lugar de los autores. Luego reproduzco el contenido a mi manera, explicado de forma breve y concisa. Sobre todo para quienes todavía no conocen la Biblia en absoluto. Mi texto es aproximadamente dos o tres veces más largo que el de una Biblia de Lutero o la Einheitsübersetzung (traducciones alemanas de la Biblia).

Se trata, sin duda, de una cierta forma de interpretación. Pero no comparable con los comentarios bíblicos. Aun así, he consultado muchos comentarios y traducciones de la Biblia para mi versión. Sobre todo para comprender el significado de los textos en su contexto original e histórico, con el objetivo de tender un puente hacia el siglo XXI. Estoy agradecido por los muchos comentarios y traducciones de la Biblia. Sin embargo, no he indicado las fuentes. Si alguien encuentra huellas de sus pensamientos en mi texto, se lo agradezco aquí expresamente.

Faltan intencionadamente los números de versículo, los pasajes paralelos, las notas a pie de página y los títulos. Solo hay indicaciones de capítulo. Lea usted sencillamente una carta entera de principio a fin. Deje que actúe en usted como un todo. Las indicaciones de capítulo son solo una ayuda para orientarse cuando se busca algo o se quiere comparar con una Biblia clásica.

Yo mismo he experimentado a través de este trabajo una bendición profunda, transformadora y alentadora. He podido beber de la fuente pura y divina del agua de la vida. Son textos de *seres humanos*. Pero al mismo tiempo —esto no vale para ningún otro libro del mundo— es la *Palabra de Dios* misma.

Eso lo reconoce y lo percibe todo aquel que está dispuesto a buscar a este Dios que se ha revelado en Jesús.

Le invito a vivir lo mismo. Ante todo con la Biblia. O también con esta versión libre, pero fiel al sentido.

No lo he logrado yo solo. En primer lugar, mi especial agradecimiento va a Horst Stricker, pastor jubilado. Él ha afinado mis palabras con mucho tiempo y meticulosidad y, cuando era necesario, las ha mejorado. Mi agradecimiento también a Barbara Krupinski, que no por primera vez ha revisado un manuscrito mío. Y, no menos importante, doy las gracias a Wilhelm Adelberger por la composición tipográfica del libro y a Tobi Stricker por el diseño.

Este libro se publica para la iniciativa interconfesional «Kirche für Alle» («Iglesia para todos»). Su objetivo es hacer discípulos. Por eso son centrales las palabras de nuestro Señor Jesucristo y las de los apóstoles, tal como siguen disponibles hoy en el Nuevo Testamento. Que este libro apoye ese objetivo.

Que haya un libro con los cuatro evangelios y los Hechos de los Apóstoles, así como otro libro con las cartas de Pablo, depende de si esta publicación resulta una ayuda y motiva de verdad y de forma duradera a leer la Biblia.

Sería bonito saberlo. Nos alegramos de cualquier comentario en info@kirchefüralle.de.

Hans-Jörg Ronsdorf, Sulzberg (Allgäu), mayo de 2018

Las cartas de Juan

- La vida eterna: ahora y pronto
- Certeza de la vida eterna
- La luz, el amor y la alegría de Dios
- Perdón: ¡una vez y para siempre!
- El nuevo mandamiento del amor
- El mundo y la voluntad de Dios
- La familia de Dios
- La victoria por la fe

La primera carta de Juan

Cuando Jesús nos hizo a nosotros, los Doce, sus discípulos, comenzó algo completamente nuevo. Algo que lo cambió todo y que nunca más terminará. Se trata de Jesús, que es la Palabra. Él nos ha revelado la vida verdadera. Damos testimonio y contamos todo lo que hemos oído de él, la Palabra de vida. Fue más que palabras. Se podía ver y admirar la vida; sí, tocarla y abrazarla. Él era un *ser humano* como nosotros, al que seguimos durante tres años. Lo vivimos de muy cerca.

La vida de Dios, su vida más propia, ha venido de verdad a nosotros en Jesús, con todo su poder y plenitud. Todos los seres humanos la necesitan urgentemente. Nosotros, los apóstoles, y también muchos otros la hemos visto. Somos testigos que les anunciamos esta noticia tremenda. Él, el Hijo, que es la vida eterna en persona, vino de Dios. Él mismo nos comunicó una y otra vez que había sido enviado por el Padre celestial. El Padre quiso que su Hijo, que lleva en sí esta vida de la gloria de Dios, viniera a nosotros. Por eso el Hijo de Dios se hizo hombre. Porque solo así puede alcanzarnos la vida divina y llegar a ser nuestra vida, la de nosotros, que estamos entregados a la muerte. Eso deben saberlo también todos aquellos entre ustedes que niegan que el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre.

Tenemos que contarles todo lo que hemos visto y oído de Jesús. Si lo oyen y lo creen, entonces Jesús se convierte en nuestro centro común. En el corazón que nos une. En Jesús, y en ningún otro, tenemos comunión unos con otros; y, por increíble que suene: comunión con el Padre celestial y con su Hijo Jesucristo. Porque él nos dio parte en la vida de Dios.

Por medio de Jesús, todos nosotros, ustedes y nosotros, sencillamente todos los que siguen a Jesús, somos de un mismo corazón y una misma alma. Como una familia que está unida y lo comparte todo. En esta relación y en esta unión vive la alegría del Dios trino. Una alegría que supera toda alegría terrenal y mundana. Y que no puede ser mayor. Esta alegría familiar celestial la sienten todos los que viven consciente y activamente en la comunión de la familia de Dios.

Sin embargo, hay algo que no encaja en absoluto con esta comunión y cercanía de Dios. El mensaje de Jesús fue claro y nítido. Nos señaló a nosotros, los apóstoles, algo muy importante que tenemos que comunicarles sin falta. Si no lo hiciéramos, seríamos culpables ante ustedes: Dios, el Eterno, es santo. Él mismo es la *luz* más pura y más brillante. Habita en la luz. No soporta el pecado y nunca hace concesiones con nada que contradiga su glorioso ser. Por ejemplo, la falta de amor, la ingratitud, el egoísmo y el desprecio o la rebelión contra sus buenos mandamientos, que son lo mejor para nosotros. De esta clase de tinieblas no hay nada en Dios, ni tampoco en Jesús. Naturalmente, no se trata de tinieblas en sentido literal o físico. Se trata de la oscuridad que entenebrece nuestros corazones y deja sin rumbo nuestra actitud ante la vida. La Palabra de Dios llama a este estado pecado e injusticia, estar separados de este Dios glorioso que es la luz.

Así pues, si afirmáramos —como hacen algunos entre ustedes— que tenemos comunión con este Dios glorioso, pero viviéramos en las tinieblas, es decir, en nuestra propia voluntad, sin preguntar por Dios y por su voluntad, eso sería una mentira descarada. Y nunca la verdad. Pero si vivimos en la luz de Dios, a la que Jesús nos ha llevado de una vez para siempre, entonces tenemos entre nosotros *y* con el Padre y su Hijo una *comunión* viva y permanente. En su luz, en su amor y en la alegría de la casa del Padre.

Pero ¿podemos realmente vivir en esta luz santa de Dios y permanecer allí? ¡Si fallamos y pecamos una y otra vez! Sí, podemos. Gracias a Dios para siempre. Hay una razón por la que podemos mantenernos para siempre en su luz: su Hijo, Jesucristo, dio en la cruz su sangre y su vida. Por eso estamos *para siempre* limpios de nuestros pecados. Esta *sangre* preciosa, derramada una sola vez, nos limpia mientras sigamos pecando. ¡Entonces, hoy y en el futuro! Estamos siempre en comunión con Dios. Incluso cuando todavía pecamos. Solo la sangre de Jesús es nuestra seguridad y garantía eterna. No es nuestra obediencia o desobediencia lo que hace posible o destruye la comunión con Dios. Dios mira la sangre preciosa de su Hijo; solo por eso estamos seguros. Para siempre. Como en aquel tiempo la sangre del cordero de la Pascua, que protegió a todos los israelitas del juicio. Somos limpiados de *todos* nuestros pecados. También de los que pasamos por alto, olvidamos o de los que no somos conscientes. Y de los que, por desgracia, todavía cometeremos.

Pero si alguien pensara, como afirman los falsos maestros, que no tenemos pecado y que no necesitamos ser limpiados por la sangre de Jesús, eso sería un gran error. Viviríamos de espaldas a la verdad y a la realidad. Nos engañaríamos a nosotros mismos. Nuestros pecados nos precipitarían a la perdición.

Solo hay un camino para ser liberados de esta mentira de no tener pecado y de este autoengaño. Solo si **reconocemos** nuestros pecados y los confesamos a Dios, nos libramos de ellos. Solo así recibimos el perdón que Dios quiere regalarnos por la sangre de Jesús. Solo reconociendo y confesando, es decir, expresando los pecados de los que somos conscientes, entramos en la comunión verdadera y viva con Dios, el Padre y el Hijo. Y así también en la comunión de todos los seguidores de Jesús que viven bajo la sangre purificadora de Jesús. El perdón se nos regala por **todos** los pecados. Una vez más: también por aquellos que hemos olvidado o de los que no somos conscientes. Y por los que todavía cometeremos.

¿Acaso lo hemos merecido o tenemos algún derecho a que Dios nos quite los pecados? ¡No! Pero Jesús, que dio su vida por nosotros, es la certeza de que Dios perdona. La preciosa sangre de Jesús representa su vida santa y sin pecado. Él la ofreció por nosotros. Eso tiene para Dios un valor incalculable. Por eso él se ha comprometido, en virtud de esta sangre de su Hijo, a perdonar a todo aquel que, creyendo, reclama para sí el sacrificio de Jesús y se apoya por completo en él. ¡Dios siempre cumple su palabra! ¡Porque él es fiel y justo!

Una vez más, porque todos deben saberlo: quien afirma que nosotros, como hijos de Dios, vivimos automáticamente sin pecado, se engaña a sí mismo. Y el autoengaño es todavía peor cuando pecamos y pensamos que no es pecado. Porque entonces hacemos a Dios mentiroso. Pues él nos ha mostrado claramente lo que es pecado. Quien de verdad cree que no tiene pecado y que vive sin pecar está perdido, porque no reclama la sangre de Jesús mediante la confesión de sus pecados. Por eso esta es una falsa doctrina que lleva a la perdición.

Capítulo 2

Queridos amigos, está claro, y ni siquiera debería tener que escribirlo: ¡No pequen! Si el Dios eterno y glorioso llama a los seres humanos a su comunión, entonces deberíamos pensar y sentir respecto al pecado exactamente como él. En este sentir queremos crecer y aumentar.

A la comunión con Dios pertenece también ver y reconocer honestamente nuestros fallos. Porque, tenemos que preguntarnos con sinceridad, ¿hay algo que hagamos que sea *absolutamente* puro y santo? Pero si nosotros, como hijos de Dios, volvemos a pecar alguna vez, no por eso estamos jamás perdidos. Tampoco se interrumpe ni se limita la comunión con el Padre y el Hijo. Porque *todo* ha sido ya perdonado. No necesitamos perdón de nuevo. Y nada menos que Jesús, el Hijo del Padre, que dio su sangre por nosotros, es nuestro abogado y fiador ante el Padre. Él es nuestra seguridad para siempre. Él es *el Justo*. Nosotros mismos, los injustos, nunca habríamos podido borrar nuestros pecados.

Todos nuestros pecados los ha borrado Jesús con su sangre. Él es el *sacrificio expiatorio* perfecto y único por nuestros pecados. Ahora Dios ya no encuentra nada injusto en nosotros. Porque todos nuestros actos impíos e injustos, que se dirigían contra Dios y contra los seres humanos, fueron perdonados y quitados en Jesús. Su sacrificio tiene un valor tan grande que podría borrar todos los pecados de todas las personas del mundo. Pero el perdón, claro está, solo lo reciben quienes buscan refugio en Cristo y en su sacrificio.

¿Cómo podemos saber, entonces, que conocemos a Jesús y que lo seguimos? Sencillamente porque amamos y cumplimos sus *mandamientos*. Si alguien afirma tener una relación viva y transformadora con Jesús, pero no cumple sus mandamientos, ni siquiera lo intenta, se miente a sí mismo. Y a los demás. En alguien así no puede estar presente la verdad de Dios. Pero quien cumple la palabra de Jesús, en él el amor de Dios está en casa; sí, ha llegado a su meta. No solo ha aceptado el amor de Dios, sino que también lo ha correspondido y transmitido.

Si guardamos y cumplimos su palabra, estamos en Jesús. Y quien pretende estar en Jesús no tiene otra opción que vivir como Jesús vivió. Entonces se reconoce que el amor, la misericordia, la verdad y la santidad de Jesucristo se ven también en nosotros.

Queridos amigos, en realidad no les escribo un mandamiento nuevo. Era nuevo cuando Jesús nos lo dio a nosotros, los discípulos. En ese sentido es el mandamiento antiguo, original y todavía vigente. Lo recibieron cuando acogieron a Jesús por la fe. ¡Al mismo tiempo es para siempre un *mandamiento nuevo*! Porque por medio de Jesús ha recibido una dimensión absolutamente nueva: como mandamiento del *amor*. Algo así no había existido nunca antes.

Este mandamiento del amor vivía verdaderamente en él, y hoy en nosotros. Su vida se ha convertido también en nuestra vida. ¡Sí, él vive en nosotros! Así, y solo así, podemos vivir y amar como él. En Jesús vino al mundo la luz verdadera. Con ello comenzó la era nueva y venidera. Las tinieblas tienen que retroceder cada vez más. También han sido expulsadas de nuestros corazones. Vivimos en la luz de Dios. Y llega el día en que las tinieblas desaparecerán por completo y Jesús lo iluminará todo.

Quien afirma vivir en esta luz, pero no ama a su *prójimo*, sino que lo odia, pertenece forzosamente a las tinieblas. Quien ama a su prójimo pertenece a la luz. En la luz de Dios está seguro de no tropezar ni apartarse de la fe. Tengo que decirlo otra vez: quien odia a su prójimo está en las tinieblas. Eso es funesto, porque quien anda en la oscuridad no ve adónde va. En la oscuridad está ciego.

Hijos amados por Dios: ¡todos sus pecados, también los que todavía cometerán, les han sido perdonados! La única razón es la misericordia de Dios, que él nos ha prometido y regalado en Jesús. ¡Su nombre lo garantiza!

Ustedes, *padres* y *madres* en la fe, han crecido espiritualmente hasta serlo porque conocen y aman a Jesús como a nadie más.

Ustedes, *jóvenes*, también serán algún día padres y madres así. Ahora, por medio de Jesús, han vencido en la fe al Maligno, al diablo.

Ustedes, hijos, que todavía no llevan mucho tiempo en la fe, han reconocido algo muy importante y elemental: que Dios, el Eterno, es su Padre celestial.

A ustedes, padres y madres, les he escrito porque su conocimiento de Jesús, su amor y su entusiasmo por él los convierten en lo que ahora pueden ser en la fe para otros.

A ustedes, jóvenes, les he escrito porque son fuertes en Jesús. Sobre todo porque la Palabra de Dios, todo lo que Jesús ha dicho, es importante para ustedes y lo cumplen. Con Jesús y su palabra han logrado vencer al diablo. Todas las falsas doctrinas que él difunde y las personas a las que ha seducido no han podido tomarlos por sorpresa.

Tengan cuidado y no amen lo que aman y hacen las personas a quienes Dios y Jesús les dan igual. El amor verdadero solo puede aferrarse a una cosa. Quien desea una vida como la de los incrédulos, o la envidia, no conoce el gran amor del Padre celestial. El *amor del Padre* no puede estar en casa en este mundo alejado de Dios. Y allí tampoco es bienvenido.

Una sociedad en la que no reina Dios, sino el Maligno, está impulsada especialmente por tres cosas:

Por ceder y dar rienda suelta a todo *deseo*, ya sea el amor al dinero, la ambición, la sexualidad, el prestigio o la adicción.

Luego, el *deseo de los ojos*, que solo mira lo terrenal, lo visible y lo seductor. Y con ello pierde literalmente de vista el verdadero sentido de la vida.

Por último, la *vanagloria de la vida*: la fanfarronería, el orgullo, la presunción y la comparación, el acoso, y mucho más.

El ser humano sin Dios se considera a sí mismo rey de su vida, como si Dios no existiera. Todo eso nunca puede venir del Padre celestial. Todo eso desaparecerá algún día y habrá pasado. La única salvación para escapar de esta ruina es hacer lo que Jesús dice. Hacer la voluntad de Dios es el único programa alternativo al mundo que vale la pena. Es la única posibilidad de vivir el nuevo, eterno, santo y glorioso mundo futuro de Dios en la luz. Y de estar allí para siempre en la vida eterna.

Hijos de Dios, con Jesús ha llegado la *última hora*. Él dijo que vendría el *Anticristo*, el falso salvador. Pero ahora ya han aparecido muchos anticristos que, como aspirantes a Cristo, se ponen en el lugar de Jesús. Se han posicionado contra él. Por eso podemos decir que la última hora ha llegado. Es muy triste que estas personas salgan incluso de nosotros, de en medio de nosotros. Afirmaron, sí, pertenecer a la familia de Dios. Pero eso no es cierto. Si de verdad hubiera sido así, se habrían quedado con nosotros. Pero Dios los ha desenmascarado: no son de Dios, sino del Maligno. No tienen nada que hacer entre nosotros. Porque enseñan y difunden cosas falsas.

Todos nosotros tenemos la *unción* de Jesús. Él nos ha regalado el Espíritu Santo. Este nos ha enseñado que Jesús es el Cristo, el Hijo eterno del Padre. No les he escrito para que oigan estas relaciones por primera vez. Porque ya las saben. Manténganlas firmes. Las mentiras de estas personas no tienen absolutamente nada que ver con la verdad.

¿A qué personas que hablan de Jesús hay que llamar entonces mentirosos? ¡Pues a las que niegan que Jesús de Nazaret es el Mesías escogido por Dios! Alguien así es el Anticristo, que niega al *Padre* y a Jesús, su *Hijo*. Dice que Dios no es Padre en absoluto y que no puede tener un Hijo. Así pues, quien niega que Jesús es el Hijo del Padre no puede conocer al Padre ni tenerlo como Padre. Pero quien tiene a Jesús por Hijo del Padre, lo defiende y da testimonio de ello,

tiene a Dios, el Padre. Es verdaderamente un hijo de Dios. Eso también lo han oído así desde el principio. Si se aferran a ello como a una verdad que no se vende, están en la luz de Dios. Unidos al Padre y al Hijo.

Y para nosotros, los que nos aferramos a ello, vale la promesa única del Padre, que él ha cumplido y hecho realidad en su Hijo, el hombre Jesús: ¡nosotros, seres humanos mortales y pecadores, recibiremos la vida eterna! El pecado y la muerte serán vencidos. Seremos hijos de Dios.

Todo esto tengo que escribírselo. Porque andan por ahí personas, predicadores itinerantes, que quieren seducirlos y robarles estas verdades gloriosas y existenciales. Vuelvo a hablar de la unción que han recibido de Jesús. Es el Espíritu de Dios, que permanecerá en ustedes y con ustedes. Estaba ya allí desde el principio. Por eso no necesitan dejarse enseñar por estos seductores y mentirosos. Confíen en el Espíritu Santo. Él les enseña lo que es verdad. Permanezcan cerca de Jesús, el Hijo del Padre.

Y ahora miro hacia delante, amigos míos. Veo el día en que Jesús aparecerá visiblemente en el cielo. Será un día de la mayor alegría. Un día de fiesta incomparable en el que por fin nos encontraremos con nuestro Señor Jesús con todos los sentidos. Si queremos vivir así este día glorioso, entonces tenemos que vivir ya ahora con Jesús como si estuviera visiblemente con nosotros. Y seguirlo con celo hasta ese día. Si no lo hacemos, ese día nos sorprenderá. O nos asustará y nos avergonzará. Y ojalá no resulte entonces que algunos de ustedes no le pertenecían en absoluto.

Si hemos reconocido que Dios es absolutamente justo, entonces también podemos constatar si alguien vive la justicia como Jesús: alguien así ha nacido de Dios.

Capítulo 3

¿Pueden ustedes calcular siquiera con qué *amor ilimitado* nos ama Dios, el Padre? ¡Él nos ha hecho sus hijos por iniciativa propia! Ese era su plan y su voluntad eternos. Nadie, ni ningún anticristo ni ningún falso profeta, puede quitarnos esto ni ponerlo en duda: hemos llegado a ser verdaderamente hijos de Dios. Dios lo quiso.

En nuestra apariencia exterior no se puede constatar. Tampoco a Jesús se le reconoció exteriormente como Hijo de Dios. Ni él ni nosotros teníamos un aspecto distinto al de todos los demás seres humanos. ¡Aun así somos hijos de

Dios! Aunque las cualidades futuras de la filiación divina todavía no sean visibles exteriormente.

Una cosa es completamente segura: todos los hijos de Dios serán pronto totalmente *iguales* a Jesucristo glorificado. Lo veremos tal como es. Y solo podremos asombrarnos. Precisamente este hecho es el centro de nuestra esperanza. Nos motiva cada día a eliminar de nuestra vida, sin concesiones, todo lo que no encaja con su santidad y su gloria. Así nos vamos pareciendo a él cada vez más ya desde ahora.

Quien vive como si no hubiera Dios es en verdad un pecador, alguien que yerra su meta eterna. Porque Dios lo ha creado. Él lo mantiene con vida. A él debería estarle agradecido. Un estilo de vida así se llama también iniquidad, vivir sin ley. Quien niega a Dios y su autoridad vive en la anarquía. Los seres humanos, viviendo sin Dios, han acumulado una cantidad increíble de culpa por el pecado. Nadie puede deshacer estos pecados contra Dios y contra las personas. La culpa nunca se puede reparar con medios humanos. Pero precisamente por eso vino Jesús: para quitar nuestros pecados. Él puede quitarlos como si nunca hubieran ocurrido. ¡Nadie podía hacerlo! Solo él. ¿Por qué? Porque de ningún modo estaba infectado por el pecado y nunca pecó. Él era el Justo.

Quien sigue a Jesús y quiere hacer lo que él dice no obedece al pecado. Todos los que viven como si Dios no existiera ni han entendido a Jesús ni se han sometido a él como Salvador y Señor de su vida.

Hijos de Dios, ¡no hagan concesiones! Desde la perspectiva de Dios solo existe siempre un «o esto o aquello». Por eso no hablo de zonas grises, sino que subrayo una clara contraposición en blanco y negro de las verdades que les transmito. Quien quiere obedecer a Dios y vive según sus mandamientos es justo. Así como Jesús fue justo en su vida. Quien vive como si Dios no existiera peca y yerra la meta de su vida. Los tales hacen entonces lo que el *diablo* ha hecho siempre. Él rechazó la autoridad de Dios desde el principio y difundió esta anarquía. Sí, sedujo a ángeles y a seres humanos a hacer lo mismo. Todo el que peca se deja inspirar, en última instancia, por el diablo y está de su lado. Pero Jesús, el Hijo amado de Dios, vino para destruir todo lo que el diablo ha causado, todas sus malas obras. ¡Las obras del diablo no tienen la última palabra! Eso ya se puede ver ahora. Porque todo hijo de Dios ha nacido de Dios y, por tanto, ya no está determinado ni dominado por el pecado. Que un hijo de Dios

no tenga que pecar continuamente: ¡eso es solo obra de Dios en nosotros! La vida de Dios, su palabra y su Espíritu, está presente en sus hijos. Por eso no es posible en absoluto que sus hijos amen el pecado y vivan como si el Padre no existiera. Al final, nadie puede negar su verdadera naturaleza. O es de Dios o es del diablo. Por eso nadie debe engañarse a sí mismo en esta cuestión. Todos los que no preguntan por Dios y viven en consecuencia no pueden haber nacido de Dios ni ser hijos de Dios. A un hijo de Dios se le reconoce sobre todo por el amor al prójimo. Quien no ama a su prójimo de forma desinteresada y con hechos, como lo hizo Jesús, no ha nacido de Dios.

Cuando ustedes oyeron por primera vez de Jesús y de su buena noticia, el *amor* mutuo era lo decisivo, lo que marca la gran diferencia. Debe seguir siendo siempre así: que nos amemos unos a otros. El ejemplo más espantoso de lo contrario es la antigua y conocida historia de Caín. Actuó desde el diablo, el Maligno, al asesinar a su hermano Abel. ¿Por qué lo hizo? Todo lo que hacía era malo, porque era del Maligno. Pero su hermano era justo. Abel no era del diablo, sino de Dios.

Así que no se extrañen si algo así se repite continuamente también hoy. Es propio de la naturaleza del mal odiar lo bueno, lo santo, lo justo y lo amoroso. Sí, destruirlo. Las personas que viven sin Dios nos odian más o menos. Porque perciben que queremos hacer lo que Dios quiere. La diferencia entre ellos y nosotros no puede ser mayor. Nosotros, por haber nacido de Dios, hemos sido rescatados de la muerte y llevados a la vida. La muerte quiere destruir la vida. Eso no es otra cosa que odio. Y la verdadera y auténtica señal de vida de un hijo de Dios es que amamos al prójimo, sobre todo a los hijos de Dios. A la inversa, eso significa sin lugar a dudas: quien no ama al prójimo sigue todavía en la muerte. No es hijo de Dios. Todo el que odia a su prójimo es incluso un homicida como Caín, ya sea que realmente mate a alguien o que lo odie con la cabeza y el corazón. Para todos debería estar claro que alguien que odia al prójimo no puede tener vida eterna, aunque quizá por un tiempo haya parecido que sí.

¿Cómo reconocemos lo que realmente se quiere decir con el amor? El mayor *modelo*, y también la medida de lo que es el auténtico amor divino, lo vemos en Jesús. Por amor entregó su vida por nosotros y la sacrificó en la cruz. Si él hizo eso por nosotros, no puede ser de otra manera: nosotros haremos lo mismo por los hijos de Dios. También por el prójimo. Sin embargo, *vivir el amor* no significa

sacrificar enseguida la propia vida por los demás. Significa, por ejemplo, sencillamente que yo, que poseo algo, asisto al otro en su necesidad y le doy lo que necesita con urgencia. Si alguien no se siente afectado en lo más íntimo por la necesidad de su prójimo, entonces el amor de Dios no puede estar presente en él. La esencia del amor de Dios es percibir la necesidad del prójimo, sentirse afectado por ella y emplearlo todo para ayudar.

Hijos de Dios, dejen de solo hablar del amor y de gastar muchas palabras en ello. Vivan el auténtico amor de Dios con hechos y sin motivos egoístas.

En lugar de ayudar al prójimo, nuestro corazón a menudo se aferra a lo que deberíamos dar. Si soltamos nuestra vida y nuestros bienes por amor al prójimo, entonces estamos en la verdad. Si nuestro corazón egoísta no suelta, e incluso condena el dar desinteresado, considera innecesario amar al prójimo o se queda solo en palabras, entonces nos elevamos por encima del mandamiento de Dios, que es mayor que nosotros. Dios ve con exactitud los motivos y las objeciones de nuestro corazón. A este sentir de nuestro corazón tenemos que aprender a resistir y a estimar más el mandamiento del amor de Dios. Si nuestro corazón *suelta* para ayudar al prójimo con generosidad y desinterés, entonces tenemos una confianza libre y alegre en el Padre. Pues somos amados por él como sus hijos. Podemos expresarle nuestras peticiones y experimentar que él nos colma de regalos. Si damos con gusto al prójimo para aliviar su necesidad, entonces también el Padre nos da con gusto. Porque su mandamiento es importante para nosotros y lo cumplimos con gusto. Así nuestra vida es una alegría para él. ¡Él nos da con gusto cuando nosotros damos con gusto!

Dios, el Padre, nos da este *mandamiento*: poner nuestra confianza por completo en su Hijo Jesucristo, en su gloriosa grandeza y en que él basta para todo, pero realmente para todo. En la vida y en la muerte. A este mandamiento pertenece igualmente que nos amemos unos a otros, tal como Jesús también lo dijo. Quien cumple este mandamiento permanece en Jesús, y Jesús permanece en él. ¿Podemos saber que Jesús está en nosotros? Sí, por el Espíritu Santo. Él nos testifica esta verdad y nos regala certeza y paz interior al respecto. Este Espíritu no solo lo testifica. Jesús nos ha regalado este Espíritu para que esté siempre y para todo tiempo con nosotros.

Capítulo 4

Queridos amigos, en el mundo andan muchos *falsos profetas*. Son los mentirosos de los que ya hablé, que salieron de nosotros. A diferencia del Espíritu de Dios que ustedes tienen, por medio de estos profetas actúan espíritus de mentira. Por eso no crean a cualquier persona que quiera enseñarles. Examinen si viene de Dios. Al verdadero Espíritu que viene de Dios lo reconocen en que proclama la verdad acerca de Jesús. A saber, que Jesucristo se hizo verdaderamente hombre, lo fue y lo sigue siendo siempre. Aunque junto al Padre era y es siempre el Hijo eterno. Quien no cree esto ni lo confiesa ante otros no es de Dios. Está lleno de un espíritu de seducción, el espíritu del Anticristo. Este aparecerá un día públicamente de forma grandiosa y espectacular. Pero ya hoy actúa este espíritu por medio de tales falsos profetas y aspirantes a mesías. Difunden mentiras sobre el verdadero Cristo.

Los hijos de Dios han nacido de Dios. Han desenmascarado y vencido a los profetas mentirosos. En ustedes está el *Espíritu de Dios*, que es más fuerte que el espíritu del mundo. Estos profetas tienen su origen en el mundo sin Dios, pero aun así religioso. Solo hablan lo que viene del mundo y lo que agrada al mundo. Nosotros, en cambio, somos de Dios. Y quien conoce y ama a Dios nos entiende. Quien no es de Dios no entiende lo que decimos. Otra vez se trata para mí de un «o esto o aquello»: o habla el Espíritu de la verdad o el espíritu de la mentira y del error.

¡Queridos amigos! Amémonos unos a otros. El *amor* viene de Dios. Todo el que ama como Dios ama ha nacido de Dios. Conoce y ama a Dios. Quien no ama como Dios no lo conoce. Porque la naturaleza más profunda y eterna de Dios es amor puro. Este amor santo nos lo ha regalado Dios. Al enviar a su Hijo único a nosotros, los seres humanos. Al hacerse hombre su Hijo, hemos recibido la vida. Él nos la trajo. Este amor es totalmente inmerecido. No tuvo su origen en nosotros mismos, como si nosotros hubiéramos amado a Dios. No, él nos amó primero y envió a su Hijo para quitar nuestros pecados por medio de su sacrificio.

Queridos amigos, si hemos sido amados así, más allá de toda expectativa, sin merecerlo, entonces estamos prácticamente obligados a amarnos unos a otros. Si nos amamos unos a otros, entonces Dios permanece en nosotros. Su amor está en nosotros, por así decirlo, vivo, eficaz; sí, ha llegado a su meta. Dios es

Espíritu y nadie, ningún ser humano, lo ha visto jamás. Pero se puede ver y comprender algo de él a través del amor con que la familia de Dios se ama mutuamente.

¿Cómo podemos entender que estamos en él? ¿Y él en nosotros? Por su Espíritu podemos entenderlo. Y por su Espíritu es posible esta unión viva y estrecha, esta comunión de amor.

Nosotros, los apóstoles y discípulos de Jesús, lo hemos visto y les damos testimonio: el Padre vio realmente nuestra perdición y envió a su Hijo. Como Salvador del mundo entero. Por todas las personas envió el Padre a su Hijo.

Quien cree y confiesa que Jesús es el Hijo de Dios tiene comunión con Dios y está unido a él. Hemos conocido y creído cuán grande es el amor que Dios nos tiene. *Porque Dios es amor*. Todo su ser es el amor más puro, que se entrega. Ningún dios se ha mostrado jamás así. Esa es su determinación total. *Todo* lo que hace y lo que es procede del amor. Quien vive en este amor permanece en Dios, y Dios en él; y se reconoce en que estamos de corazón agradecidos al Padre y amamos al prójimo.

El amor de Dios nos ha transformado por completo. Hemos recibido el regalo de la libertad y la confianza ante Dios. Por eso *no tenemos miedo* ante el día del *juicio*, cuando todos tendrán que rendir cuentas ante el Dios santo y justo. Lo que allí cuenta y permanece es únicamente el hecho de que en el mundo hemos vivido como vivió Jesús. Eso se cumple cuando hacemos su palabra, lo cual es algo natural en todos los nacidos de Dios. Aunque nunca se logre al cien por cien. Pero tampoco por eso necesitamos tener miedo. El miedo a Dios nunca forma parte de la naturaleza del amor de Dios. Al contrario, el *perfecto amor de Dios* expulsa el miedo al día del juicio o al fracaso de no vivir como Jesús. El miedo ya es, de hecho, una especie de juicio que puede llevar a la desesperación. Quien todavía tiene miedo a Dios y a su juicio aún no confía. Todavía no ha encontrado reposo por el amor de Dios y el perdón de Jesús.

Amamos a Dios y al prójimo. Porque él nos amó primero.

Es importante y nunca hay que olvidarlo: si alguien afirma amar a Dios, pero odia a su prójimo, es un mentiroso. Quien no ama al hermano, al que puede ver con sus ojos, ¿cómo puede amar a Dios, al que no puede ver? Tenemos este mandamiento de Dios: que quien lo ama a él, naturalmente ama también a su prójimo.

Capítulo 5

Todo el que *cree* y *confiesa* que Jesús es el Mesías, es decir, el Cristo, es hijo de Dios. Nacido de Dios. El Padre y los hijos están unidos en el amor. Todo el que ama a Dios ama naturalmente también al que ha nacido de él. ¿En qué podemos ver si amamos a los hijos de Dios? En que amamos a Dios y cumplimos su palabra y sus mandamientos. En nosotros, los hijos de Dios, el amor de Dios hace que conozcamos y cumplamos sus mandamientos. Estos mandamientos no son difíciles para quienes tienen la vida que viene de Dios. Los cumplen con gusto. Porque quien ha nacido de Dios vence al mundo, que por su parte niega los mandamientos de Dios. Una sociedad que rechaza a Dios y sus mandamientos quiere conquistar también nuestro corazón. Quiere que vivamos como ella. Pero nosotros permanecemos firmes y victoriosos. Nuestra confianza en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos ayuda a mantener la victoria sobre el mundo. ¿Quién puede vencer al mundo alejado de Dios y rechazar su pretensión de poseernos? Solo los que *creen* que Jesús es el Hijo de Dios. El mundo y los falsos profetas no lo creen. Pero nosotros sí, y nos mantenemos en ello.

Jesucristo vino por nosotros. Se hizo hombre total y plenamente. Hay falsos maestros que afirman que en el bautismo el «Cristo divino» descendió sobre el hombre Jesús de Nazaret. Y que poco antes de su muerte lo habría vuelto a abandonar. Pero Jesucristo, el Hijo de Dios, se dejó bautizar por Juan en el agua porque él lo quiso. Y él mismo se entregó en sacrificio en la cruz. Por su sangre derramada nos ha limpiado de los pecados. Esto se lo testificó a ustedes el Espíritu Santo de la verdad desde el principio. Sí, como exige la ley de Moisés, puedo nombrarles dos o tres testigos: el agua, la sangre y el Espíritu. Unánimemente aseguran que el Hijo de Dios se hizo hombre. Su ministerio comenzó con su bautismo en el agua. Y el mismo Hijo de Dios murió en el Gólgota. Los seres humanos pueden afirmar cualquier cosa, pero el testimonio de Dios es mayor y, por eso, digno de confianza. La última instancia. Dios ha testificado sobre Cristo exactamente lo que testificaron los tres testigos. Quien cree en este Cristo lleva y guarda en su corazón este testimonio unánime. Quien rechaza el testimonio de Dios sobre su Hijo hace a Dios mentiroso.

Lo que Dios testifica sobre el Hijo es importante y fiable. Nos concierne también a nosotros de forma muy concreta. ¡Él nos ha dado *vida eterna*! Esta

vida no está en ningún otro, sino en su Hijo. En Jesucristo, que se hizo hombre, murió por nosotros y resucitó. Y quien ha acogido con confianza al Hijo en su corazón tiene al Hijo y, con él, la vida eterna. Porque él es la vida. Quien no ha acogido al Hijo nunca puede tener vida eterna.

Esto les escribo para que sepan de una vez para siempre —es decir, no solo esperándolo o sintiéndolo de forma vacilante—, y para que tampoco duden, que tienen la vida eterna. Siempre que crean en el Hijo de Dios. Él es eterno. Se hizo hombre. Murió por nosotros, resucitó y fue recibido en la gloria. De allí volverá. Todo esto y aún más contiene el nombre de Jesús, en el que ustedes creen.

Todo lo que les he escrito sobre Dios nos invita a estar ante él. Llenos de confianza de niños y de seguridad sin preocupaciones. Ante su rostro amable. Sobre todo cuando le *pedimos* algo. Él nos escucha y nos responde. Pues pedimos lo que él quiere. Porque lo conocemos a él y su voluntad, lo que le agrada. Realmente podemos pedirle cualquier cosa, porque sabemos que nos responderá. Cuando Dios cumple lo que hemos pedido, sabemos que esa es la respuesta a la petición. Dios no olvida ninguna petición y responde a su debido tiempo. Incluso cuando nosotros ya hemos olvidado la petición.

Los hijos de Dios son una *familia que ora*. Especialmente cuando un miembro de la familia actúa de forma evidente y continuada en contra de la voluntad de Dios. Eso es algo serio. Por eso el hermano o la hermana necesita nuestra oración, para que reconozca el pecado, lo confiese y lo abandone. Nuestras oraciones son absolutamente necesarias. Porque darán vida al hermano o a la hermana si Dios nos escucha. Así él o ella vuelve, como Dios quiere: a la comunión consciente y vivida con el Padre y el Hijo. Y a la de la familia de Dios.

Hay pecado que lleva a la muerte. Un hermano o una hermana, hijos de Dios, no pueden cometer un pecado así. Este pecado caracteriza a los falsos profetas y a todo el mundo, que yace en la muerte. Toda injusticia es pecado. Da igual que la cometa un hijo de Dios o un falso profeta. Pero el pecado de un hijo de Dios no significa su muerte. En cambio, el pecado del mundo lleva a la perdición eterna. Porque rechaza a Cristo y su sacrificio por el pecado.

Quien ha nacido de Dios y es hijo de Dios no peca continuamente ni con gusto. Por eso no es un pecado de muerte. Y tampoco puede serlo. En esta carta, en aras de la claridad, he explicado la verdad de forma acentuada, en contrastes nítidos, sí, en blanco y negro. El nacido de Dios no peca, porque

Cristo lo protege y lo sostiene. Cristo es siempre más fuerte. Él es el vencedor sobre el Maligno. Por eso el Maligno no puede tocar ni destruir al nacido de Dios.

Sabemos con certeza que Dios nos ha hecho nacer de nuevo. Las personas que rechazan a Dios, en cambio, se encuentran del lado del Maligno, del diablo. Están en la muerte. A esta diferencia, sí, a esta oposición, no hemos llegado por nosotros mismos. Ha ocurrido por medio de Jesús. La misión del Hijo eterno de Dios era mostrarnos a Dios: su naturaleza santa, su luz y su amor. Y revelarnos por qué tuvo que venir por nosotros. Para el creyente es de importancia existencial conocer a Cristo, el Verdadero, que se distingue de todos los *dioses* e *ídolos* del mundo. Con Jesús, al que les anunciamos, todo se sostiene o se derrumba. Con él estamos unidos inseparablemente para siempre. Con Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios. Él es el Dios verdadero y la vida eterna. Nadie debería pasar esto por alto, ni mucho menos negarlo.

Ante esta verdad sobre el Hijo de Dios, al final de mi carta solo puedo subrayar: todo lo que empequeñece, debilita o pone en duda a Jesucristo y su honra son y seguirán siendo ídolos. Amigos míos, tengan cuidado de que ustedes no toleren ni admiren de ninguna forma imágenes de ídolos visibles, pero tampoco ídolos «interiores», como la honra que viene de los hombres o la riqueza a la que nos aferramos.

La segunda carta de Juan

Les escribe Juan, el anciano. Alguien que está a su servicio como pastor y se preocupa por ustedes. A ustedes, a la señora elegida y a sus hijos. A ustedes, una pequeña comunidad de fe a la que amo de corazón. Me refiero al amor que viene de la verdad de Dios. Pero también de Jesucristo. Todos los que han conocido y aman a Jesucristo como la verdad también los aman a ustedes. ¡La verdad común es el fundamento, la orientación y la medida de este amor! La *verdad* permanecerá en nosotros, porque Jesucristo está en nosotros. ¡Siempre y eternamente! La comunión de los creyentes vivirá para siempre en la comunión del amor de Dios. En la vida eterna.

La gracia de Dios, su misericordia y su paz estarán con nosotros. Con cada uno de ustedes, día tras día. De parte de Dios, nuestro Padre que está en los cielos. Igualmente de parte de Jesucristo, el Hijo del Padre. También él es Dios. Dios Hijo. Que se hizo hombre y nos reveló a los seres humanos la verdad y el amor de Dios. ¡En esta verdad y en este amor vivimos como hijos de Dios!

Me he alegrado mucho al ver a algunos de tus hijos viviendo en la verdad. Cumplen el *mandamiento* del Padre que Jesús nos trajo. Por eso les ruego que hagan lo que hemos oído desde el principio. No un mandamiento nuevo que deba sorprenderlos, sino el antiguo: que nos amemos unos a otros.

Permanecer y vivir en el amor del Padre significa guardar sus mandamientos: creer en el nombre de su Hijo Jesucristo y amarnos unos a otros. Sus mandamientos son expresión de su amor por nosotros. También tienen una función protectora. Contra los *falsos maestros* que van de un lugar a otro. Hoy andan por ahí muchos seductores con celo misionero para difundir sus mentiras. Confiesan y proclaman que Jesús no ha venido en la carne. Niegan que Dios Hijo se hizo hombre total y plenamente, como lo somos nosotros: nacido en Belén. Criado en Nazaret. Muerto en la cruz a las puertas de Jerusalén. Para expiación de nuestros pecados. Resucitado corporalmente. Y recibido en el cielo como hombre. Quien niega estos hechos en parte o por completo es un seductor y un cómplice del Anticristo que ha de venir.

Estos seductores son un *peligro* real. Así que cuidense a sí mismos. ¡Estén alerta! Para que no perdamos lo que hemos trabajado. ¡Ustedes son el fruto de

nuestro trabajo misionero! Ustedes mismos han obrado para la vida eterna. Han hecho la obra de Dios y han creído en su nombre para vida eterna. Queremos recibir la recompensa completa que se nos ha prometido. Solo la hay si nos aferramos a la verdad, vivimos en ella y no vamos más allá de lo que se ha revelado sobre Cristo desde el principio.

Todo el que no permanece en la *enseñanza de Cristo*, tal como ustedes la han oído desde el principio, en alguien así no habita Dios. Todo el que permanece en la enseñanza sobre Cristo, el Hijo de Dios que se hizo hombre, está unido al Padre y al Hijo. Ellos habitan en él.

Si alguien viene a ustedes y no trae la enseñanza sobre Cristo tal como se la he explicado desde el principio, no lo reciban. Ni siquiera le dejen tomar la palabra. No lo saluden ni lo reciban como suelen acoger a un huésped bienvenido. Porque quien a pesar de todo saluda así a alguien semejante participa de sus malas obras. Lo quiera o no. Si llega a ustedes un maestro itinerante del que no saben si dice la verdad sobre Cristo, entonces *aclárenlo* primero. Una vez aclarado, recíbanlo. Tomen siempre una posición clara cuando se trate de nuestro Señor Jesucristo. Aquí nunca puede haber neutralidad ni indiferencia. De lo contrario, toda nuestra recompensa está en juego.

Debería escribir muchísimo más. Con tinta y papel. Pero es mucho mejor y más bonito hablar con ustedes en persona. Porque en una comunión así, donde hablamos cara a cara, siempre hay gran alegría.

Saludos cordiales también desde aquí, de los creyentes de este lugar, con quienes estoy en casa.

La tercera carta de Juan

Yo, Juan, el anciano, el presbítero, te escribo a ti, mi amado Gayo, a quien amo en la verdad. En la verdad que vino a nosotros por medio de Jesucristo y ha conquistado nuestros corazones, para vivir en el amor de Dios.

Amado Gayo, cuánto te deseo, y oro por ello, que te vaya bien en todo. Tanto en tu hombre exterior como en el interior. Que tengas un camino bueno y allanado.

Cuánto me he alegrado de que unos hermanos que se encontraron contigo hayan contado lo mucho que orientas tu vida según la *verdad*. Me alegra que los frutos de la verdad en tu corazón sean visibles para todos. No tengo mayor alegría que ver que mis hijos viven en la verdad. Aquellos a quienes he podido llevar a Cristo, la verdad, y que ahora están llenos de él. Sí, que incluso mantienen la verdad en amor y aman a sus hermanos en la fe y a su prójimo.

Amado, es fidelidad a la verdad la manera en que te has comportado con los hermanos. Hombres a los que ni siquiera conoces. Ellos han dado testimonio aquí entre nosotros, en la iglesia que se reúne en casa, de tu fidelidad en la hospitalidad y la han celebrado. Cuando hermanos así salen como misioneros, equípalos para que sigan su viaje. Eso agrada a Dios y lo honra. A él sirven. Así se apoya su servicio. Porque no van de camino por su propio interés. Han salido por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Para anunciarlo. Y no cuentan con el apoyo de los paganos, sino que siempre buscan a sus hermanos en la fe del lugar. Estos están obligados, sí, en deuda, a recibirlos. Pero a los seductores no los reciban en sus casas. Sino solo a los auténticos misioneros. Así llegamos a ser colaboradores de la verdad y participantes activos en la obra del Señor. En su reino.

He escrito a la iglesia en casa a la que tú, querido Gayo, perteneces. Para que reciban a estos hermanos. Pero Diótrefes no toma en serio nuestra petición. Le encanta ser el *primero* entre ellos. Y decidir por su cuenta.

Cuando vaya a ustedes, le recordaré esta actitud de rechazo y le pediré cuentas. Eso hay que aclararlo sin falta. Porque nos acusa sin motivo con palabras malas. No se conforma con palabras, sino que rechaza sin más a los hermanos que nos sirven a todos y buscan alojamiento. Y estorba a los que

quieren darles hospedaje. Incluso los amenaza con expulsarlos de la iglesia en casa. Ese es un comportamiento que no tiene cabida en la comunión de los creyentes.

Querido Gayo, no dejes que semejante comportamiento te incite a actuar igual. No imites lo malo, sino lo *bueno*. Hay una regla sencilla y clara: quien hace el bien es de Dios. Porque Dios es bueno. Quien hace el mal no ha visto a Dios. Pasa por alto cómo es Dios. Pasa por alto que Dios nos acoge y que nosotros debemos acogernos unos a otros.

Demetrio es uno de estos rechazados. Aunque él, como portador de esta carta, tiene un buen testimonio de todos. No hay nada que impida recibirlo. La verdad es su prioridad. La defiende y vive de acuerdo con ella. Eso lo atestiguamos también nosotros. Y tú sabes muy bien que decimos la verdad.

Habría mucho más que escribir. Pero es mejor hablar cara a cara e intercambiar en la comunión de los creyentes.

La paz de Dios sea contigo. Te saludan los amigos de aquí. Saluda de nuestra parte personalmente a cada uno de los amigos que comparten tu manera de pensar. A cada uno en particular.

La carta de Santiago

- La prueba de la fe
- Hacedores de la palabra
- La ley real de la libertad y del amor
- Pobres y acomodados en el reino de Dios
- Fe y obras
- Pequeña lengua, gran efecto
- Sabiduría de arriba o de abajo
- Amistad con el mundo
- La venida del Señor está cerca
- El Juez está a la puerta
- Cómo tratarnos unos a otros
- La oración por los enfermos

La carta de Santiago

Santiago, siervo de Dios y de nuestro Señor Jesucristo. Y al mismo tiempo su hermano carnal. Esto solo de paso. Escribo a las doce tribus de Israel, que están dispersas entre las naciones. En la diáspora. Ustedes no están olvidados. El Israel de Dios sigue preservado y no está perdido. ¡Ustedes son el pueblo de Dios del nuevo pacto que fundó el Mesías! Los saludo, dondequiera que vivan.

No se asusten cuando su fe sea asediada por las dificultades más diversas y repentinas y por sucesos aterradores. La pobreza, los sufrimientos injustos por la persecución, la soledad, la decepción y muchas cosas más pueden entristecerlos y ponerlos a prueba. Pero en ello hay también un motivo de alegría. Porque la *prueba* de su fe fomenta la perseverancia y la firmeza. Los problemas y las dificultades tienen sentido, aunque uno no lo vea enseguida. No deben debilitar su fe, sino fortalecerla. Por eso den mucho valor a su constancia en la fe. ¡Aguanten! ¡No se rindan! Aunque en la prueba se sientan débiles, lleguen a sus límites y tengan muchas preguntas. Así crecen lenta pero constantemente hacia la madurez espiritual y la fortaleza en la fe. Entonces notarán que no les falta nada, como al principio, cuando la prueba los tomó por sorpresa. Las pruebas deben hacerlos fuertes. No lo olviden nunca.

Si les falta *sabiduría*, si —sobre todo en la prueba de su fe— no saben qué pensar, qué hacer ni qué decir, entonces diríjense a su Dios. Él está esperando para regalarles sabiduría si se la piden. Porque nuestro Dios siempre da con gusto. A diferencia de nosotros, los seres humanos, él no nos echa nada en cara. No es su manera reprocharnos nuestras preguntas y nuestros tropiezos. Cuando le pedimos sabiduría, es importante que lo hagamos con fe. Contando firmemente con que él actúa de verdad. Quien duda de que Dios nos regala es como una ola del mar que el viento lleva de un lado a otro. Quien duda constantemente de la buena disposición de Dios para dar no recibirá, de hecho, respuesta. Una persona con dos corazones en el pecho, con fe y duda, sin apoyo interior, se expone al peligro de que todos sus caminos sean inestables. Su oración no será escuchada. Resistan ya a la más pequeña duda que socava su fe y que podría convertirse en un gigante para vencerlos al final.

Los hermanos y hermanas pobres y humildes entre ustedes deben gloriarse de su elevada posición en el Mesías Jesús. Los hermanos y hermanas ricos y acomodados deberían gloriarse de que su riqueza, al fin y al cabo, no significa nada. No por eso están en una posición más alta ni valen más que los pobres. En sentido figurado, los ricos (como los pobres) se parecen a una flor que se seca por el sol naciente y el viento caliente que le sigue, como la hierba. La flor se ha marchitado y su flor ha caído. Su belleza se ha esfumado. Así se marchitarán las personas ricas y sus éxitos. De repente, todo lo que parecía importante ha pasado.

Vuelvo otra vez al principio. Dichosos todos los que permanecen firmes y perseveran en la prueba y el examen de su fe. Porque después de soportar y aguantar con paciencia viene la vida eterna. Esa es la corona de victoria por la entrega en la fe. ¡Todos los que aman a Dios recibirán esta corona de victoria! Aquellos que también en las dificultades se aferraron a Dios y no dudaron de su amor.

Cuando les sobrevienen pruebas, eso no es de entrada una seducción al mal. Aunque quizá ustedes lo sientan así. Pero existe también la *tentación* por parte del mal. Sin embargo, nadie que sea tentado o seducido al mal debería afirmar que es tentado por Dios. La seducción es algo completamente distinto de ser probado en la fe. Porque Dios no puede ser tentado por el mal ni seducido al mal. Por eso él mismo nunca seducirá ni inducirá a nadie a hacer algo malo.

Cuando alguien es tentado, es atraído y seducido al mal por su propio deseo ansioso. Arrastrado como un pez que ha mordido el cebo y ahora cuelga del anzuelo. Cuando cedemos al deseo, el pecado viene al mundo como en un parto. Y cuando el pecado ha madurado por completo, por así decirlo, se ha hecho adulto, da a luz la muerte. Un pecado que madura —en lugar de ser arrancado como la mala hierba— lleva casi inevitablemente a la muerte espiritual. Ya en esta vida, y con toda seguridad en la eternidad. La comunión con Dios se rompe. ¡En el tiempo y en la eternidad! Quien siembra pecado cosechará pecado y muerte. A menos que este ciclo sea roto por la gracia de Dios. Somos responsables cuando cedemos a nuestros deseos de pecar. Percibir y sentir el deseo y el ansia todavía no es pecado. Pero ceder al deseo significa dejar que el pecado siga su curso. Nos matará si nosotros no lo matamos a él.

¡Que nadie se engañe! Toda buena *dádíva* y todo don perfecto viene siempre de arriba. No de nosotros, los seres humanos. Aunque lo parezca. Viene de

Dios, el Padre de las luces, que creó las estrellas del cielo. Su naturaleza, su fidelidad no cambia. Si en las estrellas hay cambios, en él nunca. Eso vale para su voluntad de regalarnos sabiduría en lugar de seducirnos al mal. Su naturaleza, su fidelidad y su amor son inmutables, inequívocos, inquebrantables. No divididos como los que dudan.

Su mayor regalo es que nos ha hecho *nacer de nuevo* por la palabra de verdad del evangelio. No el nacimiento natural, que nos regaló como Creador, sino nuestro nuevo nacimiento de lo alto, desde el cielo, para redención, nos hizo primicias de sus criaturas. Unas primicias que dan testimonio del comienzo de toda la renovación que vendrá pronto.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, que cada uno sea siempre pronto para *oír* y lento para *hablar*. Especialmente lento para la ira. Aunque algo los moleste o se sientan ofendidos y heridos. La ira espontánea, violenta e irreflexiva no introduce la justicia de Dios en la situación entre las personas. Solo la empeora. La ira humana nunca produce la justicia de Dios. Nunca. En lugar de ello, sepárense de forma consecuente y duradera de todo lo que puede llevar a estallidos de ira, como las bajezas, la mala intención y todo desborde de maldad. ¿Cómo pueden lograrlo? Reciban con una actitud mansa la Palabra de Dios y su instrucción. Dejen que esta palabra, que les fue implantada como ADN con el nuevo nacimiento, crezca. Y los transforme. Esta palabra puede transformar su vida. ¡Tiene poder para ello! Y tiene poder para regalarnos la vida futura. Porque es esta palabra la que los salva para la vida eterna cuando Jesús vuelva.

No digo otra cosa que esto: sean *hacedores de la palabra*. La palabra se ha dado para cumplirla. No solo para oírla. Quien solo oye, pero no la cumple, se miente a sí mismo. Es como si hubiera mirado en un espejo y hubiera olvidado enseguida lo que vio. Como si ni siquiera hubiera mirado. Ha visto lo que debería cambiar, pero lo ha olvidado con indiferencia, como si no hubiera pasado nada.

Pero quien mira con regularidad e intensidad en la ley perfecta de la libertad, en la ley de Cristo, y no olvida quién es, y al mismo tiempo pone por obra lo que ha oído, es bendecido por Dios en lo que hace. Ha sido liberado para hacer lo que Dios quiere. Ya no necesita estar airado, sino que ahora produce la justicia de Dios haciendo lo que agrada a Dios.

Si alguien piensa de sí mismo que sirve a Dios y sigue las instrucciones de la ley de la libertad, pero no tiene su hablar bajo control, su culto a Dios no vale nada.

Un *culto* auténtico y desinteresado a nuestro Padre celestial significa: no olvidar a las viudas y a los huérfanos, sino visitarlos y asistirlos en su situación triste y existencialmente amenazada. El verdadero culto a Dios ayuda a todos los desamparados y a los que no tienen hogar, porque eso corresponde al corazón de Dios.

Eso significa también no comportarse como el mundo, al que no le importan las instrucciones de Dios y que deja de lado a las viudas y a los huérfanos; no adoptar la manera de pensar y de vivir del mundo, sino despojarse de ella y ser conscientemente distintos. Tal como Dios lo quiere.

Capítulo 2

¡Hermanos y hermanas míos! Practiquen la fe en nuestro Señor Jesucristo, el Señor de toda la gloria de Dios, *sin acepción de personas*. ¡Ante él todos solo podemos ser iguales!

Imagínense que a su sinagoga entra alguien con ropa espléndida y un grueso anillo de oro. Al mismo tiempo entra también un pobre, con un vestido sucio o con ropa bastante andrajosa. Ustedes miran entonces lo exterior y dicen: «Ven, siéntate aquí cómodamente». Pero al pobre le dicen: «Quédate de pie allí atrás», o «Siéntate aquí abajo, junto al estrado de mis pies». ¿De verdad creen que Jesús lo habría hecho así? ¿No es eso más que contradictorio? ¿No han reaccionado ahí sin pensar y han hecho una diferencia que en realidad no existe? Hasta da la impresión de que ustedes se erigen en jueces. Y encima con cálculos maliciosos por su propio provecho.

Escuchen bien, queridos hermanos y hermanas: ¿no ha escogido Dios precisamente a los *pobres* del mundo para que sean *ricos* por la fe? ¿Sí, para hacerlos herederos de su reinado futuro? En todo caso, eso es lo que ha prometido a todos: a los pobres como a los ricos que lo aman de corazón.

Pero ustedes han despreciado al pobre y lo han deshonorado. ¿No es, por desgracia, así que los ricos los oprimen y los mantienen sometidos? ¿Y que, donde es posible, los llevan ante los tribunales? ¿No blasfeman públicamente con este comportamiento el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que fue invocado sobre ustedes en el bautismo?

Para todos los que confiesen este nombre, al Rey de reyes, solo debería valer también su *ley real*. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Cumplir *esto* es bueno y justo. Pero si juzgan a la persona por su apariencia exterior y la valoran por sus bienes, entonces pecan. La ley los declara culpables como transgresores.

Si piensan que así cumplen la ley, se equivocan. Porque si tropiezan aunque sea en un solo mandamiento de la ley, han transgredido toda la ley. Porque el que dijo: «No cometerás adulterio», también ha dicho: «No matarás». Si no cometes adulterio, pero matas, te has convertido en transgresor de la ley.

Por eso hablen y actúen como quienes en todo momento serán juzgados por la *ley de la libertad*. ¡Somos libres! Pero eso significa: libres para amar. Al final de la vida, el juicio de Dios se dirigirá sin misericordia contra todos los que hayan tratado sin misericordia a los pobres y débiles, a las viudas y a los huérfanos. La misericordia triunfa sobre el juicio. No tiene que temer ninguna condena. Sí, no necesita ningún juicio en absoluto. Si todos fueran misericordiosos, no haría falta ningún juicio.

¿De qué sirve, queridos hermanos y hermanas míos, que alguien afirme tener fe en nuestro Señor Jesucristo, pero no tenga *obras* que den testimonio de la fe? ¿Cómo puede salvarlo una *fe* así?

Si hay un hermano o una hermana con frío, con hambre y sin la comida y la bebida de cada día, y ustedes les dicen: «Vayan en paz. ¡Calientense y sáciense!», y no les dan lo necesario, ¿qué utilidad o valor puede tener eso? La fe de alguien así, que actúa tan sin corazón y no hace obras de misericordia, está muerta.

Alguien podría decir a esta persona que confía en su fe sin obras: Tú tienes fe y yo tengo obras. ¡Muéstrame tu fe sin obras! ¿En qué puedo reconocer tu fe? Yo te mostraré mi fe por mis obras. Tu fe consiste únicamente en que Dios existe. Eso está bien. Pero piensa: también los demonios, los espíritus malignos, lo creen. Y tiemblan ante su Creador por su maldad. Incluso en ellos se reconoce algo de fe. Pero no son salvados por esa fe, igual que tú tampoco. Porque sin obras tu fe está muerta, sin vida.

Tienes que reflexionar sin falta sobre tu fe, persona irreflexiva. Mira a Abraham. ¿No fue justificado por las obras, porque estaba dispuesto a sacrificar a Isaac? En eso puedes ver que su fe y sus obras iban de la mano. Sí, sus obras sellaron su fe. Hicieron que su fe fuera completa. Así se cumplió la palabra de la Escritura de Génesis 15: «Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia». Incluso fue llamado amigo de Dios.

En esto ven ustedes que una persona es salvada y justificada en virtud de sus obras, que reflejan la fe viva y salvadora. Por la fe sola, si está muerta y sin obras de misericordia, sí, sin hechos, ninguna persona es salvada.

¿No fue también justificada y salvada así por las obras la prostituta Rahab, que vivía en la muralla de Jericó cuando los israelitas conquistaron Canaán? Porque había acogido a los dos espías, los había escondido y los había despedido por otro camino.

Piensen también en esta comparación: así como un cuerpo humano sin el espíritu-alma está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

Capítulo 3

No consideren el mayor servicio en la iglesia llegar a ser *maestro* o predicador. El motivo de estar en el centro de atención o de ser especialmente tenido en cuenta es seductor. ¿Por qué no deberíamos entrar en ello? ¡Ser orador resulta atractivo! A todos los que enseñan e instruyen a otros, Dios los evaluará y juzgará un día según sus palabras. Precisamente porque saben más que otros, tienen una mayor responsabilidad de mostrarlo también en la vida diaria. Y eso no siempre se logra, ni mucho menos. Porque todos tropezamos a menudo y cometemos errores. Sí, pecamos una y otra vez. Precisamente con nuestras palabras.

Quien no comete errores al hablar, entre todas las muchas palabras que salen de nuestros labios, sería realmente capaz de controlar y refrenar todo su cuerpo. Es comparable con los caballos. Les ponemos el freno en la boca. Y con él dirigimos todo su cuerpo. Así nos obedecen. O pensemos en los grandes barcos en el mar. Son impulsados por vientos fuertes y violentos. Sin embargo, son dirigidos por un pequeño timón.

Así también la lengua es un órgano pequeño que, sin embargo, se jacta de grandes cosas. Así, por ejemplo, un pequeño fuego puede incendiar un gran bosque. Algo parecido ocurre con nuestra lengua. Es capaz de desatar un mundo lleno de injusticia. Ha incendiado el mundo entero y sigue jugando con fuego constantemente.

Es la lengua la que contamina todo el cuerpo y causa mucha desgracia. Prende fuego al mundo continuamente con palabras malas, maliciosas, calumniosas y mentirosas. Ella misma es encendida por el infierno, la quintaesencia de todo mal.

Todos los animales salvajes de la tierra, del aire o del agua han sido dominados por los seres humanos. Pero la *lengua* no la puede poner bajo control ningún ser humano. Ningún ser humano puede dominar la lengua de tal manera que nunca se le escape de los labios una palabra falsa o injusta. Es un mal indomable, lleno de veneno mortal.

Con la lengua alabamos al Dios y Padre. Con la misma lengua maldecimos al ser humano, que ha sido creado a imagen de Dios. De una misma boca salen alabanza y maldición. ¿Quién puede encontrar eso bien? ¿Es posible que de la misma fuente brote a la vez agua amarga y dulce? ¿O crecen también aceitunas en una higuera o higos en una vid?

¿Quién es *sabio* y entendido entre ustedes? Solo aquellos que lo muestran también en su vida. Y precisamente con una buena conducta y con mansedumbre, que proviene de la sabiduría. Pero si tienen en sus corazones celos amargos y afán de pelea, entonces no hay motivo para jactarse como si fueran sabios y entendidos. Se mienten a sí mismos, porque su vida es lo contrario.

Esta sabiduría que determina y dirige su vida no viene de arriba, de nuestro Dios y Padre. Es una sabiduría *de abajo*, de la tierra. Una sabiduría anímica y, peor aún, demoníaca. Todo afán de pelea y todos los celos vienen de abajo y destruyen. Donde se extienden, hay desorden y hay que contar con toda clase de malas acciones.

La sabiduría de arriba, del cielo, de Dios, es completamente distinta. Ante todo, es totalmente pura, como Dios mismo. Luego es pacífica. Amable. Dispuesta a dejarse enseñar. Llena de misericordia y de muchas cosas buenas para las personas, imparcial y sin hipocresía. Todo eso viene de Dios. Él es nuestro modelo.

Quien siembra paz y promueve la paz cosechará paz, porque eso corresponde a la justicia.

Capítulo 4

¿Qué piensan ustedes? ¿De dónde vienen las guerras y las peleas entre ustedes? No vienen de cualquier parte. Ni siempre de los demás en lugar de ustedes. El motivo y la causa son ustedes mismos. Porque vienen de sus deseos de posesión y de riqueza. Estos deseos combaten dentro de ustedes y estallan una y otra vez. Pero: desean y no obtienen nada. Matan y tienen celos, y aun así no pueden

conseguir nada. Pelean sin cesar, planean y hacen la guerra contra su prójimo. Contra pobres y ricos. Y, aun así, siguen sin obtener lo que quieren. No tienen nada porque no se confían al Dador de todos los dones. Quieren tomarlo todo en sus propias manos. Y cuando piden a Dios, sencillamente no reciben nada. Porque oran con intención egoísta, para recibir algo que quieren guardar egoístamente para ustedes y disfrutar ustedes mismos en sus placeres.

Adúlteros y adúlteras: ¿no saben que la amistad con el mundo, es decir, con una sociedad que rechaza a Dios y sus mandamientos, es enemistad contra Dios? Quien quiere ser amigo del mundo, en el asunto que sea, se comporta en ese momento como un enemigo de Dios. Es como si se hubiera cambiado de bando. Quien se une a personas y opiniones que van contra Dios y sus buenos mandamientos se convierte en eso en un amigo del mundo. ¿O de verdad creen que la Escritura habla en vano, simplemente porque sí y sin motivo? El Espíritu que habita en nosotros anhela celosamente todo nuestro corazón. Nos quiere *por entero*. No está dispuesto a compartir nuestro afecto con ninguna otra cosa. Así como ustedes, los hombres, nunca están dispuestos a compartir a sus esposas con otros hombres, así Dios no está dispuesto a recibir nuestra lealtad solo a medias.

Él exige una lealtad indivisa. Pero tanto mayor es la gracia que regala: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.

Sométanse, pues, humildemente a nuestro Dios. Con esta actitud del corazón resistan al diablo y a sus tentaciones. Entonces huirá de ustedes. Porque ¿qué va a hacer contra ustedes si Dios está de su lado? *Acérquense* a Dios. Vuélvanse a él. Pídanle sin motivos egoístas. Entonces él se acercará a ustedes. Entonces estarán en comunión con Dios.

Limpiesen sus manos, pecadores, con las que han hecho injusticia. Consagren de nuevo sus corazones a Dios. Dejen de vivir con doble corazón y decídanse por completo por Dios.

Tómenselo realmente en serio. Vivan una conversión profunda a Dios. Laméntense, lloren y hagan duelo por ustedes mismos. Que su risa se convierta en llanto y su alegría en abatimiento. ¡Humíllense delante del Señor, y él los exaltará! Empiecen completamente de nuevo y dejen atrás lo viejo. Cambien de mentalidad. El arrepentimiento y la conversión son la comprensión con las mejores perspectivas.

Hermanos y hermanas, no hablen unos contra otros. No se denigren mutuamente con la maledicencia. Todo el que habla mal de su prójimo habla en realidad también contra la ley real del amor e incluso la juzga. Entonces ya no eres hacedor de la ley, sino que te erigues en juez sobre esta ley divina. No eres tú quien dicta las leyes y determina lo que se puede o no se puede hacer. Uno solo es el Legislador, que puede salvar y destruir. Con él tienen que vérselas cuando se elevan por encima de la ley del amor. ¿Quiénes son ustedes para juzgar y condenar siquiera a su prójimo? El juicio es asunto exclusivo del Legislador.

Ahora una palabra para ustedes, que están llenos de *espíritu emprendedor* y quieren obtener ganancias. Dicen con aplomo: «Hoy o mañana iremos a la ciudad, haremos buenos negocios y ganaremos dinero». En realidad, no saben en absoluto lo que será mañana. Porque ¿qué es nuestra vida? Es como un vapor o una neblina que se ve por un poco de tiempo y luego desaparece. Nuestra vida no es más que eso. Deberían tomar conciencia alguna vez de esta inseguridad. Ustedes no tienen su vida en sus manos. Pongan sus planes bajo este lema: si es la voluntad del Señor y vivimos, haremos esto o aquello. Pero ahora andan presumiendo de sus éxitos. Esta jactancia y esta exageración son malas. Actúan como si sin el Señor todo les fuera a salir bien. Pero es él quien les da y los colma de regalos.

Si alguien reconoce que debería hacer el bien, pero no lo hace, peca. Comete un pecado de omisión.

Capítulo 5

Una palabra más para ustedes, *ricos*, que sin escrúpulos aumentan su riqueza y con ello ponen su confianza en los bienes: lloren y aúllen por las miserias que vendrán sobre ustedes. Su riqueza se pudrirá, y sus ropas ostentosas serán comidas por la polilla. Su oro y su plata se oxidarán. El óxido los acusará y devorará su carne como fuego.

No tienen nada mejor que hacer en estos últimos días que aumentar constantemente su riqueza. Y eso a costa de otros.

¡Miren! El salario de sus trabajadores y jornaleros, que se quedan para ustedes y no han pagado, clama a gritos al Señor. Los gritos de auxilio de los segadores desesperados han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Allí son escuchados y tomados en serio.

Pero ustedes viven a lo grande. Derrochan y dilapidan lo que ellos necesitan con tanta urgencia. Se han engordado a sí mismos como los animales para el día de la matanza. Actúan como si cada día fuera una fiesta de matanza.

Y encima han condenado a los trabajadores y a los justos. Los han asesinado con su comportamiento. Y ellos, los justos, no les oponen resistencia. Como Jesús, no se defienden. Como él, permanecen sin violencia. A pesar de su injusticia, que clama al cielo.

Ustedes, hermanos y hermanas desfavorecidos y oprimidos: ¡tengan paciencia hasta la *venida* del Señor! Entonces, cuando él venga, cesarán estos abusos e injusticias.

Miren, el labrador espera con paciencia la cosecha de los preciosos frutos. Espera con paciencia la lluvia temprana y también la tardía. Así también tengan ustedes paciencia y perseverancia. Anímense y fortalezcan sus corazones, porque la venida del Señor, nuestro Mesías, se ha acercado.

No se quejen unos de otros, para que no sean juzgados. Dios se ocupará de los que los oprimen. El *Juez* está a la puerta. Tengan cuidado de que tampoco su propio comportamiento caiga bajo el juicio.

Miren a quienes son modelos en cómo han soportado y aguantado los sufrimientos. Los profetas, que profetizaron en el nombre del Señor. Miren, celebramos a los que perseveraron y no se rindieron. También *Job* fue un modelo en cómo perseverar a pesar de las mayores pérdidas, sufrimientos, duelo, enfermedad, dudas y lamentos. Y no rendirse. Ustedes han visto cómo el Señor lo cambió todo y puso fin a sus sufrimientos. Sí, el Señor es rico en compasión y misericordia. Está con ustedes y sufre con ustedes en sus angustias. Por eso cobren ánimo y confíen en el Señor. Espérenlo.

Pero sobre todo, hermanos y hermanas, no juren voluntariamente si no se les pide en un tribunal. No juren sin más al hablar cuando no es en absoluto necesario. Ni por el cielo ni por la tierra. Tampoco con ningún otro juramento. Que su sí sea sencillamente un sí fiable y su no sea sencillamente un no fiable. Así no caerán bajo el juicio por jurar a la ligera.

¿Está alguno de ustedes pasando dificultades o aflicción? Que busque consuelo y ayuda en la oración. Y que ore pidiendo fuerza para aguantar en las dificultades. Si alguien, a pesar de la aflicción, está de buen ánimo, lleno de alegría, que cante alabanzas.

Si alguno de ustedes está gravemente *enfermo*, que llame a los ancianos de la iglesia local para que vayan a verlo. Para orar por él. Sobre él, el enfermo grave, para que sane. Al hacerlo, deben ungirlo con aceite en el nombre del Señor y consagrarlo de nuevo, de forma simbólica, a Cristo, el Ungido. La *oración* hecha con firme confianza sanará al enfermo. El Señor lo levantará. En caso de que el enfermo haya cometido pecado que haya llevado a la enfermedad, debería confesarlo abiertamente para que se le perdone. No toda enfermedad es causada por el pecado. Pero recibir el perdón obra más allá de la curación corporal: obra la salvación. Cuando pecamos unos contra otros, es importante confesarnos mutuamente las faltas y orar unos por otros. Si la enfermedad fue consecuencia de estas transgresiones, entonces serán sanados. ¡La oración de un justo —no solo la de los ancianos— tiene gran poder y puede cambiarlo todo para bien!

El antiguo profeta *Elías* era un ser humano con los mismos sentimientos y percepciones que nosotros. Oró con seriedad e intensidad para que no lloviera. Y no llovió durante tres años y seis meses. Y luego volvió a orar. Y entonces llovió, y la tierra volvió a dar su fruto.

Amigos míos, si alguien se desvía de la verdad y aleja su vida de Dios, alguien así va camino de la muerte espiritual. Pero si alguien logra llevar a un creyente extraviado así de nuevo al entendimiento y a la fe, y restablecer la comunión con Jesús, puede saber que ha salvado a una persona de la muerte eterna. Y que cubrirá multitud de pecados que han surgido en el camino que se aleja de Dios.

Primera carta de Pedro

- En camino hacia la herencia celestial
- Dios nos purifica y nos transforma, constantemente
- La Palabra de Dios, la verdadera leche materna
- Sufrimientos injustos: lo normal para los cristianos
- ¿Se puede realmente hacer el bien a quienes nos persiguen?
- Jesús, el Cordero de Dios: Redentor y modelo
- La victoria de la cruz sobre el infierno, la muerte y el diablo
- Los cristianos como extranjeros de paso
- La fidelidad y el cuidado de Dios

Primera carta de Pedro

Yo, Pedro, apóstol y enviado de nuestro Señor Jesucristo, les escribo. A todos ustedes que viven en la diáspora, en la dispersión. En todas partes de las provincias romanas: en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia. Ustedes están allí como extranjeros que no tienen derechos de ciudadanía. Y, sin embargo, tienen una patria junto a Dios, el Padre. Él ya los conocía y los amaba antes de que ustedes vivieran. Él los ha escogido. Como en otro tiempo a su pueblo Israel.

El Espíritu Santo los ha hecho santos. Sacados del mundo para obedecer ahora a Dios. Han sido puestos bajo la sangre santificadora y purificadora de Jesucristo. ¡Ahora pertenecen por completo a Dios!

¡Que mucha gracia y paz de Dios sostengan, llenen y guíen su vida para Dios!

¡Alabamos a nuestro Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo! Lo adoramos. Juntos. Con palabras y cantos de alabanza. Por su gran *misericordia*, que se extendió hacia nosotros. Porque nos ha hecho renacer. De la muerte a la vida. De la desesperanza y el vacío a una *esperanza* viva, por la resurrección de Jesús de entre los muertos. Ella lo ha cambiado todo. Para siempre.

Por medio del Resucitado se nos ha regalado un futuro maravilloso. Una *herencia* incorruptible, que no se puede perder, y santa. Está guardada con seguridad para nosotros en el cielo. Reservada junto a Dios mismo. Está cerca el día de recibirla para vivir eternamente en ella: un cielo nuevo y una tierra nueva. Esa es nuestra esperanza viva, nuestra segura confianza.

Este gran día de la salvación, cuando se reparta la herencia, todavía no ha llegado. Estamos en camino hacia él. Dios mismo nos protege, nos lleva y nos conduce a la meta. Y en este tramo del camino, a veces nada fácil, fortalece nuestra fe. Pronto se manifestará la salvación. Para nosotros y para todas las personas. Entonces, cuando pasemos de la fe a la vista.

Entonces habrá gran alegría. Como nunca antes. Aunque hoy vivamos en tentaciones y pruebas. Estas son necesarias para fortalecer nuestra fe. Aunque por un breve tiempo puedan traer consigo tristeza y resignación. Pero por medio de ellas su fe se afianza y Jesús es honrado en el día glorioso en que vuelva. La dura prueba y la acreditación, sí, la *purificación* ardiente e intensa de

nuestra fe que experimentamos por la persecución y la exclusión, puede compararse con la fundición del oro. Del horno ardiente sale oro puro y reluciente. Así también, en ese día glorioso, su fe purificada brillará y será celebrada con Jesús.

A él lo aman ustedes más que a nada. Y eso aunque nunca lo han visto. A diferencia de mí, que anduve con él tres años y vi también al Resucitado. En él creen y a él le son fieles, aunque no lo ven. En ello reciben y sienten una alegría grande y profunda. Una alegría tan grande que solo puede venir del cielo.

Sí, miramos hacia delante con gran anhelo al gran día de la salvación. Cuando nos arranque de nuestra existencia terrenal, atribulada y todavía mortal. Cuando Jesús vuelva. Esta salvación ya ocupaba a los antiguos profetas. Buscaron e investigaron cuando anunciaron proféticamente esta gracia de Dios para ustedes. Lo predijeron por el Espíritu de Cristo. Querían saber cuándo y cómo sucedería esto. Dieron testimonio de los sufrimientos del Mesías. Pero también de las glorias que seguirían a sus sufrimientos en la cruz.

Ya entonces se dieron cuenta: nosotros mismos no viviremos estos acontecimientos. Pero los ponemos por escrito para las generaciones futuras. A ustedes se les ha anunciado ahora el *evangelio*, la buena noticia. Quienes se lo testificaron lo hicieron, como los antiguos profetas, por medio del Espíritu Santo. Él ha sido enviado desde el cielo para la proclamación del evangelio en todo el mundo. ¡Un mensaje celestial para personas perdidas en la tierra! Tan grande y gloriosa es la riqueza de salvación y de gracia de este mensaje que incluso los ángeles —aunque no les concierne— están extraordinariamente interesados en él. Intentan mirar dentro del misterio, como ya lo hicieron los antiguos profetas. Por eso, sean conscientes del tiempo de gracia tan significativo en que viven cuando oyen y creen cosas tan preciosas, que solo llegaron con Jesús.

¡Activen y concentren su pensamiento como quienes poseen el precioso evangelio de la salvación! Así como en otro tiempo Israel se preparó para salir de Egipto, estén también ustedes preparados para la venida de Jesús. Sean sobrios. Dueños de sí mismos. No se dejen confundir en sus pensamientos y sentimientos por la presión de la persecución y la hostilidad. Pongan su esperanza por completo en la gracia que se les traerá desde el cielo cuando Jesús vuelva.

Ahora ustedes son hijos de Dios. Obedientes a él. Los deseos egoístas de la vida antigua sin Dios ya no determinan su vida. Antes vivían en la ignorancia. Pero ahora Dios los ha llamado de allí hacia sí. ¡Porque él es *santo*, sean también ustedes santos! Santos en todo pensar, hablar y hacer. Está escrito en Levítico 11, dirigido a su pueblo: «¡Sean santos, porque yo soy santo!». Ese debe ser el lema de su vida. Sean sencillamente distintos: imitadores de Dios.

Vivan como extranjeros sin derecho de ciudadanía, en reverencia ante Dios. Aquel a quien podemos invocar como nuestro Padre es un juez incorruptible e imparcial. Juzga y sentencia sin acepción de personas. El esclavo y el rey son iguales en el juicio de Dios. Las obras, y no nuestro estatus, serán un día evaluadas y valoradas por Dios según sus criterios.

Al mismo tiempo podemos y debemos saber que hemos sido *redimidos* de nuestra manera de vivir antigua y sin sentido, que heredamos de nuestros padres. La redención no se pagó con oro y plata perecederos. Porque entonces la redención misma podría ser perecedera. No, hemos sido redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo. Él se entregó a la muerte como un cordero de sacrificio puro y perfecto.

Ya antes de que existiera la tierra, Dios planeó que él viniera como hombre. Pero solo ahora, al final de los tiempos, ha venido por nosotros. Por medio de él ustedes creen en Dios. Porque él nos ha llevado a Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio la gloria en su trono, a su derecha. Por eso ponemos nuestra fe y toda nuestra esperanza en este Dios. En nadie más.

Sus corazones han sido purificados por Dios. Consagrados a él. Porque obedecen a su verdad, a su mensaje para ustedes. Solo por eso pueden también amar. Sin hipocresía. Ámense unos a otros apasionadamente. Con constancia. Con el amor que se extiende hacia el otro y se vuelve hacia él. De corazón puro. Sin motivos falsos. Y sin esperar nada a cambio.

Ustedes han nacido de nuevo. Así se lo dije ya al principio. No de una semilla corruptible, que solo produciría de nuevo lo perecedero. No, han renacido de semilla incorruptible. Esta semilla es la viva e imperecedera *Palabra de Dios*. En Isaías 40 dice: «Todos los seres humanos son como hierba. Su gloria es como una flor. La hierba se seca y se marchita. La flor se cae y perece. Pero la palabra del Señor permanece para siempre». Precisamente esta palabra viva de Dios se les ha anunciado en el evangelio. Esta palabra de Dios pronunciada tiene la fuerza creadora y la autoridad para producir en ustedes vida nueva y fe. Esta

palabra nos ha transformado por completo mediante el *nuevo nacimiento*. Por eso hoy podemos vivir de manera totalmente distinta que antes: ¡ahora vivimos la vida eterna!

Capítulo 2

Sin embargo, los pensamientos, hechos y palabras malsanos de nuestra antigua existencia no han desaparecido automáticamente. Se nos exige quitarlos de nuestra vida como la mala hierba antes de que lo invadan todo. A ellos pertenecen la maldad y las malas artimañas, las hipocresías y la envidia corrosiva. Pero también la maledicencia y la calumnia a espaldas de los demás.

Más bien, sean —como niños recién nacidos— *ávidos* de la leche materna espiritual y no adulterada. Es la Palabra de Dios. ¡Solo así pueden crecer! Hacia la meta, la salvación, cuando Jesús vuelva. Ustedes ya han gustado que el Señor es bueno. Por eso beban tanto más de la Palabra.

Él, Jesús, el Mesías, es la *pedra* viva. A él nos acercamos. Constantemente nos orientamos hacia él. Fue rechazado por los seres humanos, hasta hoy. Pero ante Dios —y eso es lo único que cuenta— es escogido y precioso.

También nosotros somos como piedras vivas. Somos edificados como una *casa* espiritual, como un templo de Dios donde habita el Espíritu de Dios. Hemos sido constituidos *sacerdotes* santos para ofrecer a Dios sacrificios espirituales. Solo pueden agradar a Dios porque los ofrecemos por medio de Jesús. En primer lugar, nuestra vida debe ser un sacrificio: hacer el bien al prójimo. Pero también honrar a Dios juntos con palabras y cantos de gratitud, alabanza y adoración.

En Isaías 28 dice: «He aquí que pongo en Sion una piedra angular, escogida y preciosa. El que confíe en ella no perecerá». Todo ese valor se les ha regalado a ustedes, porque confían en él. Muy distinto es en el caso de los que lo rechazan, de los que no confían en él. Isaías 8 dice: «Esta piedra, que los constructores desecharon y consideraron inservible, ha llegado a ser la piedra más importante de la casa. La que lo mantiene todo unido. Pero una piedra de tropiezo, un obstáculo y un escándalo para todos los que no creen». Tropiezan y caen cuando llega el juicio. Todos los que se ponen así en contra del Mesías no podrán mantenerse en pie.

Pero miren para qué los ha escogido Dios. No a cada uno por separado, sino juntos. Como comunidad. Hemos recibido grandes privilegios que solo

poseemos y vivimos juntos. ¡Porque ustedes son su *familia* escogida! Engendrados por él y renacidos. Queridos por Dios antes de todos los tiempos.

Ustedes se han convertido en una familia sacerdotal *real*. Aunque no tienen ni ascendencia real ni sacerdotal. Sirven al Rey de reyes.

Una nación santa. Con su Rey celestial, Jesús. Un pueblo espiritual al que no se pertenece por ascendencia. Y que tampoco conoce fronteras geográficas.

Un pueblo que es posesión exclusiva de Dios. No pertenece a nadie más. Ningún poder del mundo, ni del mundo invisible, puede arrebatárselo, vencerlo ni tomar posesión de él.

Todo esto han llegado a ser para que Dios sea conocido y reconocido en el mundo a través de ustedes. Anunciando todas las virtudes y las grandes obras de Dios. Con su vida. De palabra y de obra. Así interceden como sacerdotes por el mundo perdido.

Él los ha *llamado a salir* de las tinieblas de la idolatría y de la lejanía de Dios. Hacia sí, a la luz gloriosa de su amor. En otro tiempo no eran pueblo. Pero ahora son pueblo de Dios. En otro tiempo no habían recibido misericordia. Pero ahora han recibido misericordia. Eso ya lo dijo el profeta Oseas. Es maravilloso cómo todo ha cambiado así para bien de ustedes y de qué han sido hechos dignos.

Queridos amigos, ustedes viven en la diáspora como extranjeros. Pero también lo son en sentido espiritual. Como renacidos, son extranjeros y peregrinos entre las naciones. Por eso absténganse de los *deseos* mundanos y carnales. Estos combaten contra nuestro corazón renovado. Para seducirlo y reconquistarlo.

Lleven una vida honorable entre los pueblos. Llena de buenas obras. Ellos saben y ven muy bien lo que es honorable y bueno. Aunque ellos mismos no vivan así. Vivan así incluso cuando, en contra de lo que saben, los calumnien como malhechores. Cuando algún día se vean en grandes dificultades, cuando lleguen días difíciles, entonces —porque han visto su vida con Dios— enmudecerán. Darán gloria a Dios y serán convencidos de su pecado.

Sométanse al orden humano y estatal. El Señor lo quiere así, porque es un testimonio para él. Ya sea al emperador como suprema autoridad humana. O a sus gobernadores, que están autorizados por él para castigar y perseguir los delitos. Y para alabar y reconocer a los que hacen el bien.

Dios quiere que, por medio de sus *buenas acciones*, las personas ignorantes que no lo conocen enmudezcan. Para que cesen sus calumnias. ¡No por la violencia, sino por las *obras del amor*! Piensen qué acciones tan ejemplares tienen que ser para poder hacerlos callar. Ustedes son libres y no lo hacen por obligación, sino desde corazones renovados. Su libertad en Cristo no la usan como pretexto o disfraz para hacer el mal. Porque ustedes son siervos y propiedad de Dios.

Honren a todas las personas. Amen a la familia de Dios, a sus hermanos en la fe. Tengan reverencia ante Dios. Honren al emperador.

Ustedes, criados de la casa, obedezcan a sus amos. No solo a los indulgentes y buenos. Sino también a los que son retorcidos y desagradables y los maltratan. Es un sacrificio agradable a Dios cuando soportan injustamente *sufrimientos* y perjuicios.

No es digno de alabanza si sufren y son golpeados porque pecan y se oponen a sus amos. Pero si perseveran en hacer el bien y por ello tienen que aceptar humillaciones, entonces honran a Dios. Eso le agrada. A semejante conducta estamos llamados todos. No solo ustedes, los esclavos. Porque exactamente así vivió *Jesús*. Él es nuestro *modelo* y nos ha dejado el mayor ejemplo de semejante conducta. Él sufrió por nosotros. Seguimos sus pisadas. Seguimos a Jesús — aunque ustedes no lo vean, como lo vimos nosotros entonces— y queremos llegar a ser como él es. Él, que no cometió ni un solo pecado, tampoco en lo oculto. Cuyas palabras eran siempre sinceras, sin engaño ni astucia. Que fue injuriado de la peor manera y no respondió con injurias. Atormentado por el sufrimiento, no amenazó a nadie con venganza, aunque hubiera podido hacerlo. Lo encomendó al que juzgará con justicia, es decir, a su Padre celestial.

Él mismo llevó todos nuestros innumerables pecados en su cuerpo sobre la *cruz* del Gólgota, el madero de maldición y de tormento. Así como en otro tiempo los *pecados* se transferían al animal del sacrificio mediante la imposición de manos, y luego este era degollado, puesto sobre el altar y quemado allí: así asumió y soportó él nuestros pecados. Con el perdón de nuestros pecados ha terminado nuestra vida antigua. Así podemos escapar de la vida en los pecados. Hemos sido liberados del poder del pecado y ahora vivimos para la justicia. Liberados de la carga de los pecados. Que él llevó. Por sus heridas en el Gólgota hemos sido sanados y curados, como el profeta no habría podido decirlo de forma más acertada en Isaías 53. Hechos sanos en el corazón y en la conciencia.

Porque como ovejas indefensas andábamos descarriados. Sin pastor. Pero ahora nos hemos vuelto a nuestro Pastor bueno y fiel. Él vela ahora por nosotros y nos lleva por el camino de la vida. A aguas tranquilas y verdes praderas.

Capítulo 3

La actitud de sumisión vale también para la esposa. Ella llevará a Jesús a su marido, que todavía no cree, amándolo, haciéndole bien y estimándolo. Alabando sus buenas acciones. Respetándolo. No con muchas palabras. Más bien con su comportamiento respetuoso y una vida santa, vivida de muy cerca. El verdadero adorno de las mujeres no debe consistir en llamar la atención con cosas exteriores. Su adorno debería consistir en su carácter manso y discreto. Arraigado en sus corazones. Eso agrada a Dios y lo alegra. Ese fue también el adorno de las santas mujeres que pusieron su esperanza en el Dios vivo y al mismo tiempo se sometían a sus maridos. Así Sara obedecía a Abraham e incluso lo llamaba señor. Ustedes han llegado a ser hijas espirituales de este matrimonio. Entonces hagan el bien donde sea posible. A todas las personas. No se dejen desconcertar ni intimidar por nada a la hora de vivir así con coherencia.

Ustedes, *maridos*, sean comprensivos y amorosos con sus esposas. Procuren sin falta entender cómo piensan y sienten sus esposas. Averigüen cuánta empatía, comprensión y atención necesitan. Hablen con ellas. Comuníquense. Ábranse a ellas. No les exijan lo mismo que se exigen a sí mismos. Ellas son, salvo excepciones, emocionalmente más vulnerables y a menudo físicamente más débiles que ustedes. Por eso necesitan su fortaleza. Ellas heredarán la vida eterna igual que ustedes y no son en nada inferiores a ustedes, los hombres. Si viven así en su matrimonio, orarán juntos con gusto, serán uno espiritualmente y experimentarán juntos la misericordia de Dios en el momento oportuno.

Todo debe contribuir a que ustedes, como seguidores de Jesús, vivan en armonía espiritual y aspiren juntos a *una* sola meta. Tengan compasión unos de otros y amor verdadero. No solo por aquellos que les caen bien. Estén llenos de amor por todos los hermanos y hermanas. Sean misericordiosos. Así como Dios lo es con ustedes. Sean humildes. No devuelvan mal por el mal sufrido. Ni insulto por insulto. Al contrario: bendíganlos, a sus hermanos en la fe y también a las personas que todavía no creen. Deséenles el bien, y háganselo saber y

sentir. Porque pronto heredarán la bendición. Desde esta plenitud pueden ya ahora bendecir y actuar como Jesús.

Quien quiera disfrutar de la vida y ver días buenos, y no quiera contar a cada momento con ser descubierto, que no hable nada malo contra nadie ni sobre nadie. Que se aparte de todo mal y sencillamente haga el bien. Que busque la paz con todos y persiga esta paz con constancia, como si pudiera escaparse y desaparecer para siempre.

Es como una ley natural: los *ojos del Señor* recorren toda la tierra y miran al justo. Al que obra el bien. Y sus oraciones. Él oye su clamor. Pero no le agradan en absoluto los que hacen el mal. Quien hace el mal tiene a Dios en contra y tendrá que experimentar alguna vez su ira.

¿Quién podrá, entonces, hacerles mal si ustedes hacen el bien? ¿Y no dejan de hacerlo? ¿Tiene alguien así alguna justificación para ello ante Dios? Y si, a pesar de todo, experimentan el mal y sufren porque hacen el bien, entonces son dignos de felicitación. No tengan miedo de estas personas. Tampoco tengan el mismo miedo y las mismas preocupaciones que estas personas, que no conocen la fidelidad paternal de Dios. No conocen a nuestro Mesías. ¡Por eso, céntrense todavía más en el Señor, el Mesías! No teman a las personas, sino solo a él. Quien lo teme a él ya no tendrá miedo de nadie.

Estén dispuestos con gusto, también en situaciones difíciles, cuando experimenten sufrimiento, a dar un testimonio comprensible de su esperanza en el Mesías. Cuando las personas les pregunten por qué son tan distintos y aceptan perjuicios y sufrimientos, confiesen su esperanza. De la que ya les he escrito en esta carta. Esfuércense por explicarlo a todos lo mejor posible. De forma sencilla y clara. De modo que el interlocutor también lo pueda entender. En su propio lenguaje. La defensa de su esperanza nunca debe ser arrogante. Respeten a quienes preguntan y alégrense cuando les hablen de ello. Dios obra en ellos, como también lo ha hecho en ustedes.

Tengan buena conciencia respecto a su vida. Entonces, cuando las personas les reprochen o les atribuyan cosas malas, tendrán que ceder algún día avergonzadas y reconocer que estaban equivocadas.

En todo caso es mejor, si Dios así lo quiere y lo permite, sufrir por hacer el bien que por hacer el mal. Y eso no tiene por qué resultarles difícil si miramos a nuestro gran modelo: porque también Cristo *sufrió* de la misma manera. Injustamente. Por pecados que él no cometió. Es decir, por los nuestros. En la

cruz. ¡El justo por los injustos, por nosotros! ¿Para qué? Para llevarnos a Dios. Para llevarnos desde el extranjero, desde la noche fría y solitaria del pecado, a su Dios y Padre. A su presencia santa y amorosa. ¡A casa!

Fue llevado a la muerte en la cruz. En su cuerpo maltratado y atormentado. Así lo habían planeado sus asesinos y los poderes invisibles de las tinieblas. Pero ese no fue el final. Por el Espíritu de Dios fue *vivificado*. El Espíritu de la vida y de la resurrección. Por él fue resucitado a una nueva existencia de inmortalidad. En este Espíritu entró, como el Resucitado, en el mundo de los muertos. En la prisión de la muerte. A los espíritus, los hijos de Dios caídos de los días de Noé. A ellos les proclamó su *victoria*. Estos ángeles, en los días de Noé —todavía antes del diluvio—, se unieron a mujeres humanas y engendraron con ellas a los gigantes. Un gran pecado a los ojos del Señor. Trajo una maldad inimaginable a la tierra. Por eso vino también el gran diluvio. Estos hijos de Dios caídos querían destruir a los seres humanos y frustrar el plan de salvación de Dios. Sus hijos, los gigantes, perecieron en el diluvio. Pero sus espíritus siguen viviendo. Son los demonios que dañan a los seres humanos. Pero Cristo proclamó su victoria a los hijos de Dios encarcelados. Su fin y su perdición. Su mensaje para ellos fue uno bueno para nosotros, los seres humanos: su plan y el de sus descendientes, los demonios, no saldrá adelante. Yo soy el *vencedor* sobre el infierno, la muerte y el diablo. Mi muerte no fue el final, sino el comienzo del nuevo éxodo. Los seres humanos serán libres. Los he llevado a Dios.

A través de las aguas de muerte del gran *diluvio* fueron salvadas pocas personas, solo ocho. Desde el mundo antiguo hasta la tierra purificada. Eso es una señal que apunta a ustedes hoy, que también son pocos. En el *bautismo*, en el agua, se refleja en ustedes lo que ocurrió en el diluvio. ¡Salvación! No de forma exterior, por ejemplo como purificación ritual de la suciedad exterior. No, el bautismo es una declaración vinculante de fe y obediencia a Dios. Una decisión del corazón, sí, un voto de servirle con una conciencia limpia. ¿Por qué? Porque Jesús resucitó de la muerte. Entró en el cielo. Se sentó a la derecha de Dios. Donde a él, el Hijo del Hombre, le están sometidos todos los ángeles, autoridades y poderes del mundo celestial invisible. A él le juramos *fidelidad*. Sellada y proclamada por el bautismo. No solo ante las personas que estaban presentes. También ante el mundo invisible y su príncipe, el diablo, y sus ángeles. Cada bautismo confirma y proclama su *derrota* definitiva. Aunque ahora

todavía puedan dañar a los creyentes por un breve tiempo. Nos hemos cambiado de bando y pertenecemos para siempre al vencedor, Jesús.

Capítulo 4

Puesto que Cristo sufrió en nuestro lugar, en representación por nuestros pecados, en su cuerpo, de forma perceptible y dolorosa, estén también ustedes dispuestos a tales sufrimientos. Porque quien llega a tales sufrimientos por seguir y confesar a Jesús no tiene tiempo de entregarse a los pecados. Aunque los sufrimientos le causen dificultades, las seducciones del pecado han quedado en calma. Ya no le ocupan. El tiempo que todavía nos queda en esta tierra ya no queremos pasarlo en los intereses y deseos de las personas que niegan a Dios. No, queremos hacer *lo que Dios quiere*. No lo que a las personas de nuestro alrededor les parece estupendo. Ya hemos hecho durante bastante tiempo lo que la sociedad y la corriente dominante quieren prescribir y consideran bueno. A eso pertenecen los excesos desenfrenados de toda clase. Borracheras, comilonas y orgías de bebida. Idolatrías vergonzosas con prostitución ritual. Todo para realizarse y satisfacerse a sí mismo. Y para llevarse todo lo que se pueda llevar. Ahora les extraña que ustedes ya no participen en este ajetreo sin sentido y dañino. No pueden entender que en Jesús hay la plenitud y la alegría que ellos buscan en su permisividad. Por eso los insultan y se sienten del lado correcto de la vida. Pero todos ellos tendrán que rendir cuentas por esta manera de vivir y por sus insultos. Llega el día en que Dios les pedirá cuentas. A todos los que entonces vivan todavía y también a todos los que ya hayan muerto. Tanto a los difuntos como a ustedes, los vivos, se les ha anunciado a Cristo, el Redentor. Para que todos reciban el don de la vida eterna, por el Espíritu Santo. Con esta esperanza de la vida eterna, incluso una vida y una muerte llenas de sufrimiento no son una derrota, sino una victoria. Al contrario de lo que ocurre con aquellos que rechazaron la buena noticia, murieron sin esperanza de vida eterna y tienen que esperar el día del juicio.

¡El *fin* de todas las cosas está a la puerta! Todo lo viejo, perecedero y pecaminoso llegará a su fin. Todos los que han seguido a Jesús esperan un nuevo comienzo en la gloria de Dios.

Mantengan la mente clara. No cedan a ninguna embriaguez, ni religiosa ni mundana. Sean activos en la *oración*. No dejen pasar ninguna ocasión para ello, ya estén solos o en comunidad. Sobre todo, tengan entre ustedes un *amor*

auténtico y constante, que se dedica al otro de manera servicial, desinteresada y altruista. Este amor, que procede de Dios, cubre multitud de pecados. ¡Perdona! Y no vuelve a sacar una y otra vez, acusando, los pecados de los demás. Demuestren su amor en una hospitalidad generosa y acogedora. Sin quejarse del esfuerzo y de los gastos.

En todo, sírvanse unos a otros con los *dones de gracia* que cada uno de ustedes ha recibido. Y precisamente tal como el Espíritu Santo se los ha repartido a cada uno. Ustedes han recibido como regalo la rica, amplia y multiforme gracia de Dios. Administrenla como fieles administradores, con responsabilidad y edificando a otros. Transmitan la gracia. Cuando alguien en su comunidad les habla, sus palabras deben ser reconocidas y escuchadas como palabras de Dios. Cuando alguien sirve en lo práctico, que lo haga con la fuerza de Dios. Solo cuando todo es obrado por Dios, él es engrandecido y honrado. Porque esa es siempre la meta. Nunca se trata de nuestro éxito, sino de la honra de Dios. Por medio de Jesucristo, que nos ha llevado a Dios, pero también los unos a los otros. Él lo hizo posible. Eso nunca debemos perderlo de vista. Por eso a él sea toda la honra, el poder y la gloria por los siglos. Amén.

Hijos amados por Dios: no se sorprendan ni se asusten cuando los *sufrimientos injustos* por causa de Jesús les parezcan como un fuego ardiente. Sirven para purificar su fe, como ya les escribí al principio. Alégrense también cuando ahora tengan que vivir los mismos sufrimientos que vivió entonces el Mesías. Porque entonces se alegrarán con júbilo cuando Jesús vuelva visiblemente ante todo el mundo con poder y gloria y lleve a término su salvación.

Sí, son dignos de felicitación cuando los insultan porque llevan y confiesan el nombre de Cristo. Entre ellos se blasfema el nombre de Cristo. Entre nosotros es honrado y enaltecido. Por eso el Espíritu de la gloria de Dios reposa sobre todos ustedes. La presencia santa, amorosa y protectora de Dios los rodea en todo sufrimiento. Como en otro tiempo a Israel en la nube de la gloria, la shejiná. Día y noche estaba allí visible.

Ninguno de nosotros debería ser castigado con razón y sufrir por ello. Por ejemplo, como asesino, ladrón o malhechor. O como alguien que se entromete de forma impertinente en asuntos ajenos que no le incumben. Pero si alguien sufre porque pertenece a Cristo, porque se le conoce como cristiano, entonces de ninguna manera debe avergonzarse como en los casos antes mencionados.

Ha llegado el tiempo en que se manifiesta el *juicio de Dios*. Ya ha comenzado. De hecho, empieza primero por nosotros. Por la propia casa de Dios. Como en otro tiempo con su pueblo, cuando el juicio comenzó por el templo de Jerusalén. A nosotros, el santo juicio de Dios no nos condenará, sino que nos purificará y nos enderezará. Nos mostrará su santidad y quitará de nuestra vida lo que no encaja con él. A ello pertenece la purificación por el sufrimiento. Ante el juicio de Dios queremos vivir en santidad, como ya dije al principio. Pero ¿adónde lleva el final de aquellos que no han creído la buena noticia de la salvación y de la gracia? ¿Que permanecieron desobedientes? Si nosotros, los justos, somos salvados y llevados a la meta con mucho esfuerzo y apuros, ¿qué pasará entonces con los pecadores y los impíos?

Por eso, todos los que sufren injusticia, si Dios así lo quiere y lo permite, deben confiarle su vida con todas sus debilidades y fallos. El Creador fiel cumple sus promesas y compromisos. Pero esta petición y esta entrega a Dios deben salir de una vida en la que hacemos el bien a otros y queremos lo mejor para ellos. Sin resignarnos. Precisamente en el sufrimiento que se nos inflige nos confiamos a Dios. Así recibimos la energía para hacer el bien a pesar de los sufrimientos injustos. Algo así solo lo puede regalar Dios.

Capítulo 5

El rebaño de Dios, la comunión de los creyentes, debe ser cuidado, protegido y atendido. Ocuparse de ello es especialmente su deber y su tarea, ustedes, *ancianos*. Les digo a ustedes, pastores y líderes espirituales, que yo, como anciano junto con ustedes, tengo el mismo deber. Lo digo como testigo ocular de los sufrimientos de nuestro Señor Jesús. Pero también como alguien que tendrá parte en su gloria resplandeciente, que todos verán cuando él vuelva. Ustedes, ancianos, apacienten como buenos pastores el rebaño de Dios. Su cuidado no debe ser forzado, sino de corazón y voluntario. Tampoco para obtener con ello alguna ventaja. ¡No se comporten como dominadores! Con su vida ejemplar deben ganar y convencer los corazones. Y cuando pronto se manifieste el *Príncipe de los pastores*, el gran Pastor, nuestro Señor Jesús, entonces recibirán por su entrega la corona de victoria de la gloria. Sí, entonces todos tendremos parte en su gloria.

Ustedes, los más jóvenes, ¡respeten a los ancianos! Aprendan de ellos. Ellos los aventajan en experiencia. Acepten sus indicaciones. Pero examínenlas

también delante del Señor.

Respétense todos mutuamente y revístanse de humildad. Nunca piensen demasiado alto de sí mismos. Porque Dios resiste a los soberbios. A los humildes les da gracia, como ya dijo Salomón en Proverbios 3.

Acepten la situación de vida en la que los ha puesto la poderosa mano de Dios. No estén descontentos. Y tampoco se quejen por los sufrimientos injustos. O por lo que les hace difícil la vida. Confíen en el Creador fiel y no olviden nunca: él los exaltará a su debido tiempo y les quitará las cargas. En esta vida, pero a más tardar cuando Jesús vuelva.

¡Pueden y deben echar sobre él todas sus *preocupaciones* y cargas! Porque no hay nadie que se preocupe tanto por ustedes como él. Nuestro Creador lo ve todo. Nadie cuida de ustedes como él. Aférrense siempre a esto. Aunque a primera vista no lo parezca.

Estén siempre en alerta espiritual. Porque nuestro mayor enemigo, el diablo, anda al acecho. Como un león rugiente quiere demostrar fuerza, intimidar y causar miedo. Sí, busca una presa y atacará cuando la encuentre. Mediante la persecución y el miedo a la muerte quiere obligar a los seguidores de Jesús a abandonar la fe. Pero resístanlo con firmeza por la fe. No tengan miedo. No den lugar al temor. Sean conscientes de que no son los únicos que tienen que vivir esto. La persecución de los que pertenecen a Cristo ocurre en todo el mundo.

La mayor seguridad y el mayor ánimo en toda situación es y sigue siendo este conocimiento: el *Dios de toda gracia* es nuestro Dios. Él nos ha llamado a sí mismo, a su propia gloria, en Jesucristo. Tras un breve tiempo de sufrimiento, ese será nuestro hogar eterno. En este camino, también a través del sufrimiento, él nos levantará, nos preparará y nos perfeccionará. Como a él le agrada. Afianzará y fortalecerá nuestra fe de tal manera que, a pesar de los sufrimientos, perseveremos, hagamos el bien y permanezcamos bien cimentados. Venga lo que venga: nada nos sacará del camino.

Esta carta les será entregada por medio del fiel Silvano. Les he escrito solo brevemente lo más importante. Sobre la verdadera gracia de Dios, en la que ustedes están firmes y viven, a pesar del sufrimiento.

Les saluda la que, como ustedes, es escogida en Babilonia. Y Marcos, mi hijo espiritual en la fe.

Salúdense unos a otros con el beso del amor.

Paz a todos ustedes, los que están unidos a Cristo y arraigados en él.
Amén.

Segunda carta de Pedro

- Partícipes de la naturaleza de Dios
- Crecer en la fe
- La palabra fiable
- La palabra profética
- Falsos maestros
- La tierra antigua y la nueva
- El juicio y la paciencia de Dios

Segunda carta de Pedro

Les escribe Simeón, de sobrenombre Pedro. Mi Señor, Jesucristo, me llamó así. Le pertenezco por completo; soy solo su siervo. Soy también su enviado, su apóstol. Les escribo porque también ustedes han recibido de Jesús la misma fe preciosa que nosotros, los discípulos, al principio. Esta fe la hemos recibido todos únicamente de él, nuestro Dios. Y de nuestro Salvador Jesucristo. Dios es justo. Por eso nos regaló a todos, a los apóstoles, a nosotros los judíos y también a los demás pueblos, la misma fe preciosa. Esta fe nos hace partícipes de todo lo que Dios nos dio. Él nos regalará cosas aún mayores, porque en Cristo hemos sido declarados justos.

Sean bendecidos abundantemente con cada vez más gracia y ayuda de nuestro Dios. Para todo lo que necesitamos con tanta urgencia cada día. Especialmente en la persecución y la hostilidad. Que también los bendiga con paz en todas las situaciones de la vida. En ello reconocemos a nuestro Dios y a nuestro Señor Jesús. Porque él es nuestra fuente inagotable de gracia y de paz.

Dios mismo, en su *poder divino* —que se reconoce especialmente en su creación—, nos ha equipado y capacitado con todo. Para que por fin podamos vivir para su honra. Especialmente en su obra de redención, cuando Dios nos llamó y se nos reveló de forma inesperada e inmerecida. Entonces reconocimos su gloria y su poder divino, obrando por medio de aquel que murió y resucitó por nosotros: Cristo. Reconocimos con qué determinación nos regaló las más grandes y preciosas *promesas*: su gran salvación. La vida eterna. El don de su Espíritu. Y, a su tiempo, un cielo nuevo y una tierra nueva. Por medio de estas promesas, que él cumple en nosotros, Dios ha hecho de su propio ser, de su vida, la nuestra. Es cierto que no nos convertimos en dioses, como algunos sueñan. No recibimos el ser de Dios en todo lo que es exclusivamente propio de Dios. Pero tenemos parte en su naturaleza divina. Así Dios —su amor, su gracia y su misericordia, su santidad y su justicia— se hace visible en nosotros por medio de nuestra vida en muchas situaciones. ¡Para su honra, porque se ve algo de él! Reconocible para todas las personas con las que tratamos. Por medio de nosotros llegarán a conocer a este Dios único. Pues, por el llamamiento de Dios, hemos huido de la ruina y la perdición del mundo. Hemos roto con el ansia de

vivir que tanto fascina a las personas sin Dios. Más aún: hemos dejado atrás esta forma de existencia frágil y perecedera. Así hemos escapado de la perdición hacia la que viven estas personas.

Precisamente por eso debemos poner en la fe que hemos recibido toda *diligencia*, empeño y entrega. En esta fe debemos avanzar convencidos y decididos, con la determinación que Dios también ha mostrado hacia nosotros. ¡Vale la pena!

Pero para la determinación hace falta sin falta *conocimiento*. Toda determinación tiene que dirigirse en la dirección correcta. Tenemos que conocer los pensamientos de Dios por su palabra y conocerlos cada vez mejor. Necesitamos sabiduría de Dios en todo.

El conocimiento, a su vez, debe ir acompañado de *dominio propio* y disciplina. Este autocontrol y esta templanza los necesitamos siempre, sobre todo cuando nos movemos en una sociedad donde las personas dan rienda suelta a sus deseos.

El dominio propio debe estar firmemente anclado en jóvenes y mayores, durante toda la vida. En ello debemos perseverar y permanecer firmes.

En toda *perseverancia* y firmeza, siempre debe importarnos agradar a Dios. No se trata de seguir mandamientos o tradiciones humanas de las que podríamos envanecernos.

Agradar a Dios significa, en primer lugar, buscar y vivir la comunión con nuestros hermanos en la fe, a quienes Dios también ha llamado. Con todos aquellos con quienes él nos ha reunido en nuestro lugar y en todo el mundo. A ellos queremos *amarlos* desinteresadamente.

Lo más alto es siempre el amor de Dios mismo. Nos llena. Y por él somos capaces de amar a Dios, a los hermanos y al prójimo. Este amor tiene que ser la motivación de todo lo que hacemos. ¡De lo contrario, todo carece de valor!

Todas estas cualidades importantes que he mencionado son completamente *normales* para los discípulos de Jesús. Por eso deberían distinguirlos y determinarlos cada vez más. Eso significa un auténtico *crecimiento* espiritual hacia la madurez en la fe. Nunca podemos tener bastante de estas virtudes. Entonces tampoco serán ustedes perezosos, holgazanes ni inactivos en su fe. Sí, entonces darán abundante fruto para Dios. De este modo se profundiza en nosotros el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Nunca llega a su fin. Porque Jesús es incomparablemente glorioso, por así decirlo, inescrutable. Él es el principio, el

centro y el fin de todo, también de nuestra entrega. Este conocimiento creciente con el corazón hace que el ser de Dios se haga cada vez más visible, para alegría de Dios, como ya he escrito.

Pero si de estas cualidades casi nunca se ve nada —también a diferencia de antes—, entonces uno está *ciego*. Ya no quiere ver la gloria de nuestro Salvador. Es corto de vista, solo parpadea; sí, se ha vuelto alguien que rehúye la luz. Es como si quisiera olvidar que el Dios de la gloria nos ha llamado a sí. Alguien así ha olvidado la purificación de sus pecados anteriores mediante la confesión pública del bautismo en el agua. Pero ya no le sirve de nada si ahora vive como antes. Aunque haya sido purificado de los pecados anteriores en el bautismo, los pecados que ahora acumula serán su perdición.

Por eso, queridos hermanos, en cuanto dependa de ustedes, hagan *firme* el llamamiento de Dios y su elección. Confirman de este modo la intervención de Dios en su vida. Con la misma determinación con que Dios los llamó y los tomó, sigan a Jesús con la misma determinación. Su vida debe ser una respuesta clara y gozosa a la gracia de Dios. Así no tropezarán en el camino hacia la gloria de Dios, y mucho menos se desviarán del camino de la verdad. Les espera una entrada triunfal y jubilosa en el futuro *reinado* de nuestro Señor y Salvador. Será un acontecimiento incomparable e inolvidable. ¡La puerta de este reino, la meta de la fe, ya está ahora abierta de par en par! Esta es nuestra esperanza viva y fiable. Por ella vale la pena todo esfuerzo y toda entrega.

Mientras viva, estaré solícito y siempre dispuesto a recordarles esta gloriosa perspectiva. A ella pertenecen también las cualidades centrales del seguimiento de Jesús. Lo hago aunque soy consciente de que ustedes ya conocen todo esto y están afianzados en esta verdad. Pero mientras esté todavía en este cuerpo frágil, los mantendré despiertos recordándoles estas cosas, y, si hace falta, los sacudiré para despertarlos. Porque mi partida de este mundo está cerca. Pronto desmontaré este cuerpo terrenal y mortal como una tienda de campaña. Y entonces estaré con mi Señor. Él me ha revelado esta pronta despedida de ustedes. Lo que les escribo aquí es muy importante. Haré siempre todo lo posible para que guarden estos conocimientos en sus corazones y pensamientos, precisamente también cuando yo ya no esté con ustedes.

A ello pertenece sobre todo un acontecimiento inolvidable. Porque nosotros, los discípulos, no hemos seguido mitos, ideas ingeniosas, sueños ni impulsos emocionales. Cuando les contamos del gran poder y de la futura aparición

gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, lo hicimos como *testigos oculares*. Solo hemos atestiguado lo que vivimos y vimos con nuestros ojos en el monte santo, arriba en el Hermón nevado. Pudimos presenciar cómo Jesús fue envuelto en una luz resplandeciente por Dios, su Padre, y transfigurado. Resplandecía como el sol. Del brillo de esta gloria sublime salió una voz que decía: Este es mi Hijo amado por encima de todo. En él tengo toda mi complacencia. Solo él es la alegría de mi corazón.

Precisamente en este monte, donde los hijos de Dios desobedientes descendieron del cielo antes del gran diluvio, tomaron mujeres y engendraron gigantes. Así querían corromper a la humanidad. De ello voy a hablar enseguida. Jesús hace saber en este monte a todo el mundo invisible que hay un Salvador para la humanidad perdida. El poder de las tinieblas llega a su fin.

Nosotros, los tres discípulos que estábamos allí, apenas podíamos hablar de reverencia. Nunca habíamos vivido algo así con Jesús. Pero comprendimos que esto era el cumplimiento de las *palabras proféticas*: las de todos los profetas como Isaías, Ezequiel, Daniel y como se llamen todos. Ellos hablan de que Dios aparecerá en gloria al final de los tiempos. Con nuestros propios ojos hemos visto el *cumplimiento* de estas profecías. Una especie de anticipo de lo que un día verán todas las personas. Esta palabra profética de Dios, cuyo cumplimiento vimos y oímos, es como una luz en un lugar oscuro y sombrío. Ese lugar es el mundo que rechaza a Jesús y nos persigue. Esta noche pronto habrá pasado, porque la brillante *estrella de la mañana* ya salió cuando vimos así a Jesús en el monte. El día de nuestro Señor Jesucristo llega de forma imparable. Ya está amaneciendo. Miren a esta estrella de la mañana, que el mundo no ve. El mundo ama la noche y rehúye la luz.

Los profetas no siguieron sus propios pensamientos. La gloria venidera de la que hablaron y escribieron les fue revelada, guiados e impulsados por el Espíritu Santo de Dios. ¡Acojan esto en sus corazones y aférrense a ello! Ellos, a su vez, nos transmitieron la Palabra de Dios que habían recibido. Por cierto, esto vale para toda la palabra profética. La encontramos en los escritos de la Biblia hebrea, que llamamos Antiguo Testamento.

La palabra profética, el conjunto de las profecías, no es idea de seres humanos. Porque personas llamadas por Dios fueron movidas y *guiadas* directamente por el Espíritu Santo. Lo que percibían de Dios lo atestiguaban y lo ponían por escrito. Eran impulsados por el Espíritu, así como el viento sopla

en la vela de un barco y lo impulsa hacia delante. Sin embargo, estas personas no eran máquinas de escribir ni marionetas de Dios. Más bien, él las capacitó como personas para escribir, con su propio entendimiento y sus propias palabras, lo que él quería comunicar.

Capítulo 2

Quiero señalar con claridad que también se puede despreciar la palabra profética. Peores aún son las profecías falsas, hechas por cuenta propia. Ya entonces había profetas mentirosos en Israel. Hoy habrá entre ustedes maestros que no dicen la verdad y que tampoco han sido enviados por Dios. Ellos y sus *falsas enseñanzas* conducirán a divisiones y a grupos sectarios. Todo ello es un asunto ruinoso para todos los afectados y los implicados. Porque con ello los falsos maestros niegan a su Señor, Jesucristo, que los ha comprado. A él deberían servir. Y no a sí mismos. Lo ruinoso que hacen, lamentablemente lo hacen en su nombre. Con esta pretensión monstruosa atraen la perdición sobre sí mismos. O bien ya en esta vida; pero con toda seguridad en el juicio final, en el día postrero. Aunque su falso proceder es tan evidente, muchos los siguen a pesar de todo. Por eso se blasfema del camino de la verdad. Porque afirman andar por el camino de la verdad, aunque no es así. Las personas que se dejan impresionar por ellos creen haber encontrado el camino de la verdad, aunque es justo lo contrario. Cuando se dan cuenta, ya no quieren tener nada que ver con él. Con razón sienten que han sido engañados acerca del camino de la verdad.

Estos falsos maestros son *codiciosos* de sus bienes y de su dinero. Se lo sacan del bolsillo con palabras engañosas, en las que ustedes caen. Semejante proceder siempre trae consigo el juicio de Dios. Desde la perspectiva de Dios nunca ha sido de otra manera. A tales personas les alcanzará la perdición, como ya dije.

Dios pedirá cuentas a cada uno por sus pecados. Eso vale también para los seres del mundo invisible. Los *ángeles*, los hijos de Dios, los vigilantes, tenían malas intenciones sobre la tierra. Tuvieron matrimonios y, por tanto, relaciones sexuales con mujeres, de las que fueron engendrados los gigantes. Así llamó Moisés a los hijos de estas uniones. Además, enseñaron a los seres humanos cosas malas, lo que condujo a una gran maldad y corrupción en la tierra. Estos hijos de Dios han sido juzgados. Dios no los perdonó. Y mucho antes del juicio definitivo fueron arrojados a las tinieblas y puestos en cadenas, para que no pudieran cometer más maldades. Allí están retenidos para el día del gran juicio.

Hay muchos ejemplos de que Dios no puede soportar ni tolerar el pecado. Dios no perdonó a todo el mundo antiguo. Trajo el diluvio mortal sobre todos los impíos de aquellos días. También sobre los muchos gigantes que los hijos de Dios habían engendrado con mala intención. Solo Noé era justo; él anunció la justicia de Dios y el juicio venidero. Él y su familia, ocho personas en total, fueron preservados y salvados por medio del arca.

Otro ejemplo de advertencia para todos los impíos es la destrucción y reducción a cenizas de *Sodoma* y *Gomorra*. Allí vivía el justo Lot, que fue salvado poco antes de la ruina de la ciudad. Para él eran insoportables la violencia y la disposición a la violencia de estos impíos, la adoración de los astros y su contacto con poderes tenebrosos. Le dolía en el alma tener que ver y vivir eso día tras día.

Estos ejemplos deben advertirnos. Pero también a todos los seductores y a los seducidos. Y nos animan, porque muestran cómo Dios protege a los suyos, a los que son justos y le temen, y los salva del juicio. Lo hace cuando viven en el temor de Dios en medio de estos impíos. Todos los injustos e impíos no saldrán impunes. A más tardar después de su muerte, en el día del juicio, recibirán su castigo.

El *juicio* alcanza con certeza a los que dan rienda suelta a sus deseos sin freno. Porque desprecian a Cristo como el Soberano al que deberían obedecer. Tales personajes, que actúan por cuenta propia, tampoco temen blasfemar contra los poderes celestiales. A diferencia de ellos, los ángeles, que en rango están por debajo de estos poderes celestiales, no se atreven a pronunciar ante Dios un juicio blasfemo contra ellos. Y eso aunque tendrían razón y motivo suficientes para hacerlo.

Estos falsos maestros no saben de qué blasfeman ni con qué se están enfrentando. Se comportan como animales irracionales, criados solo para el matadero. En su propia corrupción perecerán. Recibirán la justa paga por lo que han hecho.

Les encanta el desenfreno a plena luz del día. En lugar de trabajar. Se revuelcan en sus propios engaños. Vienen a sus comidas fraternales, donde ustedes se reúnen. Y solo tienen una cosa en mente, y se les nota: encontrar a una mujer que cometa adulterio con ellos. Son esclavos del pecado. Son un gran peligro para los creyentes que todavía no están afianzados. Precisamente a esos buscan. Con el fin de seducirlos. La codicia se les lee en los ojos. Aprovecharse

del otro y abusar de él: eso es lo que de verdad saben hacer bien. No son más que hijos de maldición. Han abandonado el camino recto de la verdad. Sí, se han extraviado de él. Se han decidido por el camino de Balaam: un profeta que quería profetizar falsedades a cambio de una paga de adivino. Pero recibió una reprensión tan dura como prodigiosa. El asna en la que montaba lo reprendió con palabras humanas y así frenó la locura del profeta. El asna vio al ángel del Señor, pero el profeta no.

Estos falsos profetas son como fuentes sin agua. Por eso son inútiles y un engaño. Se parecen a nubes llevadas de un lado a otro por la tormenta. Para ellos al final solo queda la oscuridad en las tinieblas eternas. Con discursos altisonantes prometen y, a la vez, encubren que solo les importa satisfacer deseos egoístas. Con ello atraen y seducen precisamente a quienes acaban de escapar del error del mundo por la fe. Hablan de una gran libertad y con ello atraen a los que todavía son muy jóvenes en la fe. Pero ellos mismos son *esclavos* de su propia corrupción. La libertad que prometen no es libertad, sino esclavitud. Están sometidos como esclavos a su propia corrupción.

Aquellos a quienes los falsos maestros tienen en la mira para seducirlos acaban de escapar del error del mundo y de sus deseos. Porque han conocido al Señor y Salvador Jesucristo, encontraron en él amparo y sostén. Pero si ahora, por esta seducción, vuelven a deslizarse hacia el mundo del que huyeron, entonces su situación es peor que antes. Es tan grave que lo mejor habría sido que ellos, los seductores y los seducidos, nunca hubieran conocido el camino de la justicia y de la verdad. Como se han vuelto a apartar, rechazan el santo mandamiento de nuestro Señor Jesucristo, a quien sí habían conocido por medio del evangelio.

Lamentablemente, a estos casos tristes se aplica la palabra de los Proverbios: El perro vuelve a lo que antes vomitó, para comérselo de nuevo. Del mismo modo se aplica el refrán: La cerda recién lavada vuelve a revolcarse en su propio estiércol. ¡Tengo que decirlo de forma así de cruda!

Capítulo 3

Esta es ya la segunda carta que les escribo. Con ella apelo a su memoria. Al mismo tiempo quiero agudizar su pensamiento: aférrense a la palabra de los profetas, a los que ya me he referido. Piensen una y otra vez en el *mandamiento* de

nuestro Señor Jesucristo, que sus enviados, los apóstoles de ustedes, les han transmitido.

Sobre todo deben saber una cosa: en los últimos días vendrán *burladores* que no tienen nada que ver con el temor de Dios. No se dejen sorprender ni intimidar por ellos. Solo viven según sus deseos. Dirán: ¿Dónde está la *venida de Cristo*, que tanto se prometió? No se ve nada de ella. Todo sigue como está. Como desde siempre. Pero pasan por alto a propósito algo decisivo. Desde el principio, los cielos y la tierra existían por la voluntad de Dios. Del agua hizo Dios surgir la tierra por su palabra. Separó la tierra firme del agua, así como las aguas de abajo, en la tierra, y las de arriba, en el cielo. Del mismo modo dispuso Dios que el mundo antiguo de entonces pereciera en el agua. Tanto por la lluvia del cielo como por las masas de agua que brotaron de la tierra e inundaron todo. Así que, sin duda, *no* todo ha permanecido como era al principio. Dios intervino en el curso de la historia como de la nada, de repente y con poder. El diluvio inundó el mundo antiguo de entonces y lo limpió de todos los impíos.

Así también los cielos actuales y la tierra de hoy están reservados por Dios mismo para el fuego en el día del juicio venidero. Eso significará la perdición de todos los impíos y burladores. Entonces fue el juicio purificador de Dios con agua. El juicio futuro será por fuego. Tan cierto como vino el diluvio, así de cierto y repentino vendrá el juicio consumidor de Dios.

La pregunta de cuándo sucederá todo esto, y cuánto tiempo ha durado ya y durará todavía, no debe inquietarlos, amados. Porque para nuestro Señor no rige nuestra medida terrenal del tiempo. Un día para él son mil años para nosotros. Y mil años para nosotros son para él como un solo día. Tengan por seguro que el Señor *no* retrasa su venida. Eso nos lo ha prometido. Algunos piensan que nos hace esperar a propósito tanto tiempo, ¡o que quizá ni siquiera venga! No deberíamos pensar así. Más bien, él es paciente con todos. Porque no quiere que nadie se pierda. Por eso nos concede a nosotros, los judíos, y también a las naciones, sí, a todas las personas, mucho tiempo para cambiar de mentalidad y convertirse.

La promesa sigue en pie y se cumplirá: ¡el *día de nuestro Señor* vendrá! Y vendrá como un ladrón en la noche. Por sorpresa. Justo cuando menos lo esperan. Ese día será imponente y único. Los poderes celestiales rebeldes serán juzgados, y el cielo sobre la tierra pasará con un estruendo crepitante. Así la tierra y todo lo que los seres humanos han provocado y creado en ella quedará, hablando en

sentido figurado, al descubierto y entregado al fuego del juicio de Dios. Todo lo que no tiene consistencia será destruido. El fuego purificador del juicio fundirá todo sobre la tierra. Solo los justos en Cristo se hallarán todavía en ella. Solo ellos permanecerán para siempre.

Los ángeles caídos en el pecado, los hechos aberrantes en Sodoma y Gomorra, así como la maldad de toda una generación antes del gran diluvio, son presagios de lo que sin duda también nos espera a nosotros.

¿Tiene todo esto significado también para nuestra vida de hoy? Absolutamente: vivan de tal manera que lo que hacen y lo que dejan de hacer tenga consistencia y *valor eterno*. Solo eso resistirá el juicio de fuego. ¡Sean santos y vivan para la honra de Dios! ¡Esperen con ardiente anhelo el día de Dios! Quien vive así anhela que este día de Dios llegue lo antes posible. Entonces será eliminada toda rebelión sobrenatural de los poderes celestiales, y el cielo se encenderá en fuego y se fundirá en el incendio.

Este juicio de fuego consumidor no nos entristece. Porque Dios, en su lugar, hará de un *cielo nuevo* y una *tierra nueva* nuestro hogar eterno. Así lo anunció ya el profeta Isaías. La tierra antigua será purificada en el juicio, y lo será de los pecadores, del pecado y de todas sus consecuencias. Como entonces en el diluvio. Pero ahora sucederá por fuego. Comparable a una fundición ardiente de oro. La tierra será purificada, transformada y creada de nuevo. Será un lugar donde, a diferencia de hoy, la *justicia* perfecta tendrá su hogar para siempre. La tierra nueva será completamente distinta de la que conocemos ahora. Será totalmente libre. Libre de la muerte, de toda clase de maldición, de la injusticia, la enfermedad, la guerra, el odio, el hambre, la pobreza, el miedo y la lucha por sobrevivir. Pero libre también de la falta de alegría, la soledad, la depresión y el vacío interior. Sin embargo, esta tierra nueva solo será habitada por quienes buscan y honran a Dios.

Precisamente esta perspectiva, y nada menos que eso, es la *meta* de nuestro viaje de fe. Por eso, déjense desafiar a estar delante de él en la luz, irrepreensibles y sin mancha, en el día de la promesa de Dios. A este Dios santo lo encontraremos en paz, sin ningún temor. Debemos ser hallados como justos. Pasamos a través del juicio que alcanza a este mundo para llegar al mundo nuevo, al *reinado* eterno de Jesucristo.

Y lo digo una vez más: el hecho de que la venida de Jesús parezca retrasarse significa salvación para el mundo. Porque él es paciente. Así concede a las

personas todavía tiempo y espacio para el arrepentimiento y la conversión.

Así lo escribió también nuestro amado hermano Pablo, lleno de sabiduría, en sus cartas. Es cierto que a veces no son del todo fáciles de entender. Y lamentablemente, quienes no están firmes en la fe o son ignorantes las tuercen y las entienden mal. Aunque eso lo hacen también con todas las demás Escrituras, y así atraen sobre sí la perdición.

Pero ustedes, mis amados hermanos, que por mi carta ya saben todo esto de antemano, ¡estén alerta! Guárdense de ser arrastrados por el viento contrario y por la palabrería de estos malvados, y de caer de la firmeza de su fe.

Más bien los animo: ¡*Crecan* en la gracia! *Conozcan* cada vez más la gracia desbordante de nuestro Dios. Apuesten su vida a la gracia de Dios en Cristo. Avancen en la fe. Crezcan sobre todo en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Recuerden quién es él y lo que ha hecho por nosotros. Acuérdense también de sus palabras y mandamientos. Den testimonio de él. Ámenlo. Hónrenlo. Adórenlo y hagan lo que él ha dicho.

¡A él sea la gloria! ¿A quién si no? Ya hoy lo amamos y lo honramos. ¡Y cuánto más en el día de Dios, cuando el reinado de Jesús resplandezca definitivamente y para siempre, cuando el cielo nuevo y la tierra nueva estén llenos del conocimiento y de la gloria del Señor! Amén.

La carta de Judas

- Nuestra santísima fe
- Los seductores
- La seducción
- El juicio de Dios
- La protección del amor de Dios
- El trato mutuo
- Nuestra meta

La carta de Judas

Les escribo yo, Judas, que pertenezco a Jesucristo en cuerpo y alma y le sirvo. Soy hermano carnal de Santiago y del Señor Jesús. Les escribo a ustedes, que han sido llamados por Dios por medio del evangelio. A seguirle. A ustedes, que son amados por nuestro Dios y Padre como sus propios hijos. Ustedes están a salvo en Dios. Son su tesoro y su propiedad. Guardados por Cristo, que los sostiene en todo lo que sucede. La misericordia de Dios, su paz y su amor les serán dados cada vez con más abundancia. Así su vida quedará colmada. Y se hará visible lo que él les ha regalado.

Me había alegrado tanto de poder escribirles sobre nuestra gran salvación común. De ponerles ante los ojos la gran misericordia de Dios. Pero también lo desesperada que era nuestra situación y nuestra perdición. Sin embargo, por las circunstancias tengo que concentrarme en algo todavía más importante. Me sentí verdaderamente impulsado a exhortarlos y animarlos a luchar por la fe que fue entregada una vez para siempre. La fe que los apóstoles recibieron de nuestro Señor Jesús y nos transmitieron. ¡Esta fe, que nos regaló la salvación, está en peligro! Porque ciertas personas se han infiltrado en la comunión de los creyentes. Con astucia y arte de seducción. Toman la gracia de Dios como permiso para vivir en el libertinaje y el pecado. Dicen: Podemos hacer lo que queramos, Dios siempre perdonará. Así niegan a nuestro único Soberano y Señor, Jesucristo. A él debemos obedecer, y no correr tras deseos pecaminosos. Pero su juicio y su fin ya están decididos desde ahora. Así está anunciado de antemano. Conocemos por las antiguas tradiciones la sentencia de Dios sobre quienes hacen tales cosas.

Ustedes conocen estas historias de la Biblia hebrea y de las tradiciones judías. Solo les recuerdo tres acontecimientos que encajan bien con su situación actual. Como advertencia contra estos seductores sin escrúpulos.

El Señor liberó a Israel, su pueblo, de forma espectacular de la esclavitud de Egipto. Aun así castigó a los del pueblo que no creyeron y los hizo perecer a todos en el desierto.

Incluso ángeles, los hijos de Dios, fueron puestos en cadenas eternas, en tinieblas. Hasta el gran día del juicio. Porque abandonaron su llamamiento y su

condición de ángeles y se unieron con mujeres humanas en los días de Noé. Increíble: engendraron gigantes y trajeron deliberadamente el caos al mundo antes del gran diluvio.

Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas practicaron la inmoralidad sexual. Los hombres fueron tras otra carne distinta de la de las mujeres. Exigían tener sexo con los mensajeros celestiales que Dios envió a Lot. Así lo relata Génesis 19. Estas ciudades, sobre las que cayó el fuego del juicio, sirven de ejemplo de que tienen que soportar el castigo eterno en el fuego. Abandonadas eternamente a sí mismas, perdidas y solas.

El juicio de Dios no deja de llegar: la muerte física, como en el caso de Israel en el desierto. Atados en el mundo de los muertos, como los hijos de Dios caídos. El juicio eterno del fuego, como en el caso de Sodoma y Gomorra.

Todos estos pecados, o pecados muy parecidos, los encuentran en estas personas contra las que los advierto. Se imaginan que reciben por medio de visiones la confirmación de lo que hacen. De su prostitución. Del rechazo de la autoridad de Dios y de Cristo. Y de sus palabras blasfemas sobre poderes angélicos tenebrosos, sin tener para ello en absoluto el poder y la autoridad de Dios.

Incluso Miguel, uno de los ángeles más poderosos que existen, que disputaba con el diablo —un poder angélico poderoso y tenebroso, el adversario de Dios— sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió siquiera a pronunciar un juicio blasfemo contra él y sus malas intenciones. ¡Por respeto! Miguel solo dijo: ¡El Señor te reprenda!

Estas personas blasfeman de algo de lo que no tienen ni idea. No saben con qué se están metiendo. Pero en aquello de lo que sí tienen idea, lo que entienden y hacen instintivamente como animales, en eso se hunden por su impulsividad animal. No tienen ninguna brújula moral ni discernimiento espiritual.

¡Ay de ellos! Estos seductores tienen motivos para temer. Hacen lo que ya hizo Caín, el asesino y envidioso. ¡Son religiosos! Pero se alejan de la presencia de Dios y rechazan su autoridad.

Como Balaam, hacen cosas por dinero. Por codicia y afán de lucro. Se dejan sobornar y caen en el error de creer que pueden lograr algo en el mundo espiritual.

Como el rebelde Coré, perecerán en el juicio de Dios. Se arrojan lo que no les corresponde.

Es una vergüenza que estas personas participen en sus comidas en común. Se atiborran y hacen como si todo estuviera en orden.

Son como nubes que anuncian lluvia, pero no la traen. Mienten. Son llevados de un lado a otro por el viento. Sin sostén.

Son como árboles a finales del otoño. Pero no tienen fruto alguno. Están pelados, muertos ya por segunda vez. Desarraigados.

Fieras olas del mar. Su vergüenza se desborda en espuma. Fanfarrones que solo hacen espuma.

Estrellas errantes, desviadas de su órbita, que no dan ninguna orientación.

Como los ángeles caídos, van a la oscuridad más profunda. Para siempre.

Ustedes saben que ya Enoc, el descendiente de Adán en la séptima generación, pronunció la palabra del Señor sobre gente así: «El Señor ha venido, junto con sus santos ángeles. Está en medio de ellos. Para ejecutar juicio. Por sus obras impías. Por sus palabras insolentes e impías. Contra él, el único Señor y Soberano».

Siempre están murmurando y nunca están contentos con su situación.

Solo buscan sus deseos y no preguntan por la voluntad de Dios.

Dicen palabras grandes y arrogantes sobre sí mismos.

Se arrastran ante la gente y la adulan cuando pueden sacar alguna ventaja.

Cuando se encuentren con estas personas, o si ya se han infiltrado entre ustedes, acuérdense de las palabras de los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Amados de Dios, ellos ya predijeron que al final de los tiempos vendrán burladores. Gente que, sin Dios, sigue sus impulsos. Toda su vida se burla de la santidad de Dios. Esta gente envenena sus comunidades y provoca divisiones. Son personas de mentalidad terrenal, que no tienen al Espíritu de Dios habitando en ellas. No conocen la verdadera vida de Dios.

Pero ustedes, amados, tienen nuestra santísima fe como fundamento de su comunión. Edifiquen la iglesia sobre ella, y no la destruyan como esa gente falsa. Esta fe que nos anunciaron el Señor y sus apóstoles no puede ser sustituida por nada. Por eso debemos luchar por ella, como dije al principio. No sean pasivos frente a esa gente falsa. ¡Levántense!

Encuentren fuerza para ello en la oración. ¡Oren desde el Espíritu Santo! Sean conscientes de su presencia y de su guía. Dejen que él los lleve interiormente y en el corazón. Él nos conduce a la presencia de Dios. Nunca

oren solo para cumplir un deber piadoso, sino acérquense con alegría al trono de Dios. ¡Una y otra vez!

Permanezcan bajo la protección del amor de Dios, que es inmutablemente grande. Permanezcan en el amor de Jesús y guarden sus mandamientos. Muy al contrario de esa gente falsa que niega al Soberano.

Esperen en la misericordia del Señor Jesucristo que viene. Él saldrá a nuestro encuentro en su día y nos llevará a salvo a la vida eterna.

Tengan misericordia de los que dudan de esta esperanza. Apóyenlos, no los juzguen con dureza y no los insulten.

A otros, sálvenlos como sacándolos del fuego. A los que prácticamente han abandonado la fe. Hagan todo lo posible, como si sacaran a alguien de una casa en llamas.

De otros, que ya han sido seducidos por esa gente e imitan su estilo de vida, tengan compasión. Pero cuiden de no tolerar en silencio su estilo de vida. Aborrezcan esos pecados y sáquenlos a la luz. Pero nunca aborrezcan a estos seducidos.

¡Anímense! Nuestro Dios Salvador puede protegernos para que no tropecemos en la duda ni seamos seducidos. Puede guardarnos hasta que lleguemos a la meta. Nos reunirá a todos delante de su rostro. No habrá en nosotros mancha alguna. No nos llenará el espanto en su presencia, sino una alegría celestial y júbilo. Entonces comenzará la fiesta. Y no terminará nunca.

Así es nuestro Dios. Nuestro Salvador único. Por medio de Jesucristo, nuestro Señor, Dios se ha convertido en nuestro Salvador.

A él pertenece y le corresponde toda honra, majestad, poder y autoridad. Antes de todos los tiempos, ahora y para siempre.

Amén.

La carta a los Hebreos

- Jesús: así es Dios
- Jesús, nuestro gran apóstol y sumo sacerdote
- Oración y adoración ante el trono de Dios
- Vivir en el santuario
- El nuevo pacto
- Consumado es
- ¡Santificados y hechos perfectos para siempre!
- El gran Día de la Expiación cumplido en Jesucristo
- La fe
- El reino incommovible

La carta a los Hebreos

¡Miren hacia atrás, hebreos! A su historia. Desde el principio habló Yahvé Dios. Muchas veces. De maneras diversas e impresionantes. Se dio a conocer por medio de los profetas. Los envió. Ellos transmitieron sus palabras. Pero ese tiempo ha pasado definitivamente. Porque Dios, el Hijo, vino y habló al mundo. Sí, Dios habló por medio del Hijo de una manera como nunca antes. Fue la última palabra profética, pero la perfecta, y por eso la palabra determinante. Fue el mensaje más grande, que lo supera todo. Sí, el *Hijo* mismo era el mensaje. Él era la gran salvación para todos.

Este Hijo está destinado a ser heredero de todas las cosas. Todo le pertenecerá. Todo fue creado por medio del Hijo. Para ello lo comisionó el Padre. Todo sucedió tal como Yahvé Dios quería. Porque el Hijo es y sigue siendo, en lo que es en su esencia y en toda su obra, el reflejo perfecto y el resplandor de la gloria de Dios. Esta gloria determina el ser, la realidad terrenal y corporal y la presencia de Jesús. En el Hijo, en Jesús, la gloria de Dios se revela y se muestra. Visible, experimentable, palpable. Lo que hasta entonces de Dios solo se podía reconocer de forma fragmentaria, poco a poco, por medio de los profetas, ahora queda completamente claro en Jesús. El Dios eterno es exactamente el que ha venido en Jesús. Tal como hemos llegado a conocer a Jesús, así fue y es Dios desde siempre. Y así será siempre.

Todo lo que el Hijo ha creado vive de él. Como unido a un cordón umbilical. Todo existe solo por medio de él, por medio de su poderosa palabra de vida y de omnipotencia. Todo está en su mano.

El Hijo, Jesús, luchó personalmente por la purificación tan urgentemente necesaria de nuestros pecados. Por ello pagó con su vida. Él *hizo posible* lo *imposible*. De esto hablaré todavía con frecuencia. Porque es muy importante. Por eso ocupó el lugar de honor más alto. Que está a la diestra de la Majestad de Dios. En su trono eterno en las alturas.

Los ángeles están por encima de los seres humanos en el orden de la creación. Pero ahora el *ser humano* Jesús ha llegado a ser más grande y más poderoso que ellos. Ha recibido un nombre más excelente. Como ser humano.

Este nombre lo representa a él mismo. Al Hijo. Con este nombre supera a todos los ángeles.

Lo demostraré con siete citas de las Sagradas Escrituras. Él recibió de Dios un rango y un nombre más excelentes. Porque ¿alguna vez dijo Dios a un ángel lo que se dice del Rey Mesías en el Salmo 2: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy»? ¡No! Él, el Hijo, no tuvo principio ni fue creado, sino que fue traído al mundo de una manera única. Como la incomprensible encarnación de Yahvé, que se hizo ser humano.

¿O acaso en 2 Samuel 7, donde se dice del descendiente de David: «Yo seré a él padre, y él me será a mí hijo»? Ambas palabras se cumplen, en toda su amplitud y profundidad profética, solo en Jesús. Estas palabras son verdaderas fuera del tiempo. Apuntan especialmente a su encarnación. ¡Pero también a su resurrección y a su exaltación como Rey del universo!

Dios volverá a hacer descender a su Hijo único, Jesús, desde el trono celestial al mundo visible, a la tierra habitada. Todas las personas lo verán. Y todos los ángeles de Dios se pondrán de rodillas ante él, le rendirán homenaje y le darán honra y adoración. Exactamente así fue ya en su primera venida, cuando Jesús, Dios el Hijo, se hizo ser humano.

De los ángeles dice Dios en el Salmo 104: «Hago de los ángeles vientos y los envío. Son mis servidores, a los que convierto en llamas de fuego». Pero de su Hijo dice algo completamente distinto. Porque él, el Primogénito, no fue creado y nunca tuvo principio. Con las palabras del Salmo 45 se dice del Hijo Jesús: «Tu trono, oh Dios, está firme y por encima de todo, sin principio y sin fin, por los siglos de los siglos. El cetro, tu vara de gobierno, es justicia. Tu reinado es justo». Porque Jesús, en su vida terrenal, amó la justicia de Dios por encima de todo y aborreció la maldad. Por eso Dios *lo* ungió a él con el óleo de la alegría y del júbilo. Lo llamó a ser rey a él y a nadie más. Tampoco a ningún ángel. Él es el Ungido, el Mesías, el Cristo». ¡Y *nosotros* somos sus compañeros, no los ángeles!

Del Hijo dice Dios con las palabras del Salmo 102: «Tú creaste en el principio el universo; es la obra de tus manos poderosas. Pero eso perecerá, mas tú permanecerás. Todo envejece y se pudre, como un manto gastado que se enrolla y se cambia. El universo será transformado y cambiado, para no desmoronarse. Será hecho nuevo por medio del Hijo. Pero tú, el Hijo, tú eres el

mismo, el Inmutable, cuyos años nunca terminan y que nunca necesita renovación».

¿Alguna vez dijo Dios a un ángel las palabras del Salmo 110: «Siéntate conmigo en el trono, y ten por seguro que llega el día en que pondrás tus pies sobre todos tus enemigos, como sobre un estrado»? Él recibe el lugar de honor. Él reinará. No los ángeles.

Los ángeles son y siguen siendo seres espirituales. Creados para servir. Sí, existen para ayudar y asistir a quienes esperan la salvación plena. Ayudan a quienes están en camino por el difícil sendero hacia el reinado eterno del Hijo. Y hacia el reposo eterno de Dios. Los ángeles ya han servido muchas veces a los creyentes. Como lo hicieron también con Jesús.

Capítulo 2

Porque estamos en camino hacia esta gran meta, tenemos que prestar mucha atención a lo que hemos oído en el evangelio. De lo contrario, como un barco, no llegaremos al puerto. Pasaremos de largo junto a la meta. Naufragaremos en la fe.

Por medio de ángeles se nos entregó a nosotros, los hebreos, la ley de Moisés en el monte Sinaí. Ante la asamblea celestial de los ángeles. Y esas palabras eran inequívocas: el que las cumpla vivirá. El que no las cumpla morirá. Hay una justa retribución por todo lo que hacemos, en virtud de la ley que nos fue entregada por medio de ángeles. Pero si pasamos por alto a la ligera la gran salvación, el rescate por medio *del Hijo*, o la ponemos en juego, sí, si la despreciamos, ¿qué pasará entonces? ¿Cómo podremos entonces escapar todavía del justo juicio de Dios? ¿Adónde podremos huir entonces?

Esta salvación vino y comenzó por medio de nuestro Señor Jesús. Él anunció el evangelio del reino. Después de su muerte y resurrección encargó a sus discípulos anunciar por todas partes la gran salvación consumada. Ellos también nos confirmaron a nosotros la buena noticia del reino y de la salvación con la que Jesús había comenzado. Dios mismo ha confirmado este mensaje hasta hoy con señales y milagros sobrenaturales. Y lo sigue haciendo. Lo hace mediante el derramamiento del Espíritu Santo, pero también mediante hechos poderosos extraordinarios. Dondequiera que esta palabra se anunció y se creyó, y se anuncia y se cree, el poder del reino de Dios está en acción. Estos acontecimientos no permiten otra conclusión que esta: este mensaje viene de

Dios mismo. ¡A esta palabra *del Hijo* deben prestar atención! Él fue el último profeta, pero al mismo tiempo el más grande, porque es el Hijo.

Dios puso en aquel entonces la tierra bajo el dominio del ser humano, y no de los ángeles. Tampoco el mundo venidero lo confió a los ángeles ni se lo dio en herencia. En el Salmo 8 se dice: «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, o el hijo del hombre, para que lo cuides? Lo has hecho un poco menor que los ángeles —los Elohim, los hijos de Dios creados—, pero lo coronaste de gloria y de honra; todo lo pusiste debajo de sus pies». Si Dios confió y sometió todo al Hijo, al Mesías Jesús, no queda nada que no le esté sometido. Tampoco los ángeles. Todo es todo. El ser humano único, incomparable y ungido, Jesús, gobernará el mundo venidero junto con seres humanos, con nosotros, sus compañeros, a quienes ha redimido y llamado. Incluso sobre los ángeles.

Sin embargo, todavía no podemos ver ni vivir este reinado universal de Jesús en su dimensión inimaginable. Pero un día llegará el momento. Cuando llegue su hora. Lo que ya ahora reconocemos por la fe y con los ojos del corazón es esto: Jesús, que durante su vida terrenal como ser humano fue menor que los ángeles. Que sufrió la muerte por todos y probó toda la amargura de una muerte violenta. Por todos nosotros. Para que así la gracia de Dios beneficie a toda la creación. Y por eso, porque hizo lo imposible, se dejó crucificar y murió, ahora está revestido de la gloria y la honra de Dios, sí, coronado con la corona de victoria de la gloria.

Corresponde también plenamente a la voluntad de Dios —por quien y para quien fueron creadas todas las cosas— perfeccionar a él, al Mesías Jesús, por medio de sus sufrimientos en la tierra. Perfeccionarlo para su cargo y su servicio como sumo sacerdote, del que todavía hablaré con detalle. Él, Jesús, es el autor, el guía, sí, el capitán de nuestra salvación. Como tal nos conduce a nosotros, los muchos hijos e hijas, de forma imparabile y victoriosa a la gloria celestial, que antes estaba cerrada para nosotros.

Cristo nos ha santificado y nos ha llevado a Dios. Todo viene de Dios, que engendró a su Hijo como ser humano en la tierra. Igual que a nosotros, sus hijos e hijas. Por eso el Mesías, *como ser humano*, no se avergüenza ante los ángeles —que en el orden jerárquico están por encima de los seres humanos— de llamarnos a nosotros, *seres humanos*, sus hermanos. En la asamblea celestial de los ángeles, los Elohim, lo confiesa abiertamente, como dice el Salmo 22:

«Anunciaré tu glorioso nombre, oh Dios, a mis hermanos; en medio de la asamblea celestial de los ángeles entonaré tu alabanza». Y en otro lugar se dice: «Pondré mi confianza en él, en el Dios que quiso tener esta nueva familia». En la cruz se burlaban de él diciendo que confiara en Dios para ser salvado: confió en su Dios, pero murió de todos modos. Pero este es el resultado maravilloso, como dice Isaías 8: «He aquí, yo y los hijos que Dios me ha dado como hermanos». El Mesías nos presenta a todos nosotros, su gran familia humana, sí, innumerable, ante la asamblea celestial, y anuncia y celebra que se ha unido a nosotros para siempre.

¿Cómo pudo llegar a ser así? ¿Cómo fue posible? Él, Jesús de Nazaret, se hizo plena y totalmente ser humano. Hizo completamente suya nuestra existencia humana y mortal, de modo que fue lo que nosotros somos. Excepto el pecado.

Nosotros, los seres humanos, estábamos sometidos día tras día a la muerte y al miedo a la muerte. Pero él vino para vencer al diablo, que tiene el poder de la muerte. Vino para romper el poder de la muerte y del miedo. Por el pecado y la transgresión estamos bajo la sentencia de muerte de la ley. Y el diablo, el acusador, insiste en esta sentencia. Pero Cristo nos liberó por medio de su propia muerte en sacrificio, pagando con su propia muerte el rescate por nuestros pecados. Así pudo liberar a todos los que durante toda su vida estaban bajo la ley, en angustia de conciencia y en miedo a la muerte, una ley que nunca pueden cumplir. Ahora el poder de la muerte está roto y es ineficaz para todos los que siguen al guía de nuestra salvación, Jesucristo. Nuestro capitán de la salvación ha vencido al diablo y le ha arrebatado su poder y su arma: ¡en él hay libertad del pecado y de la muerte!

No le importaba la salvación de los ángeles. Porque él no es un ángel, sino que se hizo ser humano. Él se ocupa de la simiente, de los descendientes de Abraham, ustedes, hebreos. Se trata de ustedes y también de todos los que creen. Porque en Abraham la bendición estaba prometida también a las naciones. Y todos los que creen son hijos de Abraham.

Así que lo digo una vez más: Jesús tuvo que hacerse en todo semejante a sus hermanos, excepto, naturalmente, en el pecado. Solo así pudo llegar a ser para nosotros un sumo sacerdote misericordioso, compasivo y fiel delante de Dios. ¿Qué ha hecho por nosotros? Ha quitado nuestros pecados. Los ha eliminado y les ha puesto fin. Así sucedió —como figura que apuntaba a Jesús— en el

templo de Jerusalén para el pueblo de Israel. Pero él es el cumplimiento. Él ha obtenido el perdón de nuestros pecados. De forma perfecta, una vez para siempre.

No solo se convirtió en *sumo sacerdote* para nuestro problema del pecado. No, lo sigue siendo hasta que lleguemos a la meta. Nos ayuda en el camino de la fe. Intercede por nosotros ante Dios. Ora por nosotros. Porque somos débiles, rodeados de tentaciones y persecuciones que quieren apartarnos del camino. Estos sufrimientos, persecuciones y angustias los vivió y los soportó él mismo. Con más intensidad de la que nosotros jamás los viviremos. Eso, como ya dije, lo capacitó para este servicio de sumo sacerdote, para que pueda compadecerse, ayudar y estar a nuestro lado. Si no se hubiera hecho ser humano, si no hubiera vivido y soportado lo que sucedió, nunca habría podido llegar a ser un sumo sacerdote así.

Capítulo 3

Por eso, ustedes, santos, hermanos redimidos en la fe, miren a Jesús con fe. Concéntrense en él. Él es nuestro sumo sacerdote y apóstol de Dios. Como sumo sacerdote está ante Dios por nosotros. Como apóstol está con nosotros de parte de Dios. Todos ustedes son compañeros y participantes del llamamiento de Dios por medio del evangelio. El llamamiento de Dios les llegó desde el cielo. Y hacia allí los llama: a su santuario celestial.

Jesús fue y es fiel a aquel que lo constituyó en este servicio y cargo, como también Moisés lo fue en toda su casa de Israel, el antiguo pueblo de Dios. Pero Jesús tiene mayor honra que Moisés. Del mismo modo, el constructor de una casa tiene mayor honra que la casa que ha construido. Naturalmente, toda casa es construida por alguien; pero el que lo construye todo es Dios mismo. Jesús es Dios, que lo ha creado todo, también a Moisés y su casa.

Moisés fue fiel en su servicio en esta casa. Eso era una figura y un testimonio de lo que se les ha anunciado a ustedes. Eso es Cristo, el Hijo. Él está *sobre* esta casa. No como Moisés. Él solo era un siervo *en* esta casa. La casa que Cristo ha creado y que le pertenece somos nosotros: ¡su familia, las hijas y los hijos de Dios!

¡Pero tengan cuidado! Solo lo son si *retienen* la confianza gozosa y la esperanza de la que podemos estar tan orgullosos, y al mismo tiempo permanecen firmes hasta el final de su vida o hasta la gloriosa venida del Mesías.

El Espíritu Santo dice en el Salmo 95: «Hoy, cuando resuene la voz de Dios, escuchen atentamente y hagan lo que él dice. En lugar de endurecer su corazón. Porque así fue en la provocación, en los días de la tentación en el desierto. Entonces sus padres me tentaron, desafiándome y poniéndome a prueba con dudas, aunque habían visto mi fidelidad y mi cuidado durante 40 años. Por eso me enojé con esa generación. Dije: Siempre andan extraviados en su corazón. Nunca reconocieron mis buenos caminos, y tampoco quisieron hacerlo. Entonces juré en mi santa ira: Esta generación que salió de Egipto —excepto Josué y Caleb— no entrará en mi reposo, en la tierra prometida de Canaán».

Precisamente por eso, cuidense a sí mismos, para que nadie tenga un corazón tan malo. Un corazón lleno de incredulidad, dispuesto a apartarse del Dios vivo y del Mesías. A este Dios y su bondad los han conocido y experimentado por medio del Mesías Jesús. Por eso anímense unos a otros cada día en este tiempo crítico y lleno de pruebas. Háganlo constantemente, para que ninguno de ustedes sea cegado por el engaño del pecado, seducido a la incredulidad y endurecido. Es un engaño creer que se encuentra reposo cuando se abandona la fe. Recuerden: hemos llegado a ser para siempre compañeros, como verdaderos hermanos del Mesías Jesús. ¿Puede haber algo más que eso? ¿No vale la pena, entonces, seguir adelante con determinación en la fe? Solo experimentaremos todo como verdadero y real si retenemos con firmeza hasta el final la confianza de fe que teníamos al principio. Y si no abandonamos la fe. No hay atajo en el viaje hacia el reposo de Dios.

La advertencia de Dios es: «Hoy, sí, siempre que oigan mi voz, no endurezcan su corazón, como entonces en la provocación». ¿Quiénes fueron los que entonces endurecieron su corazón y provocaron a Dios? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto detrás de Moisés? ¿Con quiénes estuvo Dios enojado? ¿Durante 40 años? ¿No fue con todos los que habían pecado y cuyos cadáveres quedaron tendidos en el desierto? ¿A qué israelitas les juró que no entrarían en su reposo? Precisamente a los que fueron desobedientes y endurecieron su corazón contra él. Vemos claramente que no pudieron entrar en la tierra prometida a causa de su incredulidad.

Capítulo 4

Ustedes, hebreos, y todos los oyentes y lectores de mi carta: ¡preocupémonos seriamente por alcanzar de verdad el reposo de Dios que él nos ha prometido!

No deben quedarse atrás en el camino hacia allí. Y, sobre todo, no deben errar la meta al final. A nosotros se nos ha anunciado la buena noticia del reposo futuro de Dios. Igual que a ellos en aquel entonces se les anunció, por medio de los exploradores, la noticia de la rica tierra de Canaán. Pero a ellos no les sirvió de nada la noticia de la gloria de Canaán. Porque no la creyeron. Nosotros, todos los que creemos en el mensaje del Mesías, entraremos en el reposo celestial. Pero entonces fue muy distinto. No entraron en el reposo que Dios les había prometido. Porque una y otra vez endurecieron su corazón y no confiaron en Dios.

Desde el principio Dios muestra que todavía hay un reposo. Aunque las obras de su creación ya estaban acabadas desde el principio. Por eso deberían haber creído. Moisés dijo: «Y reposó Dios el día séptimo de toda la obra que hizo». Pero aquí se dice: «Ellos, la generación que salió de Egipto, de ningún modo entrarán en mi reposo». A nosotros, en cambio, se nos ha prometido entrar en el reposo, si confiamos. Pero aquellos oyentes de la buena noticia de entonces no llegaron al reposo a causa de su desobediencia. Pero ahora Dios, mucho tiempo después del éxodo de Egipto, ha fijado de nuevo un nuevo día de gracia: un nuevo «hoy». Por medio de David lo promete en el Salmo 95, como ya cité antes: «Hoy, si oyen su voz, no endurezcan su corazón». Porque si Josué, el sucesor de Moisés y líder de Israel, hubiera llevado a aquella generación al reposo definitivo, ahora ya no hablaría de otro reposo. Así que todavía hay ahora un reposo sabático futuro para el pueblo de Dios. Ni el séptimo día de la creación, el día de reposo, ni la tierra de Canaán trajeron el reposo definitivo de Dios. Solo por medio del Mesías Jesús, que vuelve, por medio de su sacrificio y de su gobierno, se hará realidad el reposo sabático definitivo y eterno de Dios. Porque quien un día haya entrado en este reposo sabático, en esta paz de Dios, ha llegado al reposo de sus obras, así como Dios mismo. Tal como se pudo ver al principio.

Así que esforcémonos con confianza en todo para entrar en su reposo. Que ninguno de nosotros caiga en el camino hacia allí, como aquellos entonces. No se trata de los pecados que, lamentablemente, cometemos cada día. Se trata de que crean en Cristo, el Mesías, y se aferren a él. No lo suelten. ¡Él los sostiene!

Dios nos examina a cada uno para ver si tenemos una fe auténtica. Nos examina por medio de su palabra escrita. Esta palabra es viva y por eso eficaz. Nos habla como si Dios nos hablara directa y personalmente. Y su palabra es

afilada, sí, más cortante que la hoja de una espada de dos filos. Porque penetra en lo más íntimo de nuestra vida interior. Juzga y deja al descubierto nuestros pensamientos y actitudes más profundos. Esta espada logra, hablando en sentido figurado, separar el alma y el espíritu, igual que los huesos y la médula. Así podemos entendernos y evaluarnos a nosotros mismos mucho mejor. Pero también reconocer los peligros y destruirlos con el poder de esta palabra, o sencillamente evitarlos.

En la gran creación no hay nada que el Creador no vea. Ninguna criatura, ni un solo ser humano, puede esconderse de Dios ni huir de él. Todos están como desnudos delante de él. No podemos engañarlo. Él lo ve todo. Ante él somos responsables como criaturas, y un día tendremos que rendirle cuentas.

Así es el ser de Dios y su realidad. Y aunque por eso ahora podríamos tener mucho miedo, podemos seguir adelante confiados y con valentía. Porque tenemos, como Israel, un sumo sacerdote. Pero no a la manera antigua. Nuestro sumo sacerdote ha ascendido a través de los cielos. ¡Sí, hasta el trono celestial de Dios! Al santuario celestial y eterno. Él ha expiado todos nuestros pecados. ¡Precisamente por eso retenemos nuestra confesión de Jesús! Nuestro sumo sacerdote puede comprender nuestras debilidades, nuestros miedos y preocupaciones, nuestro cansancio y agotamiento, pero también las dudas y la resignación. Sufre y siente con nosotros. Puede hacerlo como nadie. Porque durante toda su vida como ser humano fue tentado en todo como nosotros. Hasta la muerte en la cruz. Fue atacado y puesto a prueba. Fue tentado a rechazar la cruz y los terribles dolores y a tomar el camino fácil sin la cruz. Pero resistió. A diferencia de nosotros. Porque nunca cedió al pecado ni a la incredulidad. ¡Permaneció sin pecado y no pecó!

Por eso, presentémonos ante Dios con valentía y confianza. No importa dónde nos encontremos. Porque el Hijo de Dios, que nos llama sus hermanos, está siempre *por nosotros* ante el trono de Dios. Nos invita a acercarnos con libertad al *trono de la gracia*. Despleguemos ante este trono celestial todas nuestras preocupaciones, miedos, temores y dudas. Demos gracias. Adoremos. Pasemos tiempo allí, ante el trono de la gracia, en la fe y en el Espíritu Santo. Encontremos reposo y hallemos su paz. Escuchémoslo.

Su trono *no* es para nosotros un lugar de acusación. Sino de gracia. Allí somos bienvenidos. Se nos espera. De allí recibimos misericordia y gracia. Y precisamente cuando las necesitamos. Dios siempre responderá a nuestras

peticiones y súplicas. Tal como es bueno para nosotros. Pero a su tiempo. ¡En el momento oportuno! ¡Nunca demasiado tarde! Nuestro socorro viene de Dios, que hizo los cielos y la tierra.

Capítulo 5

Un sumo sacerdote es escogido de entre los seres humanos para interceder ante Dios a favor de los seres humanos. Lleva al altar ofrendas y sacrificios por ellos. Por los pecados del pueblo de Israel. Él mismo tiene indulgencia y comprende a los ignorantes y extraviados, es decir, a los que han pecado. Porque él mismo es también un ser humano débil. Uno que peca como todos los demás. Eso significa: también tiene que ofrecer sacrificios por sí mismo.

Con *Jesús* es completamente distinto: no fue designado sumo sacerdote por seres humanos. Fue llamado a ello por Dios. Como Aarón al principio. De Cristo se dice en el Salmo 2: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy». En el Salmo 110 dice de él: «Tú eres sacerdote para siempre. No como Aarón, sino como Melquisedec».

¿Cómo fue su vida terrenal? ¿Qué lo capacitó para ser sumo sacerdote? ¿Qué tenía él que Aarón no tenía? Su vida estaba llena de oración. De ruegos y súplicas al único que podía librarlo de la muerte. Jesús incluso suplicó a su Dios con gritos y lágrimas. Tan profunda y duramente lo golpeó el sufrimiento. Fue escuchado. Porque confiaba solo en Dios y solo a él obedecía. Y lo temía y respetaba más que a todo. Y eso aunque era el Hijo eterno, sí, Dios, igual al Padre. Antes de hacerse ser humano no conocía esta obediencia. Era algo nuevo para él. Como ser humano aprendió la obediencia. Fue obediente a pesar de todos los sufrimientos, resistencias y contradicciones. Estos desafíos no fueron en vano. Porque ahora ha llegado a la meta. Perfeccionado en el trono de Dios. De esta vida y muerte santas ha surgido algo único. Su misión está cumplida. Para sus adversarios fue el motivo de la crucifixión. Para nosotros es el motivo y el fundamento de la salvación eterna. De esta manera ha logrado una salvación definitiva, eterna y universal. Para *todos* los que lo siguen y le obedecen.

¡Precisamente un sacerdote así buscaba Dios! Jesús es ahora sacerdote a la manera de Melquisedec. Lo que eso significa lo explicaré más adelante. Cuando ascendió al cielo, al santuario celestial, fue recibido y honrado solemnemente por Dios. Dios lo saludó con estas palabras: «Tú eres sumo sacerdote como Melquisedec». Así Dios hizo saber a todos que por fin tenía a este sacerdote que

siempre había querido tener. ¡Y con este sacerdote, por fin también una salvación eterna, que él ha obtenido!

Sobre esto hay mucho más que decir. Pero tampoco es tan fácil de explicar. Porque, lamentablemente, ustedes se han vuelto perezosos y tardos para oír. Y eso aunque conocen al Mesías desde hace mucho tiempo. *Ustedes* podrían y deberían ser maestros desde hace tiempo. Pero tienen necesidad de volver a aprender el abecé de las palabras de Dios. Y desde el principio, como si lo oyeran por primera vez. Hay que darles leche, como a bebés pequeños, en lugar de comida sólida. Todo el que —en sentido figurado— todavía recibe leche es inexperto. No conoce de verdad la palabra de la justicia de Dios, que se regala solo por medio de Cristo. Ni puede transmitirla de forma comprensible. Es como un niño pequeño e inmaduro.

Las comidas de verdad son para los adultos en la fe, para los espiritualmente maduros. Están acostumbrados y por eso ejercitados en distinguir entre el bien y el mal, entre lo falso y lo correcto. Saben cómo y por qué aferrarse a Jesucristo y a su evangelio también en la persecución y el rechazo.

Capítulo 6

Aun así, no voy a empezar ahora de nuevo desde el principio, como con las tablas de multiplicar. Eso es lo que ustedes habrían esperado. No. Tenemos que avanzar y hacernos adultos. Solo menciono algunas cosas que son correctas e importantes. Ya les eran familiares antes de conocer al Mesías. Pero por medio del Mesías han recibido mucho más. **Tomen** toda la riqueza de aquel que ascendió al cielo y está sentado en el trono de Dios. Él lo ha consumado todo y al mismo tiempo nos ha colmado de regalos. Así que no se escondan ante sus compatriotas detrás de estas cosas antiguas y conocidas, que también ellos creen. Para no encontrar oposición.

Ciertas enseñanzas iniciales tenemos que dejarlas ya atrás, y no volver a empezar desde el principio: el arrepentimiento de obras y ritos muertos e inútiles, que no pueden salvar; la fe en Dios; la doctrina de los lavamientos, o la imposición de manos; o la doctrina de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Si Dios da tiempo y ocasión, volveremos a hablar también de eso. Pero ahora se trata de reconocer y retener la grandeza de nuestro sumo sacerdote celestial y lo que él ha consumado y hace por nosotros.

Lamentablemente hay quienes vuelven a apartarse de la fe en el Mesías y regresan al judaísmo. Y eso aunque una vez fueron iluminados, reconocieron al Mesías, vivieron concretamente, sí, gustaron el don celestial del Espíritu Santo. Aunque oyeron la palabra de Dios y la entendieron. Incluso pudieron ver y vivir las obras milagrosas del futuro mundo nuevo de Dios. Aun así se apartaron de Cristo. Es como si hubieran crucificado de nuevo al Mesías para sí mismos, como entonces. Y lo hubieran hecho saber a sus compatriotas que rechazan a Jesús. Para tales personas, que abandonan la fe y vuelven a la vida bajo la ley y a las obras muertas, es prácticamente imposible volver a encontrar la libertad y la gracia de Cristo.

Una imagen que ilustra bien una vida de fe, pero también la apostasía de Cristo: la tierra de cultivo recibe a menudo lluvia y la bendición de Dios y, gracias al sol y a la lluvia, produce hortalizas útiles y comestibles. Pero la misma tierra de cultivo, a pesar de la lluvia, también puede dejar crecer solo espinos y cardos. Nadie necesita algo así. Incluso pueden herir. Así que los espinos y cardos no son una buena señal. Más bien una especie de maldición. Al final todo se quema. Quien se aparta de Cristo se parece, por así decirlo, a esta tierra. A pesar de la bendición que ha experimentado, a pesar del buen fruto que tal vez dio en otro tiempo, ahora solo produce maleza.

Hermanos en la fe, amados por Dios: hablo ahora a propósito de forma tan inequívoca y dura. Pero en ustedes vemos los buenos frutos. A ustedes les pertenece la salvación del Señor. ¿Cómo iba Dios a ser injusto y olvidar lo que ustedes han hecho por él y por los santos? Aman su nombre, al Mesías. Eso se ve en sus obras, en su servicio a él y a los santos. Deseo que cada uno de ustedes ponga esa misma diligencia. En ella se reconoce la certeza de la fe y la firmeza en la esperanza hasta el final. Así no se volverán perezosos. Sean, pues, imitadores de aquellos que por la fe y la perseverancia heredan la promesa de Dios.

Así fue también con Abraham. Dios le regaló la promesa e hizo un juramento por sí mismo: «De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente». Y porque Abraham perseveró, recibió la promesa, aunque todo hablaba en contra y tardó tanto en cumplirse. Los seres humanos juran por alguien mayor; Dios, por sí mismo. Un juramento pone fin a toda controversia.

Así Dios demostró y garantizó a los herederos de la promesa —que son ustedes— la inmutabilidad de su consejo mediante un juramento por sí mismo. Así tenemos, por dos cosas inamovibles —a saber, su juramento y la promesa —, un fuerte consuelo de que llegaremos a la meta. Dios no puede mentir. Hemos buscado refugio en él, en nuestro Mesías. Él nos ha regalado una nueva esperanza. Ella dirige nuestra fe hacia lo que está delante de nosotros, que sin duda se cumplirá. Esta esperanza no es un sueño ni una ilusión. Es para nosotros como un ancla segura y firme. Lo más íntimo de nuestro ser está unido al cielo. El *ancla de la esperanza* no está anclada en nosotros, sino en lo más íntimo del santuario celestial. Ante el trono de Dios. Porque allí entró Jesús por nosotros. Como nuestro precursor. Allí lo seguiremos un día. Esa es nuestra promesa. Esa es nuestra esperanza. Así lo ha jurado él. Sí, él ha llegado a ser nuestro sumo sacerdote a la manera de Melquisedec.

Capítulo 7

¿Quién es, pues, este *Melquisedec*? Era el rey de Jerusalén. En tiempos de Abraham. Era también sacerdote de Dios, el Altísimo. Era un rey-sacerdote. Este salió al encuentro de Abraham y lo bendijo cuando regresaba de la victoria sobre los reyes que habían secuestrado a su sobrino Lot. Así se describe en Génesis 14.

Abraham le dio la décima parte del botín de guerra. Melquisedec significa, traducido, «rey de justicia». La ciudad de Salem significa también paz. Así que es rey de justicia y de paz. De él no conocemos ni padre ni madre. Ni una genealogía que lo autorizara para el sacerdocio. Lo comparamos con el Hijo de Dios. Es una figura magnífica que apunta al Mesías. De Melquisedec no conocemos ni el principio ni el fin de su vida. Así sucede también con el Hijo de Dios, el Mesías. Como Melquisedec, él es sacerdote para siempre.

¡Qué grande debe haber sido este rey, al que Abraham, nuestro patriarca, incluso regaló el 10 por ciento del botín de guerra! También los hijos de Leví, los sacerdotes, tienen según la ley el derecho y el deber de tomar el 10 por ciento para su sustento de sus hermanos, sus compatriotas. Y eso aunque estos, igual que ellos mismos, descienden de Abraham y por eso todos están al mismo nivel. Melquisedec ni siquiera está emparentado con Abraham y recibió de él el 10 por ciento. Luego bendijo a Abraham, que había recibido la promesa, como

ya dije. Lo que debemos tener en cuenta aquí: ¡siempre es el menor el que es bendecido por el mayor! ¡Así que Abraham honró a Melquisedec!

Los levitas, es decir, personas mortales, reciben el 10 por ciento. En ese sentido, incluso Leví —que es receptor del diezmo— se lo dio a Melquisedec. Porque Leví lo hizo indirectamente por medio de su patriarca, cuando este se encontró con Melquisedec, aunque él todavía no había nacido.

¿Por qué hace falta entonces otro sacerdote, como Melquisedec? ¡Si el perdón de los pecados, la perfección y el libre acceso al santuario debían estar garantizados para todos por medio del sacerdocio de los levitas! En virtud de la ley de Moisés. Si Dios cambia el sacerdocio, ¿no tiene que cambiarse también esta ley?

Precisamente eso decimos con respecto a Jesús, que no procede de la tribu de Leví. Procede de la tribu de Judá. Sobre ella Moisés no dijo nada que tuviera que ver de algún modo con el servicio sacerdotal. Todo resulta aún más claro si ahora realmente se establece un sacerdote como Melquisedec. El sacerdote levítico es llamado según la ley de las normas humanas de linaje. ¡Pero Jesús lo es en virtud de una vida indestructible! Al Cristo, al Hijo, Dios le da un testimonio único: Tú —nadie más— eres sacerdote según el orden de Melquisedec.

Así, el mandamiento mosaico correspondiente sobre el sacerdocio queda declarado inválido a causa de su debilidad e inutilidad. La ley no condujo a la perfección. En cambio, ahora —por medio de este nuevo sacerdote— se introduce una esperanza mejor. Por medio de esta esperanza nos acercamos ahora todos a Dios.

Su institución como sacerdote se hizo con el juramento de Dios. En el caso de los de la tribu de Leví, no. En el caso de Jesús oímos a Dios decir: «Juró el Señor, y nunca se arrepentirá. Tú eres sacerdote para siempre a la manera de Melquisedec». En esta posición y función, Jesús se ha convertido también en el fiador, sí, en la garantía y seguridad de un pacto mejor. De esto hablaré con detalle enseguida.

En el sacerdocio levítico un sacerdote sucedía a otro, porque todos morían en algún momento. Pero él permanece para siempre. Su sacerdocio no cambia. Tampoco puede transferirse ya a ningún otro. Porque su servicio sacerdotal nunca se interrumpe ni termina, puede salvar completamente a todos y llevarlos a la meta. A todos los que por medio de él se acercan a Dios en oración y

adoración. Él vive para siempre para interceder por ellos ante el trono de Dios y orar por ellos.

Precisamente un sumo sacerdote así necesitábamos. Uno que pueda representarnos de manera adecuada. Que sea tan santo, tan inocente y tan sin mancha como él. Que, apartado de los pecadores, ha sido hecho ahora más sublime que los cielos. Y está sentado en el trono de Dios. Uno que no tiene necesidad, como todos los anteriores, de ofrecer sacrificios primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo. No, no se ofreció por sí mismo. Por el pueblo se ofreció a sí mismo en la cruz, una vez para siempre.

La ley de Moisés constituye sumos sacerdotes a seres humanos que tienen debilidad. Que pecan. ¡Y mueren! La palabra del juramento de Dios, que vino solo después de la entrega de la ley, constituye *al Hijo*. Él fue hecho perfecto para este servicio. Por medio de su vida, su muerte y su coronación en gloria. Por toda la eternidad.

Capítulo 8

Lo principal de lo que decimos es esto: tenemos un sumo sacerdote que se ha sentado en la sala del trono celestial. A la diestra de la Majestad de Dios. Él es el ministro del verdadero santuario. No del que una vez construyeron seres humanos, sino del que el Señor mismo ha creado.

Todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios. Tiene que tenerlos para hacer su servicio. Si Cristo estuviera en la tierra, ni siquiera podría ser sacerdote, porque ya los sacerdotes levíticos presentan ofrendas según la ley. Este servicio levítico y su santuario-tienda reflejan realidades celestiales. Todo el culto terrenal y el santuario son una sombra de las cosas celestiales. Cuando Moisés levantó esta tienda, la instrucción de Dios para él fue: «Mira que lo prepares todo tal como te lo mostré en el monte».

¡Qué sobresaliente es el servicio de nuestro sumo sacerdote! Además, se ha convertido en el mediador de un nuevo pacto. Este fue establecido para nosotros sobre la base de promesas mucho mejores. Si el primer pacto, el de la ley, hubiera sido irreprochable, nunca se habría buscado un segundo. Porque entonces, en Jeremías 31, el Señor dijo, mientras reprendía a su pueblo: «He aquí vienen días en que estableceré con la casa de Israel y con la casa de Judá un *nuevo pacto*. Será distinto del pacto que hice con sus padres el día en que los tomé

de la mano y los saqué de Egipto. Ustedes no vivieron en mi pacto. Entonces dejé de ocuparme de ustedes».

Pero este es el nuevo pacto que estableceré de nuevo con la casa de Israel después de estos días oscuros de ruptura del pacto: anclaré mi ley perfecta en su pensamiento. Sí, la escribiré en su corazón. Volveré a ser su Dios, al que conocen. Ellos serán mi pueblo. Entonces ya no tendrán que enseñar a su prójimo: ¡Conoce al Señor, nuestro Dios! Porque entonces todos, desde los más pequeños hasta los más grandes, me conocerán de verdad. Seré misericordioso con ellos a pesar de sus faltas. Nunca más me acordaré de sus pecados.

Al hablar de un pacto *nuevo*, ha dado por antiguo al primero. Lo que envejece se vuelve obsoleto. Pronto desaparece para siempre.

Capítulo 9

El primer pacto tenía prescripciones precisas para el culto en el santuario terrenal. Este santuario-tienda era así: en la primera parte se encontraban el candelabro de siete brazos y la mesa con los panes de la proposición. Eso era el Lugar Santo. La segunda tienda, o la segunda parte detrás del segundo velo, se llama el Lugar Santísimo. Justo delante de ella estaba el altar de oro del incienso. Y en el Lugar Santísimo se encontraba el arca del pacto. Un cofre de madera completamente recubierto de oro. Dentro había una urna de oro con el maná del desierto. Y la vara de Aarón, a la que le habían brotado retoños. Por último, las tablas de la ley del primer pacto. Sobre el cofre estaban los querubines de la gloria, los dos ángeles de oro que miran hacia abajo, al propiciatorio. Todos estos detalles les son conocidos. Por eso no necesito describirlos más.

Como el santuario-tienda está dispuesto y dividido así, el sacerdote entra cada día en la primera parte para hacer su servicio. En la segunda parte entra solo el sumo sacerdote. Solo una vez al año. Entra con la sangre del sacrificio. La ofrece por sí mismo y por los pecados del pueblo. Con ello el Espíritu Santo deja claro que el camino al Lugar Santísimo no está abierto ni es conocido mientras la primera parte no permita el acceso directo. Por tanto, el tiempo en que se ejerce todo este servicio es inútil en lo que respecta a la salvación y el perdón. Porque todas las ofrendas y sacrificios no pueden aliviar las conciencias, y mucho menos hacer perfectos a los que ofrecen. Porque las comidas, las bebidas y los lavamientos son cosas externas que no pueden hacer perfecto el

corazón, ni limpiarlo ni cambiarlo. Pero ahora ha llegado el tiempo en que se puede tener una conciencia perfecta, limpia, sí, liberada.

Porque el Mesías ha venido. El sumo sacerdote de las cosas perfectas. Cuyo servicio produce la perfección. Así estaba predicho. Ha venido para un santuario mayor, sí, perfecto. No construido por manos. Ni siquiera es de este mundo. Tampoco tiene ya nada que ver con la sangre de machos cabríos y de becerros. Porque aquí actúa la sangre de Cristo. Después de que su propia sangre corrió en la cruz y obtuvo una redención eterna, entró en el santuario celestial al ser recibido en el cielo. Entró en el poder y la validez permanente de su propia sangre derramada. Su sangre supera a la de los animales. Vale infinitamente más.

Y no vuelve a salir del santuario como el sumo sacerdote en el santuario terrenal. Tampoco tiene que volver a salir. Porque ha obtenido para nosotros una redención eterna y perfecta. No hay nada que repetir.

Si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de una becerra, mezclada con agua y rociada sobre los que habían tocado a un muerto, santifica exteriormente, ¡cuánto más producirá la sangre de Cristo una santificación verdadera! Porque él, por el poder y la guía del Espíritu eterno de Dios, se entregó voluntariamente a Dios, sacrificado en la cruz. Y eso sin mancha alguna ni nada reprochable. Su sangre no limpia ni santifica exteriormente como la de los sacrificios de animales. No. ¡Limpia su conciencia! Y la limpia de obras de la ley muertas e inútiles, de las que ustedes saben que no los salvarán. Con una conciencia libre y limpia pueden por fin servir al Dios vivo.

Él se ha convertido en el mediador de un nuevo y segundo pacto con Dios. Porque murió y se sacrificó para nuestra redención de las transgresiones cometidas bajo el primer pacto. Por medio de él, nuestro mediador, todos los que aceptaron el llamamiento del evangelio pueden recibir la herencia prometida y eterna. Un pacto solo entra en vigor cuando se ha producido la muerte de una víctima. Sin la muerte y la sangre de una víctima no tiene efecto. Por eso también el primer pacto, el antiguo, fue inaugurado con sangre. Cuando Moisés leyó al pueblo todos los mandamientos del pacto, roció la sangre de los sacrificios con agua y lana escarlata sobre el libro del pacto y sobre todo el pueblo. Dijo, como relata Éxodo 24: «Esta es la sangre del pacto al que ahora están obligados». Pero no solo fueron rociados el libro de la ley y el pueblo. También el santuario-tienda y los utensilios del culto, sí, casi todas las cosas se

purifican con sangre. Así lo prescribe la ley misma. Por tanto, *bajo la ley* no hay perdón ni purificación de pecados sin que se derrame sangre.

Era necesario que la tienda, que es una copia del santuario celestial, fuera purificada con sangre. Pero para el santuario celestial hacía falta un sacrificio mucho mejor. Porque, como se sabe, Cristo no entró en el santuario terrenal construido por seres humanos, sino directamente en el cielo, ante el trono de Dios. Allí intercede por nosotros como sumo sacerdote. Delante del rostro de Dios.

No entró allí para ofrecerse una y otra vez. Así era con el sumo sacerdote bajo el antiguo pacto, que entra una y otra vez, no con su propia sangre, sino con la sangre de un sacrificio animal. Según este orden sacerdotal y sacrificial, Cristo habría tenido que sufrir muchas veces.

No, el Mesías apareció una sola vez en la tierra, en el tiempo determinado por Dios. Vino para resolver el problema del pecado de una vez por todas y de forma definitiva, mediante su entrega de sí mismo en la cruz, como el sacrificio perfecto. Y tan única e irrevocablemente como está establecido para el ser humano morir una sola vez, para comparecer después ante el juicio de Dios. El Mesías fue sacrificado una vez, sí, una vez para siempre, para llevar en lugar de muchos seres humanos sus pecados y borrarlos.

Luego volverá a salir del santuario una vez más: no para entrar de nuevo por el perdón de los pecados. No, saldrá y aparecerá a todos los que lo esperan. Repito: no para resolver el problema del pecado, sino para salvar por completo a los que confían en él y llevarlos al santuario celestial, al reposo eterno de Dios.

Capítulo 10

La ley, con sus prescripciones sobre los sacrificios y las instrucciones para construir el santuario-tienda, es como una sombra de algo mayor. Es decir, de las cosas perfectas que ahora se han revelado y han venido en Cristo. Por eso los sacrificios que se ofrecen una y otra vez, cada año en el gran Día de la Expiación, nunca pueden hacer perfecto. Todo el pueblo acude ese día al santuario-tienda esperando el perdón. Si allí hubiera habido perdón y perfección, entonces todo el servicio de sacrificios se habría podido terminar. Entonces el pueblo y los sacerdotes ya no tendrían que tener cargo de conciencia por pecados no perdonados. En el gran Día de la Expiación —y también en otras ocasiones— la sangre de machos cabríos y de toros *no puede* de

ninguna manera quitar los pecados. ¡Aunque el Día de la Expiación anual, con sus ritos de sacrificio, recuerda una y otra vez los pecados! Pero no podía producir una certeza permanente del perdón. Quizá tranquilidad de conciencia para un año.

Cuando Jesús vino al mundo, señaló las palabras del Salmo 40 e indicó que se cumplieran en él mismo: «Sacrificios de animales y ofrendas de cereal, oh Dios, en realidad nunca los quisiste. Pero a mí me diste un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron de verdad. Entonces dije: Mírame a mí. Vengo para cumplir tu voluntad de salvación. Así está ya escrito de mí en el rollo del libro del Antiguo Testamento». Estas palabras de Dios vienen mucho más tarde que la ley de Moisés con sus prescripciones sobre los sacrificios, y anuncian algo nuevo y mucho mejor.

Cuando dijo: «En ninguno de los sacrificios te complaciste, sí, ni siquiera los querías» (aunque se ofrecen según la ley de Dios), el Hijo, que entendía el corazón y la voluntad de Dios, dijo entonces: «Mira, *yo* vengo para cumplir tu voluntad de salvación».

Así quita el primer pacto y su servicio de sacrificios, para establecer el segundo, el nuevo y eterno pacto. Porque por la voluntad de salvación de Dios, que el Mesías llevó a cabo y cumplió, hemos sido santificados. Purificados de pecados. Por medio del sacrificio del cuerpo de Jesús, ofrecido una sola vez en la cruz, en el Gólgota.

Todo sacerdote del antiguo pacto *está de pie* cada día y realiza su servicio. Ofrece una y otra vez los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados. ¿Cómo podrían? Los animales sacrificados no saben nada del pecado. Pero Cristo, el sacerdote perfecto, ofreció un solo sacrificio por los pecados. A sí mismo, el que no tenía pecado. Su sacrificio lo ha arreglado *todo*. No tiene que repetirse. Por eso se ha *sentado* para siempre. En el trono de Dios. A la diestra de Dios, que celebra el sacrificio de su Hijo. Allí espera hasta que todos sus enemigos le estén completamente sometidos. Porque con un solo sacrificio perfecto nos ha hecho santos para siempre a nosotros, los que creemos. Así nos ha llevado a su meta. Debíamos llegar a ser como él nos quería. Nosotros, que somos santificados por Dios mismo para estar con él, en su santuario.

Precisamente eso lo atestigua el Espíritu Santo en las palabras del antiguo profeta Jeremías: «Este es el pacto que estableceré con ellos, dice el Señor. Pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en sus pensamientos». Y:

«Nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones. Están perdonados, como si nunca hubieran sucedido. Nunca más se los echaré en cara ni se los imputaré». Así que, cuando el perdón se ha producido, cuando ha sido pronunciado y regalado, ya nunca más hace falta otro sacrificio por el pecado. Con ello todo el servicio de sacrificios se ha vuelto superfluo, sí, caduco.

Ahora se ha alcanzado la gran meta. Algo que siempre fue el deseo del corazón de Dios. El cielo está abierto. Para todos. Podemos acercarnos a él. Ahora tenemos plena confianza y podemos entrar confiados, sin miedo, en lo más íntimo del santuario celestial, ante el trono de Dios. Por la fe. Todavía no de forma visible. Por la sangre de Jesús. Por un *camino nuevo*, que antes no existía. Que es vivo. No lleva a la muerte, sino a la vida. A la presencia de Dios. Por el camino nuevo y vivo podemos avanzar constantemente. Él mismo, Jesús, nos lo ha inaugurado y abierto. A través del velo que, por así decirlo, cierra el santuario. Por eso el velo tenía que rasgarse. Un Jesús vivo nos mostró quién es Dios. En su vida era como el velo que todavía no se había rasgado. Solo su sacrificio, su muerte por nosotros, abrió el camino. Con ello el antiguo culto de sacerdotes y sacrificios ha terminado para siempre.

Y él es también *nuestro* gran sacerdote sobre la casa de Dios. Está ante Dios por nosotros. Nos toma de la mano y nos conduce a la presencia de Dios. Nos guía también en la presencia de Dios, a pesar de todas nuestras debilidades, faltas y pecados que todavía vivimos. Asume para ello toda la responsabilidad, para que podamos orar, adorar, descansar y escuchar a Dios con confianza en el santuario celestial.

¡Entonces acerquémonos ahora de verdad y constantemente a Dios! A su trono. Con un corazón sincero, que busca a Dios. Con plena certeza, que solo la fe nos regala. Porque nuestros corazones han sido purificados con su sangre. Una conciencia que nos acusa constantemente por nuestro pecado ya no existe. También con el agua pura de la palabra de Dios hemos sido lavados —en sentido figurado, naturalmente— de la suciedad del pecado.

¿Qué otra cosa deberíamos hacer, tan ricamente colmados de regalos, sino confesar y retener nuestra esperanza? Una esperanza que es el Mesías mismo, en el trono de Dios, desde donde se gobierna el universo. Una esperanza de que un día se hará verdadero y visible lo que hoy ya poseemos por la fe. Porque nadie es tan fiel como aquel que nos regaló esta promesa.

Sí, considerémonos unos a otros con amor y cuidado. No como control. Sino para motivarnos mutuamente: a hacer el bien por amor y gratitud. Para animar a nuestro prójimo. Reunámonos una y otra vez y cultivemos la comunión, oremos y adoremos. Nada debería poder impedirnos hacerlo con la mayor regularidad posible. Así avanzamos en la fe. Algunos lo han abandonado por completo, se han agotado y corren peligro de abandonar también la fe y la esperanza. Animémonos activamente unos a otros a la comunión y en la esperanza. Porque el gran día de nuestro Señor Jesús y de Dios se acerca cada vez más. Día tras día.

Quien abandona la fe y la esperanza, consciente y deliberadamente, tiene un problema serio. Porque una vez se le concedió conocer la verdad, pero luego la desecha. Si una vez reconoció el sacrificio de Jesús y luego lo rechaza de nuevo, para él no hay otro sacrificio al que pueda acogerse. ¿Qué sacrificio puede salvarlo entonces? Para él solo queda una espera temerosa del juicio divino. Porque el antiguo sistema de sacrificios no puede liberar su conciencia. Solo queda la espera de un fuego imparable del juicio, que alcanzará a los enemigos del Mesías. Ya el que había rechazado la ley de Moisés muere sin misericordia por el testimonio de testigos. ¿Qué piensan ustedes, cuán terrible será el castigo para el que ahora pisotea al Hijo de Dios, a Jesús el Mesías, como si fuera basura? ¿Y tiene por impura la sangre del nuevo y eterno pacto, que hace santo y perfecto? ¿Y ultraja al Espíritu que una vez le trajo esta gracia y lo iluminó acerca de ella, como si fuera lo peor que le ha pasado? Decimos esto porque conocemos a aquel de quien Moisés dijo en Deuteronomio 32: «Mía es la venganza y la retribución», dice el Señor. Y también: «El Señor juzgará a su pueblo». De eso no puede haber ninguna duda. Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo con los propios pecados, con el rechazo del Mesías y de su sacrificio. Nadie podrá esquivar el encuentro con el Dios vivo. Una cosa es completamente segura: la muerte. Y después, el juicio. Todos se encontrarán con el Dios vivo.

Miren todo lo que ya han soportado por Cristo en su camino de fe. Al principio, hace muchos días, cuando fueron iluminados por el Espíritu de gracia, cargaron con una cantidad inusual de lucha y sufrimiento. Permanecieron firmes en la fe. Los ultrajaron con palabras malas, como si fueran la peor basura, y los acosaron. Así fueron convertidos en espectáculo ante todos. Cuando no les tocó a ustedes directamente, se pusieron fielmente del lado de aquellos a quienes les

pasaba. A los presos por causa de la fe los apoyaron como si ustedes mismos estuvieran en la cárcel. Con alegría soportaron incluso que los despojaron de sus bienes. Sabían que todos ustedes tienen una posesión mucho mejor y, sobre todo, que permanece para siempre.

No desechen ahora su confianza, su seguridad y su esperanza, como aquellos que abandonan la fe. ¡Pónganse públicamente del lado del Mesías! Porque les espera una gran recompensa. ¡Deben perseverar! Ustedes han hecho la voluntad de Dios. Han recibido al Mesías Jesús. ¡Ahora síganlo también! Permanezcan en ello, para que la promesa de Dios se cumpla en su vida. Hasta entonces falta solo un tiempo muy corto, como dice el profeta Habacuc. El Cristo que ha de venir vendrá y estará presente para siempre. Si todavía no ha llegado el momento, es por una razón.

Pero «el justo vivirá *por la fe*. Pero si retrocede y desecha la fe, no me agradaré de él». Pero nosotros no somos de los que retroceden, abandonan la meta de la fe y terminan en la perdición. ¡No! Somos de los que creen para la plena salvación, de los que retienen la fe que salva, hasta que Cristo vuelva.

Capítulo 11

La fe es lo decisivo. Pero ¿qué es exactamente la fe? La fe es una convicción firme, la confianza constante, sí, por así decirlo, una anticipación de lo que se espera y de lo que vendrá. Para la fe, lo futuro ya se ha hecho realidad.

La fe es estar convencido, es la convicción de lo que no se ve. De lo que todavía no se ve. Se lo mostraré con ejemplos alentadores de nuestros antepasados, personas como nosotros. En ellos la fe estaba viva. Y no se apagó cuando las cosas se pusieron muy difíciles, como ustedes también lo viven.

Solo la fe entiende que el mundo llegó a existir por las palabras de Dios. Ninguno de nosotros, los seres humanos, estuvo presente ni lo vio. De la nada creó el mundo. Así lo dice su palabra.

Por la fe, Abel, al principio de la historia de la humanidad, ofreció a Dios un sacrificio animal agradable. Para Dios fue un sacrificio mayor que el de su hermano Caín. Este ofreció frutos que habían crecido de la tierra. Al aceptar el sacrificio, Dios dio testimonio de que Abel era justo y Caín no. Abel y su sacrificio tienen hoy —aunque hace ya tanto tiempo— todavía un mensaje existencial: como pecadores necesitamos un sustituto. Las propias buenas obras no bastan para ser aceptados por Dios.

Por la fe, Enoc fue trasladado al cielo, a Dios. Sin morir. Como ser humano vivo fue al cielo. ¿Por qué? Porque Dios se complacía mucho en su vida y quería tenerlo consigo, a diferencia de muchos contemporáneos de Enoc. Sin fe nunca se puede agradar a Dios. Quien se acerca a Dios para estar cerca de él tiene que creer, naturalmente, que existe. Pero no solo eso. Tiene que creer también que Dios recompensa y responde a quienes lo buscan con sinceridad y perseverancia.

Noé recibió de Dios la orden de construir un gran barco, un arca. En tierra seca. Sin mar cerca. Solo la fe podía hacer algo así. Advertido por Dios, construyó durante muchas décadas con temerosa expectativa de lo que se le vendría encima. Ni en sus imaginaciones más atrevidas podía figurárselo. Al obedecer a Dios, se puso de su lado. Al mismo tiempo —al construir obedientemente el arca— condenó la impiedad de las personas que no escuchaban a Dios. Así llegó a ser un justo. Por la fe.

También Abraham solo pudo obedecer por la fe. Después de oír la orden de Dios, dejó su patria. Salió sin saber cuál era la meta. Hacia un lugar que iba a recibir de Dios como herencia.

Por la fe anduvo de un lado a otro por la tierra que le había sido prometida como herencia. Como forastero vivió en una región desconocida, en tiendas. Con su hijo Isaac y su nieto Jacob. Todos ellos eran herederos de la misma promesa que Abraham había recibido.

Vivían como nómadas en una tierra extraña. Pero miraban más allá. Esperaban una ciudad que tiene fundamentos firmes y eternos. Una ciudad que no han construido los seres humanos, sino Dios mismo.

Por la fe, Sara, aunque ya era demasiado mayor, pudo todavía tener un hijo. Solo porque creyó que Dios es fiel y siempre cumple su promesa. Eso significa a su vez que de un Abraham demasiado viejo, que en realidad ya no podía engendrar hijos, nacieron sin embargo innumerables descendientes. Tal como Dios lo había prometido y predicho.

Estos patriarcas murieron en la fe. Es cierto que vivían de la fuerza de la promesa de la herencia. Pero todavía no podían tomar posesión de ella. Veían la herencia, por así decirlo, desde lejos. Su vida nómada atestiguaba que eran extranjeros en la tierra, sin derechos de ciudadanía. Quien vive así muestra claramente que busca otra patria, sí, una mejor. No aquella de donde habían venido. Allí habrían podido volver en cualquier momento. Pero como

extranjeros en Canaán miraban más allá. Hacia arriba. Buscaban con la mirada una patria celestial. Donde Dios habita. Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de estos tres patriarcas de Israel. Se le llama el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Hacia él iban en camino por la fe. Por eso Dios les ha preparado en la patria celestial una ciudad. Un hogar eterno.

Solo por la fe superó Abraham la mayor prueba de fe de su vida: cuando ofreció a su único hijo, Isaac, el portador de la promesa. Dios le había asegurado que por medio de él la descendencia estaba garantizada. Abraham se dispuso a ofrecerlo con el corazón temblando. Porque sabía que Dios puede incluso resucitar a los muertos. Aunque el sacrificio de Isaac fue detenido en el último segundo por Dios mismo, fue como si lo hubiera llevado a cabo. En este sentido, Abraham pudo estrechar en sus brazos a su hijo Isaac como si hubiera resucitado de entre los muertos.

Por la fe bendijo Isaac a sus hijos Jacob y Esaú en vista de las cosas venideras. Del mismo modo, por la fe, bendijo Jacob a sus 12 hijos. A cada uno por separado. Y adoró a Dios por ello. José, en su lecho de muerte, previó por la fe cómo todos los israelitas saldrían de Egipto. Por eso dispuso que entonces se llevaran consigo sus huesos.

Por la fe, los padres de Moisés escondieron a su hijo durante tres meses. Vieron que Dios tenía algo especial pensado para él. Por eso no tuvieron miedo del faraón, que había ordenado la muerte de todos los niños varones recién nacidos. Por la fe, Moisés, ya adulto, renunció, sí, se negó rotundamente a seguir siendo hijo de la hija del faraón. Se pasó al lado de su pueblo. Quiso compartir su oprobio y su sufrimiento. Así rechazó el disfrute temporal y pasajero del pecado en la corte del faraón. Tuvo por mayores riquezas el oprobio de Cristo —si lo interpretamos desde la perspectiva actual— que los tesoros de Egipto. Moisés miraba hacia delante, a la recompensa en Canaán. No temió la ira ni la persecución del faraón cuando había matado a un egipcio. Permaneció firme en la expectativa de que su pueblo viviría la liberación. Incluso cuando huyó de Egipto y pasó 40 años en una tierra desolada. Miraba así a Dios, a quien no veía, como si lo viera directamente ante sus ojos. Por la fe celebró la Pascua. Pintó la sangre del cordero en los postes de las puertas, para que todos los primogénitos fueran protegidos del ángel de la muerte.

Por la fe atravesaron el mar Rojo, que se había dividido. Como por tierra seca. Los egipcios que los perseguían también lo intentaron. Para ellos,

naturalmente, la fe no tenía ningún papel. Por eso perecieron en las aguas que se desplomaron sobre ellos.

Por la fe cayeron los muros de la primera ciudad de Canaán, Jericó. Después de haber marchado siete días alrededor de la ciudad.

Una prostituta, Rahab, que vivía en el muro de esta ciudad, no pereció como los demás. Porque por la fe había dado refugio a los dos espías de Israel.

Podría decir mucho más. Hablar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David y Samuel, y también de los profetas. Cómo por la fe conquistaron reinos. Difundieron y practicaron la justicia. Alcanzaron promesas. Vencieron leones. Apagaron fuegos. Escaparon de la persecución a filo de espada. Y en total debilidad recobraron las fuerzas. En la lucha y en la guerra se hicieron fuertes. Hicieron retroceder a multitudes de atacantes. Y hubo mujeres que recibieron de vuelta a sus muertos por medio de la resurrección.

Otros fueron torturados y no aceptaron la liberación. Para no negar su fe. Porque creían en una resurrección mejor: la que lleva a la vida eterna. Otros fueron escarnecidos y azotados. Estuvieron en cadenas y en la cárcel. Otros fueron apedreados, aserrados, decapitados. Anduvieron de un lado a otro vestidos con pieles de ovejas y de cabras. Pasaron gran necesidad. Afligidos. Maltratados. Para el mundo no tenían valor, ni importancia, ni prestigio. Anduvieron errantes por desiertos y montañas. Se escondieron en cuevas y en agujeros de la tierra.

Todos los que he nombrado aquí, cuya fe recibió testimonio, no recibieron lo que les había sido prometido. ¿Por qué? Porque Dios había previsto algo mejor. ¡Para nosotros! Eso tuvieron que esperarlo. Para que también nosotros heredemos y formemos parte. Así que ahora ellos y nosotros somos llevados juntos a la meta. En el nuevo pacto. Todos nosotros recibimos ahora juntos algo mucho mejor que lo que entonces había sido prometido.

Capítulo 12

Como en un estadio, estamos rodeados de tantos testigos y mártires de la fe. Todos ellos son ejemplos para nosotros. La prueba de que la fe y la perseverancia valen la pena. Aunque ya no viven en nuestro mundo, estamos unidos a ellos por la fe. Por eso no abandonemos la carrera de la fe y tomemos de ellos el testigo del relevo. Sigamos corriendo. Tiren lo que estorba. Despójense de todo peso inútil y obstaculizador que nos frena. Ignoren toda

distracción y seducción. Sobre todo también el pecado, que tan fácilmente nos enreda y nos hace tropezar.

¡Miren hacia delante, a Jesús! No miren ni a la izquierda ni a la derecha. Solo a él. Él es el más grande. Él va a la cabeza de todos los creyentes. Él corrió en la fe. Hasta la meta. Él es el autor y consumidor de la fe. En nuestra vida ha producido la fe y nos lleva a la meta. No se dejó apartar de ello por nada. Menospreció la vergüenza. Soportó la terrible cruz. Porque miraba al gran gozo que tenía delante: sentarse a la diestra de Dios. Y llevar a muchos hijos e hijas a la gloria. Piensen en aquel que tuvo que soportar tanta contradicción y oposición de parte de personas malvadas. Aun así alcanzó la meta. Si él es su ejemplo, no se cansarán ni desmayarán.

Todavía no han resistido hasta la sangre, como Jesús, ni han aguantado frente a la oposición. Contra el pecado de apartarse de Jesús, el Mesías. Han olvidado la exhortación que les habla como a hijos e hijas: «Hijo mío, acoge como una bendición que el Señor no te deje como estás. No desmayes cuando el Señor a veces tenga que tratarte con dureza. Eso sucede por amor, porque él ama incondicionalmente a sus hijos e hijas. Si no viven ninguna corrección ni disciplina, entonces no son hijos e hijas del Padre celestial».

También nuestros padres terrenales nos educaron. Cuando era necesario, con severidad. A ellos también los obedecíamos. ¿No deberíamos entonces someternos a nuestro Padre celestial y aceptar su disciplina? Él es el Padre de los espíritus. Tiene a su disposición a todos los ángeles, que nos sirven. Aunque no lo veamos. Nuestra educación le importa y se ocupa de ella con todo lo que tiene a su disposición. Digamos de corazón sí a su mano buena. Aunque a veces sea dura. Entonces viviremos. Para siempre.

Nuestros padres terrenales nos educaron y castigaron según sus posibilidades humanas y falibles. Solo durante unos pocos años. Dios nos educa sin error hasta que lleguemos a la meta. No solo en la infancia espiritual. También cuando uno ya lleva mucho tiempo en el camino de la fe. ¿Por qué? Para que nos parezcamos cada vez más a él. A su ser divino único y a su santidad. La disciplina de Dios es una preparación para el futuro y nunca un castigo por el pasado.

Una disciplina así, cuando se atraviesan tiempos difíciles, no es motivo de alegría. Más bien de tristeza, si somos sinceros. Pero en ella crece de forma imparable en nuestra vida un fruto precioso que agrada a Dios. Siempre que no

huyamos de su disciplina. Porque cuando aceptamos las dificultades de su mano y nos ejercitamos en ellas con paciencia, somos transformados. Para bien. Aunque nosotros mismos no lo percibamos o no lo queramos admitir.

En Isaías 35 se dice: «Por tanto, levanten las manos caídas y las rodillas paralizadas, y anden por un camino recto». De lo contrario, los cansados y temerosos todavía se saldrán del camino, en lugar de que los que se han vuelto cojos sean sanados.

¡Manténganse unidos! Luchen con determinación, junto con todos los seguidores de Jesús, por la paz entre ustedes. Del mismo modo por la santidad, aborreciendo todo pecado y distanciándose de todo lo que no agrada a Dios. Si no aborrecemos el pecado, *no* veremos a Dios como nuestro Padre en aquel gran día.

Y cuídense mutuamente, para que ninguno de ustedes viva fuera de la gracia de Dios y haga depender su salvación y su vida de sí mismo y de sus obras. O vuelva a caer en la ley, en el antiguo pacto.

Cuiden de que en ninguno de ustedes brote una raíz venenosa de amargura y maldad. Primero escondida en el corazón. Pero después, cuando sigue creciendo, inquieta a la comunión de los creyentes e influye negativamente en muchos y los envenena.

Que nadie entre ustedes sea fornicario. Cada uno debe ser fiel a su cónyuge.

Que ninguno de ustedes sea alguien para quien nada es sagrado. Ni siquiera Dios. Como Esaú, que malvendió su primogenitura por un simple plato de lentejas. Poco después se dio cuenta de la insensatez que había cometido. A pesar de las lágrimas y de una lucha ferviente, no llegó a cambiar de conducta ni a un verdadero cambio de mentalidad.

Valoren su posición de salvación tal como Dios la ve. Como seguidores del Mesías, ustedes no se han acercado al antiguo pacto, que en su momento comenzó con miedo y espanto. En un monte visible, el Sinaí:

- Que no se podía tocar.
- Sobre el que ardía fuego.
- Había allí una gran nube.
- Al que envolvían la oscuridad y las tinieblas.
- Alrededor del cual rugía una tormenta aterradora.
- En el que se oía un fuerte sonido de trompeta.
- Y una voz fuerte y claramente audible.

Los oyentes ya no podían soportar las palabras y pidieron que no se les dirigieran más. Si un animal tan solo tocaba el monte, debía ser muerto. Todo el drama en el monte Sinaí después del pecado del becerro de oro fue tan aterrador que incluso Moisés reconoció: Tiemblo de miedo ante la ira del Señor.

Ustedes, seguidores del Mesías Jesús: Dios les ha regalado un pacto abrumadoramente nuevo. Ante ustedes se ha abierto algo completamente nuevo, un horizonte amplio. Una realidad espiritual, todavía no visible, pero que supera todo lo que jamás podamos imaginar. Nos hemos acercado al monte Sion, donde Dios habita:

- A la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial.
- A decenas de miles de mensajeros celestiales, ángeles de Dios, en una gran asamblea festiva, alegre y solemne.
- A la asamblea de los primogénitos de todos los redimidos, que están inscritos en el cielo.
- Y a Dios mismo, el Juez de todos los seres humanos, delante del cual ahora somos santos.
- A los justos que han muerto y ya han llegado a la meta celestial.
- A Jesús, el Mesías. El mediador del nuevo pacto.
- Y a su sangre. Esta habla mucho mejor que la de Abel, que clamaba venganza. La sangre de Cristo nos hace completamente limpios y santos.

Cuiden de no rechazar a aquel que les ha hablado desde el cielo en Jesús. Los que entonces, en el monte Sinaí y en el desierto, oyeron la voz divina desde la tierra pero la rechazaron no pudieron escapar. Si oímos la voz divina desde el cielo por medio de Jesús y la rechazamos, con mayor razón tendremos que rendir cuentas.

Esta voz hizo temblar entonces la tierra. Después predijo por medio del profeta Hageo: «Una vez más haré temblar la tierra, pero no solo la tierra, sino también el cielo». Por este temblor pasará todo lo creado. Pero en este terremoto se manifestará entonces lo que resiste la sacudida y no pasa. Por medio del Mesías recibimos un reino incommovible, que permanece para siempre. ¡Por eso damos gracias a Dios cada día! Por la gracia servimos a este Dios. Hagámoslo de la manera que le agrada a *él*, y no a nosotros mismos. Con la reverencia y el respeto que corresponden a Dios. No con miedo, pero sí con cierto temor reverente. Porque ya en Deuteronomio 4:24 se dice: «También para

nosotros, Dios, a quien pertenecemos, es como un fuego consumidor. Un Dios celoso». Pero el fuego consumidor no quiere destruirnos —pues vivimos en el nuevo pacto—, sino aceptar nuestro sacrificio de gratitud.

Capítulo 13

Vivan el amor hacia todos los hermanos en la fe. Muéstrenlo en la hospitalidad. Invítense unos a otros con generosidad. Así algunos de ustedes, sin saberlo, ya han hospedado ángeles. Ellos, como ya dije, están activos a nuestro servicio dondequiera que nuestro Padre celestial los envíe. Así que podrían perderse la visita de ángeles si no son hospitalarios.

Acuérdense de los presos. Y háganlo como si estuvieran presos junto con ellos. También de los que son maltratados y tienen que sufrirlo en su propio cuerpo.

La alianza matrimonial y la vida conyugal deben ser respetadas y estimadas. En todos los aspectos de la convivencia. El lecho conyugal y los placeres de la sexualidad pertenecen solo al matrimonio. Eso fortalece la alianza matrimonial. A los fornicarios y adúlteros, que rompen su alianza matrimonial teniendo sexo con otras mujeres u otros hombres, o que se permiten sexo a su antojo sin alianza matrimonial, Dios los juzgará sin hacer la vista gorda.

Vivan sin amor al dinero. Estén contentos con lo que tienen. No tiene sentido querer poseer cada vez más cosas pasajeras. A pesar de las privaciones, la pobreza y el hambre, una cosa permanece: la promesa divina: «No te olvidaré ni te desamparé. Por eso podemos decir con valentía y determinación: El Señor es nuestro ayudador. No tenemos por qué temer. ¿Qué nos pueden hacer los seres humanos?».

Déjense animar por la entrega, la fe y la fidelidad de quienes les anunciaron la palabra, el evangelio de Dios. Miren cómo permanecieron en la fe hasta el final de su vida.

Jesucristo, nuestro Mesías, sigue siendo siempre el mismo: en lo que es, en lo que anuncia y en lo que ha prometido. Él es ayer, es decir, en su tiempo terrenal, como hoy en nuestra vida cotidiana, y también por toda la eternidad, en la meta de la historia de la salvación, el mismo Señor fiel y verdadero.

No se dejen distraer ni ocupar por doctrinas diversas y extrañas. No tiene sentido querer crecer en la fe mediante ciertas comidas, porque algo tan externo y visible pertenecía a la esencia del antiguo pacto. Sencillamente era inútil.

Nuestro corazón se afianza y se fortalece por la gracia. Porque tenemos un altar espiritualmente mejor, invisible. De él comemos. Comemos, en sentido figurado, de la gracia del Mesías y de su presencia. Eso no lo conocen —y tampoco tienen derecho a ello— los que todavía realizan su servicio en el templo visible.

Los animales del sacrificio, cuya sangre lleva el sumo sacerdote al santuario, se queman fuera del campamento. Así también Jesús padeció fuera de la ciudad de Jerusalén y soportó la cruz. Cuando nos santificó por medio de su sangre derramada.

Salgamos, pues, a él. Dejemos completamente atrás el antiguo sistema del primer pacto. Aunque traiga consigo oprobio y cueste bastante. Llevar su oprobio nunca es en vano.

Miremos hacia delante, sí, hacia arriba. Porque en la tierra no tenemos en ninguna parte una ciudad permanente en la que estemos en casa. Somos extranjeros. De paso hacia la ciudad venidera. La Jerusalén celestial, la ciudad de nuestro gran Rey, ya nos está esperando.

Si vivimos en esta esperanza, ofrezcamos a Dios sacrificios de alabanza y de gratitud. En todo tiempo. En todo lugar. Solos y juntos. No sacrificios de animales sobre un altar visible. No. Palabras habladas y cantadas de gratitud, de alabanza y de adoración. Recuerden: Dios habita en la alabanza de su pueblo.

Cuando ofrezcan tales sacrificios con palabras, no olviden de ningún modo los sacrificios materiales, con los que hacen bien a los necesitados o les ayudan económicamente. En tales sacrificios, que les cuestan algo —tiempo, dinero, energía— y quizá significan renuncia, nuestro Dios se complace de manera especial.

Sigan a sus líderes espirituales y no los critiquen constantemente. Ellos solo quieren protegerlos de los peligros, para que permanezcan sanos y firmes en la fe. Tendrán que rendir cuentas ante Dios de lo bien y lo diligentemente que llevaron a cabo esta tarea. Así que estimen y valoren su servicio. Entonces podrán hacerlo con alegría. Eso les sería muy provechoso a ustedes. Mucho mejor que si lo hacen suspirando o por puro cumplimiento del deber.

¡Oren por nosotros! Queremos hacer todo y vivir de la manera que agrada a Dios. ¡Oren todavía más por mí! Así podré pronto estar de nuevo con ustedes.

El Dios de la paz sacó a nuestro Señor Jesús de la muerte. Su sangre fundó un pacto nuevo, mejor, sí, eterno. Él es el gran Pastor de las ovejas. A cuántos

sacará pronto él mismo de la muerte, a la patria eterna, y los apacentará junto a la fuente de la vida. Entonces, cuando vuelva.

Si Dios sacó a Jesús de la muerte, entonces puede y quiere obrar también en su vida. Él puede —y por eso oramos— movernos y equiparnos para las buenas obras. También para hacer su voluntad. Todo esto por medio de Jesucristo. A él, nuestro Redentor, pertenecen la gloria y la honra para siempre.

¡Soporten las exhortaciones de mi carta! Les he escrito con pocas palabras y he sido breve.

Nuestro hermano Timoteo ha sido puesto en libertad. Juntos estaremos pronto con ustedes y por fin los volveremos a ver.

Saluden a todos sus líderes espirituales. Sencillamente a todos los santos en Cristo. Los saludan los santos de Italia.

¡La gracia sea con todos ustedes! Amén.

El Apocalipsis

Lo que le espera EN EL LIBRO del Apocalipsis

¡Apocalypse Now! Así se llama una película antibélica mundialmente conocida y sumamente sombría de los años 80. El libro de la Biblia que nos toca ahora también se llama Apocalipsis. También está lleno de escenas sombrías. Pero, a diferencia de la película, hay mucha luz, esperanza y la victoria del bien al final de la historia. Apocalipsis no significa «escenario del fin de los tiempos o del fin del mundo», sino «revelación». Se revela cómo Dios vence el mal y el sufrimiento. La historia de Dios con su mundo termina en la Nueva Jerusalén, en una tierra nueva. La partida hacia un mundo nuevo, hacia una nueva creación, es el punto culminante. Un punto que se convierte en una línea que nunca más termina. Vale la pena seguir a Jesús para vivirlo también.

Pero tengo que advertirle. Este último libro de la Biblia es totalmente distinto de todo lo que usted ha leído hasta ahora. Juan, un discípulo de Jesús, puso por escrito a edad muy avanzada lo que vio. Se le permitió entrar en la sala del trono celestial de Dios. Vio la apertura del libro con los siete sellos, a la que sigue una serie de escenas dramáticas.

Juan ve y describe un mundo de una fuerza imaginativa y una potencia visual tremendas. Prácticamente nos invita a participar en este drama en el cine de nuestra propia cabeza. Por lo general, el libro se leía en voz alta a la iglesia cristiana reunida. Se escuchaba. No todos seguían la lectura en su propia Biblia como hoy. Al oyente se le abre un mundo lleno de símbolos, señales e imágenes surrealistas que nos resultan extrañas en el siglo XXI. A menudo perturbadoras, extrañas, dramáticas, sí, crueles y exageradas. Aparentemente contradictorias o ilógicas. Pero también imágenes hermosísimas, sobrecogedoras, consoladoras y llenas de promesa.

En tiempos de Juan este estilo literario era bastante popular. Se le llama *apocalíptica* judía. Este estilo de escritura ya no existe desde hace mucho tiempo. Muy, muy de lejos, hoy se podría comparar con una mezcla de «Jurassic Park», «El Señor de los Anillos» y «Star Wars». Le espera un viaje en montaña rusa. Al cielo y de vuelta a la tierra. Todo ello varias veces. Hacia el futuro. Sí, ¡abróchese el cinturón!

La apocalíptica aborda la crisis existencial de la fe. Crisis, porque todo parece indicar que Dios calla ante la injusticia. ¿Por qué se intensifica el mal y alcanza una magnitud tan insospechada? La apocalíptica subraya con valentía, a su manera particular, que Dios *no* ha dado la espalda al mundo ni a su pueblo. Es justo lo contrario. Nada se le ha escapado de las manos. Intervendrá de forma inesperada y drástica. Traerá con toda seguridad la salvación. El mal será vencido y su pueblo será salvado.

Intente captar el *cuadro completo*, el conjunto. No se trata en primer lugar de detalles y matices del texto. No se acerque mentalmente demasiado al cuadro. Dé uno o dos pasos atrás para tener todo el cuadro ante sus ojos. Es como un cuadro impresionista, en el que los detalles no importan. Lo que importa es la impresión de conjunto que el pintor quiere representar. La apocalíptica no da valor a los pequeños detalles, sino al mensaje de todo el cuadro. A veces los detalles solo sirven para reforzar el conjunto. Si intenta no perder de vista el conjunto, no pocas veces quedará asombrado y sobrecogido de reverencia, sí, movido a la adoración.

Dentro de las visiones apocalípticas hay elementos diversos: simbólicos, predictivos, alusivos o que hacen referencia a algo, literales o figurados. También combinaciones de estos elementos. Eso no nos lo pone precisamente fácil. Lo *importante* en este punto es: no todo en el Apocalipsis, ni siquiera todo a partir del capítulo 4, es necesariamente predicción en el sentido de profecía sobre el futuro. Si algo debe interpretarse como futuro tiene que estar bien fundamentado, porque se dirigía a cristianos de la Antigüedad, hace casi 2000 años. Y si es así, nunca podemos saber cómo se cumplirá exactamente. La apocalíptica no es un reportaje del futuro.

Ciertamente se trata también de cosas que todavía sucederán. Y también de lo que ya ha sucedido. Pero es importante aceptar que este libro no pretende ser un horario del futuro. *No hay una línea de tiempo*. Y tampoco podemos construir una dentro de él. Parta usted de que los 7 sellos, las 7 trompetas y las 7 copas de las que leerá no se suceden todos uno tras otro, sino que ocurren en paralelo, uno junto a otro, porque describen distintos aspectos de los mismos acontecimientos.

Para decirlo con claridad: el Apocalipsis *no es una bola de cristal* en la que podamos ver detalles del futuro. No se trata de informaciones. Es un llamado a la fidelidad.

Las realidades espirituales, y también los acontecimientos históricos, se hacen visibles mediante símbolos y lenguaje figurado. Por eso la inmensa mayoría *no se puede ni se debe tomar al pie de la letra*.

Se describe la lucha entre la luz y las tinieblas, entre Dios y el diablo, con el lenguaje de la guerra y de la violencia. Así esperaban los judíos la venida del Mesías, como guerrero de Dios que aniquila literalmente a los enemigos. Pero ¿cómo es el libertador en Juan? Él oye hablar del León de Judá, que ha vencido. Cuando quiere ver al león, no encuentra ninguno. Pero ve un Cordero. En medio del trono de Dios. Un Cordero con una herida mortal. Se podría considerar la escena clave del libro.

La *guerra* en el Apocalipsis *debe entenderse espiritualmente*. Y no va dirigida literalmente contra personas. El Cordero no emplea ni violencia ni coacción, sino que vence sin violencia por medio de su propia muerte. Cristo y sus seguidores forman parte de un conflicto cósmico que no se gana con poder, sino con verdad y fidelidad. La resistencia de los seguidores de Jesús se orienta por el ejemplo de Jesús: *sin violencia*. Con la disposición a perder la vida. Porque esa es su victoria. El lenguaje de la guerra es siempre figurado. Los principales combatientes no son literalmente un cordero o un dragón de siete cabezas. Aun así, la guerra espiritual entre la mentira y la verdad, entre la fidelidad y la seducción, no es menos real que una guerra literal. Es tan real que los seguidores de Jesús pueden perder literalmente la vida. Son un verdadero «Ejército de Salvación», que no lucha contra carne y sangre.

Al intentar entender el lenguaje y las imágenes de esta guerra, conviene no olvidar nunca: el Jesús del Apocalipsis es el mismo que el de los evangelios. El Jesús del Apocalipsis es el Jesús de la cruz, es decir, el Cordero sacrificado. A primera vista surgirá en el Apocalipsis la impresión de que es un guerrero que emplea la violencia. Tan distinto de como lo conocemos y lo amamos. No, él es y sigue siendo *el mismo*. Juan cuida mucho cómo describe a Jesús. La espada que sale de su boca es la verdad, la palabra de Dios, el testimonio fiel, y *no* el arma que mata. Con este Jesús ante los ojos leemos el Apocalipsis. Entonces reconocemos que Juan precisamente no describe al guerrero feroz que se venga. Ese es el esquema de pensamiento del mundo, de los dioses y de los mitos. Sin embargo, se le ha dado toda autoridad, en el cielo y en la tierra. Su venida no tiene que ir acompañada de espadas, como cuando Pedro quiso defender a Jesús. Su presencia visible bastará un día para hacer callar a todos.

Para el final de la historia de este mundo ha recibido del Padre el encargo de ejecutar el juicio. Y allí donde se le hostiliza continuamente a él y a sus discípulos, donde se les hace violencia y donde, además, se persiste obstinadamente en la maldad contra las personas y la creación, a eso él pondrá fin. Cada uno tendrá que rendir cuentas ante él. ¡El *derecho* vencerá y tendrá la última palabra!

En aquel entonces, la apocalíptica era más o menos comprensible en lo que quería decir y en lo que no. A nosotros hoy ya no nos sucede así. Aun así, con un poco de conocimiento de las historias antiguas y de la historia universal al comienzo de nuestra era se puede llegar bastante lejos. Casi todo lo que Juan ve tiene correspondencias o raíces en la Biblia hebrea, el Antiguo Testamento. En el Apocalipsis convergen los hilos del Antiguo Testamento. Porque describe el cumplimiento, la consumación del mundo. Así que, al intentar interpretar las imágenes del Apocalipsis, *no* se fíe de su lógica occidental. Aquí escribe un judío dentro del mundo de pensamiento hebreo y también como hijo de su tiempo. Las interpretaciones a menudo solo son posibles a la luz del Antiguo Testamento. En mi versión explicativa he dejado aquí y allá pistas que se pueden seguir.

Juan refleja también el mundo en el que vivía. Por ejemplo, el Imperio romano, en el que los emperadores eran venerados como dioses. Sí, *crítica*, sin dar nombres, con alusiones e imágenes, la idolatría y el estilo de vida de su tiempo. En los reinos y ciudades del mundo, el papel de los seguidores de Jesús es combatido y no triunfal. Sufren porque son fieles a la palabra de Dios, confiesan a Jesús como el verdadero Señor del mundo y no ceden a la seducción. Muchos pierden por ello la vida. Pero su muerte es su victoria.

Muchas cosas en el Apocalipsis parecen ser distintas de lo que aparentan a primera vista. Como un hilo conductor, esta convicción del Cordero sacrificado recorre el libro. La muerte por causa de Jesús es una victoria, pero que solo se hace valer en la consumación. De modo parecido hay que valorar la ruina de quienes se hicieron culpables contra los seguidores de Jesús. Parecían vencedores. ¡Pero no lo son! El gran modelo es el Cordero de Dios, que venció por su muerte en la cruz. No por el poder y la violencia, sino por la entrega hasta la muerte. Por la no violencia. Solo así ha sido posible la nueva creación, ya ahora.

En este sentido, el libro es hoy más actual que nunca. Un verdadero *libro de consuelo*. Ánimo de la clase más intensa, porque el plan y la victoria de Dios están asegurados, aunque nos cueste la vida.

Este libro tiene como meta engrandecer a Dios y a Jesús. Es un llamado a permanecer en él, con él y junto a él. Incluso cuando el mundo entero hace lo contrario. Se anima a oyentes y lectores a no abandonar la fe ni el seguimiento de Jesús.

El Apocalipsis, con su efecto profético, quiere alcanzar también a los corazones endurecidos. Es como una tormenta que quiere sacudir y despertar.

Otra meta es la adoración. A menudo se describe cómo Dios y el Cordero son adorados. *Únase usted a la adoración*. Déjese arrebatar por la grandeza de Dios.

Este libro está escrito concretamente a siete iglesias de Asia Menor, en la actual Turquía. Se dirige a todas las personas. Quiere influir en nuestro corazón y transformarnos. Pero también motivarnos, si es necesario, a tomar un camino nuevo. Para que eso sea posible, tenemos que permitir que el Apocalipsis sencillamente nos hable. Con la ayuda de estas imágenes dramáticas. Hay que sentir de verdad el lenguaje emocional.

Ya conocemos a Juan por su evangelio, el relato de la vida y las palabras de Jesús. No olvide, cuando lea el Apocalipsis: también es evangelio, la buena noticia. Es el último y más intenso llamado de todos a aceptar gratuitamente lo que Dios en su gracia quiere dar a cada uno, pero no impone a nadie. ¡Es una invitación imposible de ignorar a formar parte del mundo nuevo y eterno de Dios!

Una última cosa. La apocalíptica *sigue siendo* misteriosa en algunos pasajes. Quedan preguntas. Pero no deje por eso de leer. Lea este libro. ¡Una y otra vez!

El Apocalipsis

- El Corderito, el León de Judá... y el dragón
- El libro que hace felices
- ¿Quién es digno de la adoración?
- ¿Quién es el Rey del mundo?
- El Señor que vuelve
- Esperanza para la Iglesia
- El triunfo del Cordero
- Mártires y vencedores que siguen al Cordero
- El regreso del Rey
- Consuelo para la iglesia
- La meta de todas las cosas
- ¡Apocalipsis significa revelación!

El Apocalipsis

Este es el Apocalipsis, la revelación del Señor Jesucristo. La revelación. El desvelamiento. Sobre él, el Mesías, el Rey de reyes, y la meta de la historia.

Dios se la dio a él, al Hijo del Hombre, para que la transmitiera. A sus siervos y seguidores. Para mostrarles e iniciarlos en lo que tiene que suceder en breve. En el plan de salvación de Dios para este mundo.

Un ángel fue enviado para mostrar a Juan, el conocido discípulo y siervo de Jesús, todo lo que sucederá en señales dramáticas. Él lo dejó por escrito. Y así dio testimonio de lo que oyó y vio hace casi 2000 años: la Palabra de Dios y el testimonio acerca de Jesucristo. ¡Gracias a Dios! ¡Lo escribió todo para nosotros!

¡*Dichosos* han de llamarse todos los que leen estas palabras proféticas de Dios, o las oyen cuando se leen en voz alta! Dichosos todos los que también guardan como un tesoro divino lo que Juan atestigua por escrito, y lo ponen por obra. Porque el tiempo del cumplimiento de estas palabras está cerca. Vendrá con toda seguridad. Puede llegar en cualquier momento.

Yo, Juan, escribo a siete iglesias de la provincia romana de Asia Menor, a las que el Señor ha dirigido su palabra profética.

¡Que la gracia y la paz de Dios se multipliquen en medio de ustedes! Por medio del Dios vivo. El que es, el que siempre ha estado ahí, y el que viene. De parte de Yahvé, el Eterno que es, que está ahí para ustedes.

¡Y de parte de los siete espíritus que están delante del trono del Todopoderoso y Omnisciente! Ellos garantizan la presencia y la obra del Espíritu Santo en todo lugar y en todo tiempo. En medio de su pueblo. Y allí donde Dios reina. Y de parte de Jesucristo, el testigo fiel y mártir. Fue fiel hasta la muerte. Pero volvió de entre los muertos. Como el Primogénito: como el primero y el más alto del nuevo mundo de la resurrección; de la nueva creación de cielo y tierra. Como el primero de todos los que resucitarán. Él es el Príncipe de todos los reyes de la tierra. Los que quisieron quitarlo del mundo le serán ahora sometidos. Nadie podrá mantenerse en pie delante de él.

Es él: ¡Jesús, que nos ama! Siempre. Como nadie más. ¡Que está de nuestra parte! ¡Que nos acepta!

Él ha perdonado y quitado nuestros pecados, nuestras iniquidades, nuestra obstinación. Por medio de su sangre, por medio de su muerte en sacrificio en la cruz del Gólgota.

Él nos ha hecho a nosotros, pecadores perdidos, *reyes*, para reinar con él. Sin que seamos de linaje real.

Nos ha hecho a nosotros, los que no teníamos esperanza ni importancia, *sacerdotes* de Dios, que pueden vivir en la presencia de Dios. Y llevar su gloria al mundo.

¡Somos un regalo de Jesús a su Padre! Como reyes y sacerdotes. No para nosotros mismos. Como al principio en el paraíso. También Adán y Eva eran sacerdotes y reyes para Dios. Pero lo perdieron todo. Sin embargo, ahora llega el tiempo de la restauración. Por medio de Jesús: ¡un paraíso nuevo y mejor!

A este Dios, que en su amor renueva toda la creación y no abandona a sus criaturas: ¡a él sea la gloria y el poder sobre todas las cosas por los siglos de los siglos!

Amén.

¡Este Señor, el Rey de reyes, viene! Visible para todos los seres humanos, ¡en las nubes del cielo! Este acontecimiento —la presencia visible de Jesucristo— lo pone todo patas arriba, de modo que pueblos enteros caerán en angustia y terror. Incluso los que lo clavaron en la cruz y lo traspasaron verán su venida. Aunque ya hayan muerto. Este acontecimiento tiene que verlo todo el mundo, cuando el cielo y la tierra se encuentren. Cuando el Juez y el Salvador venga por segunda vez.

El espanto y el pánico alcanzarán especialmente a aquellos que ni lo esperaron ni lo honraron. Con su culpa, su indiferencia y su desprecio estarán estremecidos ante aquel que viene con poder y gloria: Jesucristo. Para nosotros, este día es el cumplimiento de toda esperanza. Todo quedará cambiado para siempre. La meta se habrá alcanzado. Y ahora es cuando de verdad comienza todo. ¡Aleluya! ¡Sí, amén!

Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor, Dios Yahvé. El Primero y el Último. El Eterno que es: el que es, el que era y el que viene. El que mantiene todo con vida, El-Shaddai. El que llena toda carencia. El que lo gobierna todo. El que lo sabe todo. El que siempre está ahí. El que nunca llega tarde. El que alcanza su meta.

Yo, Juan, su hermano, que también, como muchos de ustedes, estoy en tribulación y angustia por causa de su nombre. Porque pertenecemos a su reino. Por el sufrimiento en el camino hacia la gloria. Lo esperamos a él con paciencia, a él, que también pondrá fin a todos nuestros sufrimientos. A su tiempo.

Yo estaba en la isla de *Patmos*, en el *destierro*. No por voluntad propia. Fui desterrado porque me aferro a la Palabra de Dios y confieso a Jesucristo como el verdadero Soberano del mundo. ¡Eso no les gusta nada a las autoridades romanas! Por eso me apresaron a mí, como apóstol entre los cristianos de la provincia de Asia Menor, para debilitarnos.

El primer día de la semana, en el día del Señor —lo recuerdo perfectamente —, el Espíritu vino sobre mí. Fui arrebatado en el Espíritu de Dios. Una y otra vez me vi trasladado a otro mundo, celestial. ¡Oí y vi cosas grandes!

Así comenzó: estando yo en el Espíritu, una voz fuerte y poderosa me habló desde atrás. Como una trompeta. «Lo que ves ahora, y todo lo que todavía verás, escríbelo en un rollo de pergamino. Envíalo a siete iglesias de Asia Menor. A Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea».

Me di la vuelta, hacia la voz, para ver quién me hablaba con tanta fuerza. Y entonces vi primero siete candelabros de oro y su luz. Y en medio de estos siete candelabros, al que me había hablado. Tenía aspecto de ser humano.

¿Quién es?, me pregunté. ¿Un ángel? No. ¿Dios mismo? Era *Jesús*. Pero no el Jesús familiar y cercano, como yo lo conocía. No. Completamente distinto. Óiganlo ustedes mismos.

Llevaba una túnica larga, como una toga, que le llegaba hasta los pies. A la altura del pecho estaba ceñida con un cinturón de oro.

Enseguida tuve claro que este Hijo del Hombre, como un sacerdote, inspecciona los candelabros, los limpia y los provee de aceite. Con dignidad sacerdotal. También con honra real. Y con autoridad de juez.

El cabello de su cabeza era blanco como la lana. Como la nieve. Solo él es santo y puro. Y también antiquísimo, como dice Daniel 7. Porque él es eterno e intocable. Me vino a la memoria lo que vio y vivió el antiguo profeta Daniel. Porque era muy parecido. Y en esos momentos yo debía vivir lo mismo que él.

Sus ojos eran como llamas de fuego. Irradiaban la gloria de Dios. Lo penetraban y lo escudriñaban todo. Con perfecta santidad.

Sus pies resplandecían como bronce incandescente en el horno. Grande es su firmeza y su fuerza. Probada y acreditada en su vida en la tierra.

Su voz era imponente. Como el estruendo de una gran catarata que hace temblar la tierra. Para consuelo de los suyos y espanto de los enemigos.

Tenía siete estrellas en su mano derecha.

De su boca salía una espada aguda de dos filos. Un símbolo de la Palabra de Dios y de la verdad y la fidelidad. Él es el Juez insobornable. La justicia perfecta tiene la última palabra.

Su rostro era como el sol resplandeciente del mediodía, al que no se puede mirar sin quedar ciego.

Esta aparición era tan aterradora, tan estremecedora, que yo, como en otro tiempo Daniel, caí a sus pies. Como muerto. Nada en mí podía resistirle. Era sencillamente abrumador. Un verdadero encuentro con Dios.

Entonces sentí cómo ponía su *mano derecha* sobre mí. Como un amigo. Y me dijo: «¡No tengas miedo! Yo soy el Primero y el Último. Existía antes de todos los tiempos y existiré siempre. Y el que vive. El Hijo del Hombre resucitado. Porque estuve muerto. Llevado a la muerte de forma ignominiosa en la cruz. Pero ahora vivo. Para siempre. Por los siglos de los siglos. He atravesado y vencido la muerte y tengo las llaves de la muerte y del reino de los muertos. Los poderes de la muerte tendrán que retroceder. Ya no habrá más miedo».

Escribe lo que verás. Lo que sucede en los últimos días: desde mi llegada a Belén hasta mi regreso en las nubes del cielo.

Me explicó el misterio de los siete candelabros y de las siete estrellas que tenía en su mano. ¿Qué significaban? Las siete estrellas son ángeles. Representantes de las siete iglesias. Me pareció extraño y maravilloso a la vez. Representan a estas iglesias que se encuentran en la tierra, en siete ciudades de Asia Menor. Al mismo tiempo, por medio de los ángeles, ya están presentes en el cielo, donde está su hogar. Junto al trono de Dios. Están sostenidas en su mano fuerte. Estas iglesias le pertenecen a él, al Hijo del Hombre.

Capítulo 2

Este Señor maravilloso, el Kyrios de Dios, me encargó escribir una carta con un mensaje importante al ángel de la iglesia en *Éfeso*, y con ello también a la Iglesia en todo el mundo. De parte de aquel a quien pertenecen las siete iglesias. De parte de aquel que las sostiene en su mano poderosa y que realiza un servicio sacerdotal entre los siete candelabros de oro. Su mensaje dice así:

Te conozco hasta el último detalle. También tus buenas obras y tu amor al prójimo. Te esfuerzas mucho. También es ejemplar tu paciente perseverancia en todo tu servicio.

También que no das lugar a las personas malas en medio de ti y no las toleras. A los que vinieron diciendo que eran apóstoles, los pusiste a prueba y los desenmascaraste. Porque eran falsos apóstoles.

También has soportado con paciencia los sufrimientos por causa de mi nombre. No te has cansado.

¡Pero con todo lo bueno hay algo esencial que has abandonado! *Tu primer amor*. Tu amor del principio, cuando me encontré contigo por primera vez y conquisté tu corazón. Entonces tu amor por mí, por los hermanos y hermanas en la fe y por las personas que te rodeaban era ardiente y fresco. Era la razón y la motivación de todo lo que hacías.

Piensa de dónde has caído. Vuélvete, arrepíentete. Haz las obras que hacías al principio. Por amor verdadero.

Si no vuelves a eso, quitaré tu candelabro. Entonces ya no servirás como testimonio de mí en Éfeso. Ya no alumbrarás para mí si no muestras arrepentimiento y te conviertes. Porque el amor es lo más importante y lo más grande. Sin él, todo es nada.

Pero te alabo porque aborreces las obras de los nicolaítas, que yo también aborrezco: es decir, de aquellos que toleran la inmoralidad, seducen a otros y recomiendan comer carne sacrificada a los ídolos.

El que tenga un oído abierto, oiga lo que yo digo a las iglesias por medio del Espíritu de Dios. Quien supere esta situación y vuelva al primer amor será ricamente recompensado por mí. Le daré a comer del árbol de la vida. Que está en medio del paraíso de Dios. En el nuevo y mejor Edén. En la nueva Jerusalén. En el nuevo mundo que he creado por medio de mi muerte y mi resurrección. Allí podrá disfrutar de él sin interrupción, para siempre.

Al ángel de la iglesia en *Esmirna*, y a todos los que pertenecen a esta iglesia en esta ciudad, escribo por encargo de Jesús. Transmito lo que dice el que es el Primero y el Último. El que existía antes de todo y al final estará en pie victorioso. El que murió, pero volvió a vivir. El que vive para siempre. El vencedor de la muerte.

Conozco bien tus obras de amor, las persecuciones y los sufrimientos que soportas por mí. Y también tu pobreza. Pero no lo olvides nunca: eres rico en

mí. El mundo venidero te pertenece.

Conozco también las blasfemias y calumnias de los que se llaman orgullosamente judíos. Aunque lo son por su ascendencia, en realidad se trata de una sinagoga de Satanás. Odian al Mesías Jesús, y a todos los que lo siguen. Sobre todo a los judíos entre ustedes que creen en mí.

No tengas miedo de los sufrimientos por causa de Jesús que todavía tendrás que padecer. El diablo, Satanás, echará a algunos de ustedes en la cárcel. Movilizará a judíos y gentiles contra ustedes, para que abandonen la fe. Pero sucede lo contrario: su fe será probada y fortalecida. Su tribulación durará diez días. Un tiempo que yo determino y que nadie puede cambiar. Tampoco Satanás.

¡Sé fiel hasta la muerte! No te rindas cuando te ofrezcan la vida y la libertad a cambio de rendir homenaje al emperador o a los ídolos. Porque yo te daré la corona de la vida, la corona de la victoria. Si permaneces fiel hasta la muerte, seguirás viviendo; sí, experimentarás la verdadera vida. En mi reino eterno. En mi gloria. Conmigo.

El que tenga oídos, que preste atención, que escuche y que haga lo que yo digo a las iglesias por medio del Espíritu. Tienen que tomarme en serio. Tomarme la palabra. Es importante, y no lo voy a repetir constantemente.

El que venza y permanezca fiel hasta la muerte no sufrirá daño de la segunda muerte. Esa es la muerte eterna, separado de mí. Lejos de mí, en el lago de fuego. La sufren todos los que no me siguieron y me rechazaron. Pero ustedes vivirán, porque yo vivo.

Al ángel de la iglesia en *Pérgamo*, y a todos los que pertenecen a esta iglesia, escribo por encargo de Jesucristo. Transmito lo que dice el que tiene la espada aguda, penetrante, de dos filos. Su palabra es irresistible.

Sé de todas tus buenas obras de amor. Sé exactamente dónde moras y vives. Es decir, donde está el trono de Satanás. Donde él reina y mantiene a las personas cautivas en la idolatría. Donde nada de mí se puede reconocer, allí te aferras a mi nombre. No has negado la fe en mí, el Invisible, ante todos estos templos visibles de tu ciudad. Tampoco cuando mi testigo fiel Antipas fue muerto en Pérgamo. Allí donde Satanás está en su casa y levanta a la gente contra ustedes.

Pero tengo algo contra ti que no voy a aceptar. Hay entre ustedes quienes aprueban las enseñanzas de Balaam y se aferran a ellas. Él enseñó en aquel tiempo a Balac cómo podía vencer al pueblo de Israel. No con poder militar,

sino por medio de la seducción. Es decir, por medio de la participación en los sacrificios a los ídolos y del desenfreno sexual vinculado a ellos.

De la misma manera hay algunos entre ustedes que se aferran a la enseñanza de los nicolaítas, que también aprueban la permisividad sexual. Aborrezco estas enseñanzas, que destruyen y dañan a la Iglesia.

Puesto que todos ustedes son responsables de ello, arrepíentanse. ¡Lamenten lo que ha pasado y conviértanse! Tienen que cambiar esto y actuar en contra. Si no lo hacen en absoluto, o solo a medias, vendré yo mismo. Con mi espada violenta, que sale de mi boca. Haré la guerra contra ellos y me encargaré de que se vuelvan y se arrepientan. O me encargaré de que sean quitados de en medio de ustedes.

El que tenga oídos, que preste atención, que escuche y que haga lo que yo digo a las iglesias por medio del Espíritu.

Al que venza a los balaamitas y a los nicolaítas, y no participe en las fiestas de los ídolos ni en el desenfreno sexual, le daré a comer del maná escondido. No la carne sacrificada a los ídolos, sino que el verdadero alimento del cielo los espera.

Les daré una piedrecita blanca. Tan blanca como el maná. Pura. Y escribiré en ella su nombre nuevo, que solo conoce el que lo recibe: no condenación, sino absolución y vida nueva en un tiempo nuevo que ya ha comenzado. En una relación conmigo como mis amigos personales.

A la iglesia en *Tiatira* le escribe aquel cuyos ojos brillan como llama de fuego, que lo penetran todo y no pueden soportar nada malo. El que tiene pies como bronce reluciente, como si ardieran en el horno. El que tiene una postura sin concesiones cuando se trata de la santidad y la verdad.

Conozco y aprecio todo lo bueno que haces. Tu amor sincero y tu servicio fiel. Y tu paciente perseverancia. Lo que ahora haces por mí es claramente más e intenso que lo que hacías al principio. Conozco bien tus progresos.

Pero aun así tengo algo contra ti. Toleras a una mujer que es como Jezabel, la mujer de Acab, y la dejas hacer. Ella se llama a sí misma profetisa, y muchos de ustedes la escuchan. Pero lo que dice no viene de mí. Enseña y *seduce* a mis siervos para que participen en banquetes idólatras en los templos. A esto se suma el desenfreno sexual. La fornicación y el comer lo sacrificado a los ídolos. ¡Y ustedes no intervienen!

Ella lo hace desde hace mucho tiempo. Le di tiempo para cambiar de mentalidad, para que dejara su seducción y su fornicación. Pero no quiso

escucharme en absoluto. Por eso la juzgaré y convertiré su lecho de prostitución en un lecho de enfermedad. ¡La desecharé! Pero también a los seducidos y descarriados que andan con ella. Los meteré en una gran tribulación si no cambian de mentalidad, se vuelven y dejan las obras de Jezabel. A sus hijos espirituales, que se han atado a ella y hacen obedientemente lo que ella dice, los mataré con una enfermedad mortal, a menos que se arrepientan y se vuelvan de verdad.

Todas las iglesias sabrán que soy yo el que escudriña la mente y el corazón. El que lo penetra y lo ve todo. En mi Iglesia nadie hará algo así sin ser responsable de ello y rendir cuentas. Daré a cada uno según sus obras.

Pero a ustedes, a los demás, que no siguen la enseñanza de Jezabel: *retengan lo que tienen*. Ustedes no han conocido las profundidades de Satanás, de las que aquellos se jactan. No han seguido este falso saber, como aquellos que se glorían de haberlo comprendido todo con su supuesto conocimiento especial. Peor aún es su afirmación de que esta manera de actuar no es pecado. Sobre todos los demás no echo ninguna carga. Pero exijo fidelidad y entrega a mí y a mi Palabra, hasta que yo venga.

Al que venza a Jezabel y sus obras, y haga mis obras hasta alcanzar la meta, le daré autoridad sobre las naciones. Aun cuando ahora parezcan insignificantes y no sean capaces de hacer nada contra Jezabel y sus seguidores. Junto conmigo gobernarán a los pueblos y los apacentarán como un pastor, con cuidado y amor. A los rebeldes los harán pedazos como vasijas de barro. Esto lo he recibido de mi Padre. Y este poder y esta autoridad los recibirán también de mí los vencedores.

Les daré la estrella de la mañana. Ellos brillarán y reinarán conmigo, el Rey Mesías, la resplandeciente estrella de la mañana. Para siempre. Muy pronto despuntará el día.

El que tenga oído, oiga lo que yo digo a las iglesias por medio del Espíritu. ¡Hagan mi voluntad! ¡Hablo por medio de mi Espíritu y de mi Palabra a cada iglesia en toda la tierra!

Capítulo 3

Al ángel de la iglesia en *Sardis*, y con ello a todos los que pertenecen a esta iglesia, escribe: Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios. También Isaías

11 habla de ello. El que al mismo tiempo tiene en su mano las siete estrellas, los siete ángeles de las iglesias, y con ello a todas las iglesias.

Conozco tus obras y todo lo que haces. Sé lo que de verdad te pasa. Tienes fama de ser una iglesia viva y activa. Pero en realidad estás *sin vida*, sí, espiritualmente muerta. Te falta la relación viva y consciente conmigo. Confundes tu tranquilidad, tu paz y tu bienestar con la tranquilidad de la tumba y de la muerte espiritual. ¡Por eso despierta! Ocupate y preocúpate de los que ya se encuentran en el proceso de morir espiritualmente. Fortalécelos, para que no mueran. No he hallado tus obras buenas delante de mi Dios. No tienen consistencia.

Acuérdate de la alegría con que recibiste mi palabra cuando la oíste por primera vez. Esa palabra, mi evangelio, reténla y cambia de mentalidad. Vuélvete a mi palabra. Todavía no es demasiado tarde. Puedes ser despertada de nuevo.

Si no despiertas, no fortaleces a tu gente y no vuelves a mi palabra, vendré a ti. No con bendición, sino como un ladrón. No sabrás cuándo llega la desgracia. Te juzgaré si no te vuelves.

Pero de verdad hay algunos entre ustedes que no han manchado sus vestiduras. Se distancian de lo que no me agrada. Tampoco se adaptan a su entorno pagano e idólatra. *Precisamente a esos busco yo*. En la resurrección recibirán vestiduras blancas y puras, de mi parte. Junto conmigo pasearán y andarán por la nueva Jerusalén. En la tierra nueva. Porque son dignos. Otros en Sardis guardaban las distancias y los evitaban, porque ellos querían agradarme a mí. Pero precisamente ellos serán mis invitados de honor.

El que en Sardis —y ahora me dirijo a cada uno personalmente— venza la muerte espiritual, no manche sus vestiduras y vuelva a mi palabra, recibirá de mí vestiduras blancas. No lo borraré del libro de la vida, el registro en el que están inscritos todos los que pertenecen a mi Dios. Confesaré su nombre delante de mi Padre y de sus ángeles.

¡El que tenga oído, oiga lo que yo digo a las iglesias por medio del Espíritu, y haga mi voluntad! ¡Hablo por medio de mi Espíritu y de mi Palabra a cada iglesia en toda la tierra!

Al ángel de la iglesia en *Filadelfia*, y con ello a toda la iglesia, a todos los que forman parte de ella, debo escribir: Esto dice el Santo y Verdadero, en quien se puede confiar plenamente. Él es el Hijo de David, que tiene las llaves del Rey, y

con ellas el poder de abrir o cerrar puertas. Nadie más puede hacerlo. Y nadie tiene la autoridad de detener o hacer retroceder lo que yo hago.

También tus obras las conozco y las examino muy a fondo. Mira: te he abierto una puerta que nadie puede cerrar de golpe. Habrá fruto espiritual. Te doy acceso a las personas, para llevarlas a mí. Así que tienes, es verdad, *poca fuerza*, pero con ella se puede lograr mucho. No has menospreciado los comienzos pequeños ni las cosas poco espectaculares. Porque has guardado y hecho lo que yo digo. Y no has negado mi nombre en la ciudad de Filadelfia, sino que lo has confesado con valentía. A pesar de la oposición, las burlas y las hostilidades.

Soy yo quien hace que algunos de los judíos lleguen a la fe. Como ya ha sucedido. Pero también sé de aquellos judíos que te atacan por ello con maledicencia y calumnia. Los han echado a ustedes de la sinagoga. Pero ellos no son verdaderos judíos. Niegan todo lo que deberían hacer y creer como auténticos judíos. Pertenecen a la sinagoga de Satanás. Haré que se postren ante ustedes y ante sus compatriotas que me siguen. Tendrán que reconocer que yo te amo a ti. Y no a aquellos que me rechazan a mí, el verdadero judío, el Mesías.

Has guardado y anunciado mi palabra de esperarme con paciencia. Vives en la esperanza de mi venida. Por eso yo también te guardaré en el tiempo de la gran seducción. Esta pronto inundará el mundo entero, para probar a todos los que habitan en la tierra.

Tenlo siempre presente: vengo pronto. ¡Sí, por sorpresa! Por eso retén a toda costa lo que tienes. No lo abandones. Persevera. Entonces nadie les arrebatará la corona de la victoria.

Al que venza, guarde mis palabras y confiese mi nombre, lo haré importante, como una columna en el santuario del templo de mi Dios. Su perseverancia y su confesión de mi nombre serán para siempre su honra. Nunca más saldrá de este templo celestial de Dios. Allí estará en su casa. Escribiré sobre él el nombre de mi Dios. Y el nombre de la ciudad de mi Dios. Esa es la nueva Jerusalén, que descenderá del cielo a la tierra nueva. Y escribiré sobre él mi nombre nuevo. Así pertenecerá para siempre a mi Dios. Y será para siempre ciudadano de la nueva Jerusalén. También me pertenecerá a mí, que lo he comprado con mi sangre. A mí, el Creador del nuevo orden del mundo, el Resucitado.

¡El que tenga oído, oiga lo que yo digo a las iglesias por medio del Espíritu, y hagan mi voluntad! ¡Hablo por medio de mi Espíritu y de mi Palabra a cada

iglesia en toda la tierra!

Al ángel de la iglesia en *Laodicea*, y con ello a toda la iglesia, debo escribir, a todos los que forman parte de ella: Esto dice el que es el Amén. En quien todo se cumple con garantía. El que tiene la última palabra. Habla el testigo fiel y verdadero. Yo, Jesús, que pagué con mi sangre mi confesión y mi entrega. Habla el que es el principio de la creación, el Creador tanto de la primera como de la nueva creación, por el poder de su resurrección.

Como a todas las demás iglesias, también a ti te conozco. Sé lo que haces. Te lo digo enseguida, de forma directa e inequívoca: ¡No eres ni frío ni caliente! ¡Ojalá fueras frío, como un trago refrescante de agua fresca y limpia! O caliente, para un baño reconfortante o un té caliente. Pero eres tibio. Ni frío ni caliente. Cuando uno bebe algo tan indefinible, esperando que esté frío o caliente, lo escupe. Exactamente lo mismo me pasa contigo. Eres una medianía sin carácter. Indeciso. Tienes un poco de todo. Pero demasiado poco. ¡Ojalá ardieras por mí! O estuvieras directamente en mi contra; entonces habría más esperanza que ahora.

¿Por qué eres tan tibio? Porque eres engraido y estás convencido de ti mismo. Dices: Soy rico y he llegado a la prosperidad. No necesito nada ni a nadie. Ni gracia ni hermanos en la fe fuera de tu iglesia. Pero lo que no ves es esto: en realidad estás en un estado miserable y digno de lástima. Eres como un mendigo. Pobre y ciego. Desnudo, sin manto.

Por eso solo puedo darte un consejo: cómprame oro. Oro puro, refinado en el fuego. Solo así serás realmente rico. Y vestiduras blancas, para que ya no estés desnudo y quede cubierto tu estado lamentable. También puedes recibir de mí colirio para los ojos, para que por fin veas lo que es verdad y cómo estás delante de mí.

A todos los que amo, también a ustedes, los reprendo. Les pongo su pecado delante de los ojos, para que se vuelvan. Los educo. Eso puede ser doloroso, pero es muy saludable. Esfuérzate y sé celoso en pedirme todo lo que te falta. ¡Arrepíentete! ¡Vuélvete! Reconoce tu estado lamentable, para que puedas empezar de nuevo.

No soy en absoluto bienvenido entre ustedes. Pero estoy a su puerta. Llamo para entrar. Llamo en voz alta. Si alguno de ustedes me oye y me abre la puerta de su corazón, entraré en su vida. Entonces comeremos juntos y tendremos una

comunión viva y práctica. Espero a que alguien abra la puerta. No obligo a nadie a hacerlo.

El que venza y venga a mí, el que de verdad pida lo que tanto le falta, se sentará conmigo en mi trono de soberano y reinará conmigo. Del mismo modo que yo, como testigo fiel, he vencido y fui fiel hasta la muerte. Por eso mi Padre me sentó en su trono, para reinar con él.

¡El que tenga oído, oiga lo que yo digo a las iglesias por medio del Espíritu, y hagan mi voluntad! ¡Hablo por medio de mi Espíritu y de mi Palabra a cada iglesia en toda la tierra!

Capítulo 4

Después de haber visto al majestuoso Cristo en medio de los siete candelabros y de haber escrito las siete cartas a las iglesias, alcé la vista y vi en el cielo una puerta abierta. Entonces oí una voz que me hablaba, fuerte como una trompeta. Ya la había oído antes. Me ordenó subir y entrar por la puerta al cielo. Allí debía ver lo que, después de lo que ya había visto, seguiría sucediendo y se dejaría ver.

En total, según recordé más tarde, todavía otras cuatro veces después de esto se *abrían* cosas en el cielo. En total se me abrieron *cinco visiones* con imágenes distintas, pero todas terminaban con el regreso del Mesías. Comprendí que no siempre se sucedían unas a otras, sino que describían algo que también transcurría en paralelo, una junto a otra y al mismo tiempo, porque todas desembocaban en la única gran meta.

Entonces el Espíritu vino sobre mí y me llevó a través de la puerta al cielo. Vi a Dios. En una sala del trono. Pero mucho más grande. En ninguna parte, hacia ningún lado se acababa. Porque allí, en el centro, vi un trono imponente. Un lugar como el ojo de la tormenta. Como el epicentro de todas las cosas.

Una persona estaba sentada en este majestuoso *trono*. Solo podía distinguir los contornos. El trono no estaba vacío. Y eso me tranquilizó mucho. Evidentemente, esta escena era la que yo debía ver antes que nada. A saber: que Dios es más grande y está por encima de todo. Y que él tiene la última palabra. Y que él reina y mantiene el control, aunque no lo parezca.

Y el que estaba sentado allí parecía una piedra preciosa de jaspe o de sardio, que resplandecen hermosísimas con un magnífico color rojizo. Abrumador.

Sobre el trono brillaba de un lado al otro un resplandor, como un arco iris. Pero centelleante como una piedra preciosa verde de esmeralda. Sencillamente

impresionante.

Alrededor del trono vi en círculo otros tronos. Eran más pequeños. Conté 24. En ellos estaban sentadas figuras que yo podía reconocer. Eran ancianos. Hombres de edad avanzada. Llevaban vestiduras blancas. En la cabeza llevaban coronas de oro, como coronas de victoria. Así como los ángeles representaban a las iglesias, en los ancianos vi a los santos de todos los tiempos. Como los 12 patriarcas de Israel y los 12 apóstoles juntos. Estaban completamente de blanco y, como vencedores, habían recibido las coronas de la victoria. Como reyes y sacerdotes.

Del trono en el centro salían relámpagos. Se oían voces. Y truenos poderosos. Como en aquel tiempo, cuando Dios se reveló a Moisés en el Sinaí. Me di cuenta de que desde este trono se sostenía y se mantenía todo el universo, incluida la tierra.

Delante del trono ardían siete antorchas de fuego. Son los siete espíritus de Dios, enviados por toda la tierra. Ellos —es decir, el Espíritu de Dios— iluminan el camino hacia la salvación y hacen resplandecer la justicia de Dios.

La zona delante del trono me pareció como un gran mar. Pero no de olas tempestuosas y agitadas, sino de vidrio sólido. Resplandeciente como el cristal. Es más fuerte que todos los poderes y fuerzas de la naturaleza. También el mar de los pueblos, de las naciones inquietas e impías, se queda helado ante este trono, como convertido en hielo. Como losas de zafiro a los pies de Dios. Comparable a lo que dice Éxodo 24, cuando Moisés y los ancianos subieron al Sinaí hacia Dios.

Junto al trono, sí, en medio del trono, y alrededor de él, vi cuatro seres vivientes. Se movían como ángeles. Y sin embargo, de manera totalmente distinta. Sencillamente únicos. Tan cerca del que estaba sentado en el trono. Tenían ojos por todas partes. Delante y detrás. Algo parecido ya habían visto los profetas Isaías y Ezequiel hace mucho tiempo. Me parecieron como las fuerzas que mantienen unido el universo.

Vi a estos seres en un orden. No en el sentido de un rango. Representaban al Eterno como Creador. Y su vínculo vital con *su creación*. Cómo él ve, y quiere ver, todo y a cada uno en ella. En los cuatro puntos cardinales. Como su Creador lleno de cuidado y su poderoso Sustentador, lo tiene todo a la vista:

El primer ser era semejante a un león. Ese animal salvaje y regio.

El segundo ser era semejante a un becerro. Un animal fuerte.

El tercer ser tenía rostro como de ser humano. Lo percibí de manera distinta a los otros seres. Me mostraba al ser humano en su papel privilegiado como portador de la imagen de Dios.

El cuarto ser era semejante a un águila en vuelo. Veloz, sublime y misteriosa.

Los cuatro seres, que estaban cubiertos de ojos por dentro y por fuera, tenían seis alas.

Estos seres, que lo ven todo y hablan sin pausa, repiten incansablemente, una y otra vez, estas pocas palabras, las únicas dignas: ¡Santo, santo, santo es Dios Yahvé, Dios el Señor! ¡El Todopoderoso, el Pantokrator, El-Shaddai! ¡El Eterno que es! ¡El que era, el que es y el que viene!

¡Qué *infinitamente* sublime e infinitamente distinto, sí, qué superior es él en comparación con nosotros, los seres humanos, y con las demás criaturas!

Cuando los cuatro seres vivientes, adorando, aclaman con honra y gratitud, majestad y gloria al Altísimo, que vive por los siglos de los siglos, los 24 ancianos caen de rodillas delante de sus tronos. Delante del que está sentado en el trono. Dios.

Le rinden homenaje a él, que vive por los siglos de los siglos. Sí, ponen sus coronas de victoria delante del trono y dicen todos juntos: No nosotros, sino solo tú eres digno. Solo tú debes recibir la gloria y la alabanza, la honra y el poder.

Porque tú lo has creado todo, el universo entero. Fue solo tu *voluntad*. Lo creaste para ti. Por ti existe todo esto. Sin tu voluntad no existiría nada. Solo existirías tú.

¡Qué dignidad, que seamos el resultado de su voluntad! Incluidos en su creación. Toda la tierra está llena de su gloria.

Capítulo 5

Entonces vi en la mano derecha divina del que estaba sentado en el trono un *rollo*. Estaba escrito por ambos lados. Tan extenso que una sola cara no bastaba. Pero estaba sellado con nada menos que siete sellos de cera. Por Dios mismo.

Miré este rollo. Y de golpe comprendí que se trataba de algo extraordinariamente importante. Evidentemente, de él dependía el destino del mundo. Era como un documento de la omnipotencia, la omnisciencia y la dirección de la historia por parte de Dios.

Entonces se presentó ante el trono un ángel fuerte y grande. Gritó con voz fuerte, como un trueno, que oyeron todos los seres del universo: «¿Quién es digno y tiene derecho a abrir el rollo con los siete sellos? ¡Para ejecutar lo que está escrito en él!».

Pero nadie se adelantó que se atreviera a ello. Nadie en el cielo, nadie en la tierra ni debajo de la tierra, en el reino de los muertos. Hubo un silencio sepulcral. Angustioso. Nadie podía abrir los sellos ni mirar dentro.

Me invadió la desesperación. Empecé a *llorar* amargamente. Porque eso significaría que todo seguiría como está. Ninguna esperanza de libertad ni de liberación de la muerte, el dolor y la enfermedad. Las guerras seguirían sin fin. El hambre y el sufrimiento permanecerían. No habría una tierra nueva. La miserable lucha por la supervivencia de la mayoría de las personas sería interminable. ¿Es que el mundo no va a tener un vencedor?

Pero uno de los 24 ancianos vino a mí y puso su mano sobre mí. Él sabía lo que yo en ese momento no podía saber. Me dijo: ¡No llores! Hay una solución. Mira, uno ha vencido. El *León* real de la tribu de Judá. El Mesías prometido. Un descendiente de Judá y de David. Él, el Mesías, es digno de abrir el rollo y romper los siete sellos.

Alcé la vista aliviado, para ver al poderoso León, al vencedor. Pero ¿qué vi? Vi un Cordero, como inmolado. Un cordero de sacrificio. Con una herida mortal en el cuello. Así que el León era un Cordero. El León no había vencido con poder y violencia, sino por medio de su muerte, ¡como un *Cordero*! Completamente distinto del mundo de los soberanos y los césares. Dios vence por medio del Cordero pequeño y vulnerable. Sin violencia. De otra manera que un león. Su muerte es el acontecimiento más importante de todos los tiempos: la victoria decisiva sobre la historia de sufrimiento de este mundo. Él garantiza todas las promesas. Y la victoria de Dios sobre todos los poderes enemigos.

El Cordero, con corazón de león, estaba ahora en medio del trono. Allí donde le corresponde. En medio de los cuatro seres vivientes. Y en el círculo de los 24 ancianos. ¡Estaba en el centro! Todos miraban a este pequeño Cordero con su herida mortal. Sí, Dios se hizo uno con el Cordero y mostró así cómo es él mismo y cómo dirige la historia. Sin violencia, poder ni coacción, en una entrega abnegada de sí mismo, alcanza la gloriosa meta de la historia, que yo todavía iba a ver.

A diferencia de todos los corderos que yo había visto hasta entonces, no tenía dos cuernos, sino siete. Es decir, la plenitud del poder divino. Aunque era un Cordero pequeño, se le había transferido todo el poder y toda la autoridad. Además tenía siete ojos. Son de nuevo los siete espíritus de Dios, enviados por toda la tierra, que lo ven todo. Y que al mismo tiempo iluminan a las personas para la salvación.

Este Cordero fue entonces hacia el trono. Tomó el rollo de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Este se lo tendió al Cordero. Fue un momento para la eternidad. Majestuoso y, sin embargo, extraño. No era más que un Cordero. Pero en su mano, la del Mesías muerto y resucitado, estaba ahora el destino del mundo. Y no puede estar en mejores manos.

Y cuando hubo tomado el rollo, sucedió lo siguiente: los 24 ancianos se postraron como ya antes. Incluso los cuatro seres vivientes se inclinaron profundamente. Todos ellos rindieron homenaje al Cordero. Los 24 ancianos, los reyes y sacerdotes, tenían copas de incienso con incienso, como en un templo celestial. El incienso de las copas eran todas las oraciones de los santos. Su adoración, sus peticiones y también sus lamentos. También tenían arpas, con las que entonaron un cántico nuevo. ¡Realmente tenía que ser un cántico nuevo! Porque por medio del Cordero ahora todo, pero de verdad todo, había cambiado. Cantaban al Cordero, adorándolo y llenos de gratitud:

Solo tú eres digno de abrir el rollo, de romper los sellos y de leer y ejecutar lo que está escrito en él.

Porque tú, el Cordero de Dios, fuiste inmolado. Con tu sangre nos has comprado para Dios. De toda tribu, toda lengua y nación y pueblo.

A todos ellos, a los muchos de *toda la tierra*, los has hecho *reyes* y *sacerdotes* para nuestro Dios.

¡Reinarán sobre la tierra! Y harán lo que estaba en el corazón de Dios. Desde el principio. Y le servirán delante de su rostro.

Cuando terminó su cántico, vi ángeles que también estaban reunidos alrededor del trono, con los seres vivientes y los ancianos. Era una multitud tan grande de ángeles como las estrellas del cielo. Como un mar de ángeles, que ahora se unían a esta alabanza del Cordero. Era una alabanza celestial inimaginable. Tan imponente que casi no podía creer lo que veía y oía:

¡Digno es el Cordero que fue inmolado!

Que reciba todo el poder, la riqueza y la sabiduría.

Toda la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.

Cuando los ángeles dijeron esto, el universo entero se unió a la alabanza. A toda criatura en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, sobre el mar y en el mar, la oí decir:

Al que está sentado en el trono, es decir, a Dios Padre, y al Cordero, el Hijo eterno del Padre, solo a ellos corresponden la alabanza y la honra y la gloria y el poder. Y esto por los siglos de los siglos.

Entonces los cuatro seres vivientes dijeron: Amén. Y los 24 ancianos volvieron a postrarse sobre su rostro y adoraron.

Capítulo 6

Entonces el Cordero comenzó a abrir los sellos uno tras otro. Pero cada vez la apertura iba acompañada de la voz imponente, como un trueno. La de uno de los cuatro seres vivientes junto al trono, que exclamaba: ¡Ven aquí y mira bien!

Así lo hice. Al abrirse el *primer sello* vi un caballo blanco. Sobre él estaba sentado uno que tenía un arco. Y a este jinete se le puso una corona de victoria. Y él, ese ser angélico, salió al galope para vencer dondequiera que llegara. Como un conquistador del mundo. No era un ángel bueno.

Comprendí que no hay seguridad. En ninguna parte. Los reinos son vencidos y arrollados. Surgen nuevos imperios. También el Imperio romano y la paz romana caerán algún día. Porque Dios así lo quiere.

Cuando el Cordero abrió el *segundo sello*, el segundo ser viviente dijo, igual que el primero: ¡Ven aquí y mira bien!

Entonces vi otra vez un caballo. Uno rojo como el fuego. Estaba sentado en él uno a quien se le dio poder para quitar la paz entre las personas y los pueblos. Entonces se matarían unos a otros. En innumerables guerras y guerras civiles. El jinete recibió una gran espada, con la que destruyó la paz. Tampoco este era un ángel bueno.

Dios y el Cordero ya no retenían estas fuerzas malignas y destructoras del mal. Es su juicio cuando él da lugar a las fuerzas del mal. No necesita darles órdenes; ellas hacen por sí mismas el mal que aquí, en el Apocalipsis, se extiende.

Cuando el Cordero abrió el *tercer sello*, también el tercer ser viviente dijo: ¡Ven aquí y mira bien!

Entonces vi un caballo negro. Sobre él estaba sentado uno con una balanza, con la que se pesan el trigo y la cebada.

De en medio de los cuatro seres vivientes salió una voz con este mensaje: Una ración diaria de trigo por el salario de un jornalero que trabaja 12 horas. Y tres raciones diarias de cebada por el salario de un día. Que no se dañen el aceite ni el vino. Son precios exorbitantes para los alimentos básicos. Pero el aceite y el vino, menos necesarios, se consiguen a buen precio. Sociedades desiguales, en las que la mayoría lucha cada día por sobrevivir, cuando la guerra y la sequía destruyen las cosechas y llega el hambre. Y, aun así, algunos viven en el lujo. Sí, es un mundo que nunca fue querido así. Clama por redención. Las personas deben volverse a su Creador y Proveedor.

Al abrirse el *cuarto sello*, el cuarto ser viviente dijo: ¡Ven aquí y mira bien!

Entonces vi otra vez un caballo, uno pálido como la ceniza. El nombre del jinete que lo montaba era «Muerte». El Hades, el reino de los muertos, lo acompañaba. Tomaba cautivos a todos los muertos, a los que habían sido matados, que seguían viviendo en el más allá, en el mundo invisible, hasta el día del gran juicio. Este ángel de la muerte y destructor recibió poder para matar a la cuarta parte de los habitantes de la tierra. Con la espada de la guerra, con hambrunas y epidemias, y por medio de las fieras salvajes de la tierra.

Todos estos jinetes me mostraron cómo Dios llama a las personas al arrepentimiento por medio del juicio. También en el juicio muestra su gracia y hace todo lo posible para que las personas lo escuchen. Por medio de su bondad, pero también por medio de catástrofes.

Cuando el Cordero abrió el quinto sello, vi algo completamente distinto. En el templo celestial reconocí el altar de los holocaustos. Al pie del altar vi de pie a personas que habían sido muertas violentamente porque habían obedecido la Palabra de Dios y daban testimonio de Jesús. Como el Cordero, también ellas habían sacrificado su vida y la habían entregado a la muerte. Ahora están en el cielo, junto al Cordero y junto a Dios.

Estos *mártires* clamaban juntos y en voz alta delante del trono, en tono de lamento: «¿Hasta cuándo, Soberano absoluto, Santo y Verdadero, tardarás en pedir cuentas a nuestros asesinos por nuestra sangre inocente y en juzgar a los que en la tierra nos mataron? Para que esta injusticia tenga fin».

Entonces a todos ellos se les dieron, en primer lugar, vestiduras blancas. Porque eran dignos como vencedores. Sí, por medio de la muerte vencieron,

como el Cordero. El que está sentado en el trono les dijo él mismo que descansaran todavía un poco de tiempo de su duro camino de vida como testigos de Jesús. Hasta que también sus compañeros de sufrimiento en la tierra fueran muertos, y así se completara el número de los mártires. El día de rendir cuentas llega. Tiene que llegar definitivamente por causa de tantos mártires. El mal ya no existirá por mucho tiempo.

Entonces vino el *sexto sello*. Y ese fue el final de la historia del mundo. El juicio final. El día de rendir cuentas. Un terremoto muy grande sacudió la tierra. El sol dejó de alumbrar y se volvió negro. La luna se volvió roja como la sangre. Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra como higos verdes que caen cuando se sacude con fuerza la higuera. El cielo se enrolló como un rollo. Todos los montes y las islas fueron removidos de su lugar en este caos.

Nada será como fue. El orden del universo y el orden de la sociedad quedan disueltos. Todo eso ya no se necesita. Todos estos acontecimientos son la quintaesencia del fin y de la aparición de Dios.

¿Qué hicieron las personas ante este fin cósmico del mundo? Todos los reyes, los grandes y los ricos, los jefes y los poderosos, todos los esclavos y todos los libres intentaron encontrar refugio en las cuevas y entre las peñas de los montes. Ahora toda diferencia social daba completamente igual. Todos estaban afectados por igual.

En su desesperación suplicaban a los montes y a las peñas que cayeran sobre ellos. Para esconderlos y protegerlos de aquel que está sentado en el trono. Del Dios eterno, vivo, único y santo, el Juez de toda la tierra. Y de la ira del Cordero. De un Cordero airado yo no había oído ni visto nada hasta entonces. Pero al Mesías, que en otro tiempo fue atormentado y muerto en Jerusalén, se le han entregado el dominio del mundo y el juicio. Yo casi nunca había visto a Jesús airado. Una vez en el templo, allí sí estaba realmente airado, porque se deshonraba la casa de su Padre.

Él salvará a sus seguidores y saldrá al encuentro de sus perseguidores con justicia. Porque ahora ha llegado el gran día de su juicio airado sobre toda injusticia. Nadie puede escapar de él. Nadie. Y las personas se dan cuenta de que este es el fin y de que estaban del lado equivocado. Porque Dios y el Cordero les eran indiferentes.

¿Y quién puede mantenerse en pie ante la *ira del Cordero*?

Eso iba a verlo a continuación. Realmente había quienes se mantienen en pie.

Capítulo 7

Después de esto vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro ángulos de la tierra. Detenían el viento. Para que no soplara viento sobre la tierra, sobre los árboles ni sobre el mar. Entonces vi otro ángel, un quinto, que venía de donde sale el sol, del oriente. Enviado por Dios. Y traía un sello. El sello de propiedad del Dios vivo.

Este ángel gritó con voz poderosa a los cuatro ángeles: No dañen la tierra, ni los árboles ni el mar, cuando desaten la tormenta. Y no lo hagan hasta que hayamos marcado visiblemente con este sello en la frente a todos los siervos de Dios en la tierra. Así serán protegidos en la tribulación y llegarán a la meta, a la vida eterna junto al trono de Dios.

Estos ángeles de las fuerzas de la naturaleza quieren dañar a las personas siempre y en todo momento. Pero Dios protege a las personas. En el juicio retira su protección y guarda solo a aquellos que le sirven.

Entonces oí cuántos debían sellar: 144.000. De todas las tribus de los hijos de Israel, es decir, de Jacob. Su orden, tal como lo oí entonces, nunca lo había oído ni leído así.

De Judá, 12.000. De Rubén, 12.000. De Gad, 12.000. De Aser, 12.000. De Neftalí, 12.000. De Manasés, 12.000. De Simeón, 12.000. De Leví, 12.000. De Isacar, 12.000. De Zabulón, 12.000. De José, 12.000. De Benjamín, 12.000.

Estos eran todos aquellos de Israel que seguían a Jesús, el Mesías, y que por eso eran tan despreciados y perseguidos por sus compatriotas, los judíos. Por la sinagoga de Satanás, como ya había escrito. Ellos, a quienes primero se les había anunciado el evangelio, formaban el núcleo y el comienzo de la Iglesia. Eran las primicias. Conocidos por Dios y propiedad suya. Muy al contrario de todos los demás judíos, que rechazaban al Mesías. En efecto, los verdaderamente escogidos siguen viviendo en el corazón y en el plan de Dios, representados en el número simbólico completo de las 12 tribus. Aunque de momento no se puedan encontrar. Sí, todo Israel será salvo cuando se haya recogido la gran cosecha de los pueblos, que yo iba a ver enseguida. Mis compatriotas, a quienes tanto deseo que reconozcan a Jesús como su Mesías.

Después de esto vi una multitud inmensa e incontable de pueblos. Como un gran mar de personas delante del trono del Altísimo. Venían de todos los pueblos, tribus, naciones y lenguas. Era la gran cosecha internacional de los

pueblos; sí, el fruto de la aflicción de su alma, como Isaías había predicho de los sufrimientos de Jesús. Todos ellos estaban de pie delante del trono y delante del Cordero. Llevaban vestiduras blancas. En sus manos sostenían y agitaban ramas y hojas de palmera y celebraban la victoria del Cordero y el nuevo *éxodo definitivo*. Me estremecí cuando los oí gritar, en un único e imponente coro de júbilo, estas palabras: La salvación se la debemos solo al que está sentado en el trono. A nuestro Dios y al Cordero.

Cuando sucedió esto, vi a todos los incontables ángeles de pie alrededor del trono. Como en una arena, pero más grande de lo que los seres humanos pueden construir. Para ellos, la multitud internacional de redimidos era el milagro de todos los milagros. A ellos se sumaban también los 24 ancianos y los cuatro seres vivientes. Todos cayeron sobre su rostro y adoraron a Dios. Dijeron amén a lo que las personas habían proclamado. Luego adoraron diciendo: ¡A nuestro Dios pertenecen toda la alabanza, toda la gloria y la sabiduría, y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza! ¡Solo a él, por siempre! Ahora y siempre.

Entonces, como ya antes, uno de los 24 ancianos me habló. Me preguntó y quiso saber si yo podía imaginar quiénes eran estas personas que estaban delante del trono con vestiduras blancas, y de dónde venían. Yo no lo sabía. Realmente no tenía ni idea, y se lo dije. Tenía curiosidad por saber lo que diría.

Él dijo: Estos son los que vienen de la *gran tribulación*. Todos ellos han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Han creído en el perdón por medio de la sangre de Cristo. Eso, y solo eso, es la razón de que ahora estén aquí, delante del trono de Dios, delante de su rostro, y le sirvan. Día y noche y para siempre. Como reyes y sacerdotes. En su templo celestial. Y Dios, que está sentado en el trono, levantará su morada sobre ellos y a su alrededor y estará con ellos. Vendrá a ellos y acampará junto a ellos. Nunca más padecerán hambre ni sed. Ya no existen la lucha por la supervivencia ni la angustia existencial. Ni caerá jamás sobre ellos el calor abrasador del sol. Porque el Cordero mismo, que está en el centro del trono, los cuidará y los apacentará como un *Pastor* solícito y amoroso. Los guiará a las *fuentes de agua* vivas y burbujeantes de la vida eterna.

Dios *enjugará* toda *lágrima* de sus ojos. Nunca más llorarán, porque ya no habrá motivo para ello. Ya no habrá dolor, ni tristeza, ni guerra. Dios y el Cordero hacen nuevas todas las cosas.

Cuando el anciano me comunicó esto, apenas podía comprenderlo. ¿De verdad iba a ser tan inmensamente grande la cosecha del Cordero? Yo había vivido en Pentecostés y en Jerusalén cómo miles llegaban a la fe. Y también después fueron muchos. Y ahora aquí, en Asia Menor, eran muchos. Pero ¿tantos? Me faltaban las palabras. ¡Maravilloso! Entonces el evangelio habrá llegado hasta los confines de la tierra. El pueblo de Dios es siempre *más grande* de lo que pensamos.

Pero todos venían de la tribulación en la que yo mismo también estaba, y habían pasado por cosas duras por causa de la fe. Pero habían permanecido fieles. Ahora habían entrado en la sala del trono celestial. Desde todas partes. Llegados a la meta. Directamente junto a su Dios y al Cordero, que los había comprado para Dios.

Ahora sabía quién puede mantenerse en pie ante la ira del Cordero y ante el que está sentado en el trono. Y quién no.

Capítulo 8

Entonces el Cordero abrió el séptimo sello. Con ello el rollo quedó completamente abierto. De pura tensión, el cielo guardó silencio. Media hora de silencio y de pausa. Así como todo calla cuando la presencia de Dios se muestra en el juicio y el juicio es inminente.

Ahora se había abierto algo por segunda vez; esta vez era el séptimo sello. Con ello comenzaba la *segunda serie de visiones*, que también iba a terminar con la segunda venida de Cristo.

Luego continuó, y vi a *siete ángeles* de pie delante del trono. A cada uno de ellos se le dio una *trompeta*.

Pero había todavía otro ángel. Con un incensario de oro. Estaba de pie junto al altar del incienso, delante del trono de Dios. Se le dio mucho incienso. Este incienso lo puso sobre el altar. Junto a las muchas, sí, innumerables oraciones de los santos, para que suban delante de Dios en el humo de olor grato. ¡Qué consuelo para la Iglesia perseguida, que las oraciones lleguen a aquel que puede escucharlas!

Pero entonces el ángel tomó algo de las brasas del altar, lo puso en su incensario y lo arrojó a la tierra. Esa fue una respuesta a todas las oraciones que subían de la tierra al cielo. A continuación hubo truenos, voces, relámpagos y un

terremoto. Dios no responde a las oraciones de su pueblo y de los mártires solo en el día final.

Después de esto, los siete ángeles con sus trompetas estaban listos para tocar la trompeta y anunciar otros juicios, ante los cuales las personas aquí en Asia Menor reaccionan con especial temor.

El *primer ángel* tocó la trompeta. Entonces fueron arrojados a la tierra granizo y grandes relámpagos de tormenta, deslumbrantes y zigzagueantes. Se quemó la tercera parte de los árboles y toda la hierba verde.

El *segundo ángel* tocó la trompeta. Entonces algo que parecía un gran monte ardiendo fue arrojado al mar. La tercera parte del mar se convirtió en sangre. Murió la tercera parte de los animales del mar. Y fue destruida la tercera parte de las naves que había en el mar.

El *tercer ángel* tocó la trompeta. Entonces cayó del cielo una gran estrella, que ardía como una antorcha. Cayó sobre la tercera parte de los ríos y de las fuentes de agua. El nombre de la estrella es Ajenjo. Por ella, la tercera parte de las aguas se convirtió en ajeno. Muchas personas que bebieron del agua murieron. Porque el agua se había vuelto amarga.

El *cuarto ángel* tocó la trompeta. Entonces fue herida la tercera parte del sol, de la luna y de las estrellas. Se oscurecieron, de modo que la tercera parte del día no tenía luz, y lo mismo la noche.

Muchas cosas me recordaban las 10 plagas de Egipto, que él trajo sobre un faraón obstinado y sobre los egipcios.

Entonces vi un águila que volaba alto en el cielo y que gritaba tan fuerte como si sufriera con ellos: ¡Ay, ay, ay! ¡Los que habitan en la tierra van a experimentar todavía otros tres juicios de trompeta! Iban a ser aún peores que los cuatro primeros.

Capítulo 9

Entonces tocó la trompeta el *quinto ángel*. Vi que una estrella había caído del cielo. Un ángel, que recibió la llave del pozo del abismo, del Abyssos. Lo abrió, y salió del pozo un humo espeso y negro. Como de un horno. Todo el aire y el sol se oscurecieron.

Pero en el humo estaban escondidas langostas, que ahora salieron sobre la tierra. Se les dio poder como el de los escorpiones, que ejercen violencia con su aguijón venenoso.

Recibieron una tarea espantosa. No debían, como suelen hacer las langostas, devorar árboles y campos para robar a las personas su alimento. No, debían atormentar y dañar a las personas con sus agujones venenosos. Pero solo a los que no tienen el sello de propiedad de Dios en la frente. Recibieron cinco meses de tiempo para torturar literalmente a las personas. Un tiempo limitado por Dios, que corresponde al ciclo de vida de la langosta. No mataban a las personas, sino que se complacían en atormentarlas. Tormentos tan terribles, tanto psíquicos como físicos, que las personas intentan quitarse la vida y ven en la muerte su única salida. Pero eso se les niega. La muerte huirá literalmente de ellas. Pero los que son propiedad de Dios serán librados de ello.

El aspecto de las langostas era como el de un ejército equipado para la guerra. Sobre sus cabezas había coronas de victoria de oro. Sus rostros eran como los de los seres humanos. Su cabello era largo como cabello de mujer. Tenían dientes como los de los leones, para despedazar la presa. Estaban acorazadas con corazas de hierro. El estruendo de sus alas al batir sonaba como muchos carros de guerra tirados por caballos que corren a la batalla. Sus colas eran como las de los escorpiones, provistas de un agujón venenoso en el extremo. Con ellas recibieron poder para atormentar a las personas durante cinco meses.

Un ejército de espíritus malos, que atormenta con maldad a las personas que rechazan continuamente la paciencia de Dios.

Su jefe y rey es un arcángel caído del abismo. Su nombre en hebreo es Abadón. En griego tiene el nombre de Apolión: el Destructor. Si ya los seres humanos son corruptos y malos, ¡cuánto más lo son los ángeles del abismo, los seres espirituales tenebrosos que el Maligno ha lanzado fuera del abismo! Cuántas veces había andado ya antes el Destructor por ahí. También cuando mató a los primogénitos en Egipto.

Ahora ha pasado el *primer ay*. Todavía vendrán dos ayes más.

Después de esto tocó la trompeta el *sexto ángel*. Y oí una voz que salía de uno de los cuatro cuernos del altar que está delante de Dios. Dijo al sexto ángel: Desata a los cuatro ángeles malos que están atados junto al gran río, el Éufrates, para que puedan llevar a cabo su obra mala. Junto al Éufrates, la frontera del Imperio romano que lo separa de los temibles persas.

Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para este momento, para matar a la tercera parte de la humanidad. Eran enormes tropas

de caballería que se pusieron en marcha para ejecutar el juicio. Un ejército gigantesco, casi incontable. Como los partos, los poderosos enemigos de Roma, que son una amenaza para el Imperio romano y nunca fueron vencidos.

Los caballos y los que iban montados en ellos tenían este aspecto: tenían corazas de color de fuego, de jacinto y amarillas como el azufre. Las cabezas de los caballos eran como cabezas de león. De sus bocas salen fuego, humo y azufre. El poder de los caballos está en su boca y en sus colas. Porque las colas son como serpientes venenosas, con las que causan su daño.

El resto de las personas, que no fueron muertas por estas plagas, aun así no mostraron arrepentimiento. Siguieron viviendo su vida como hasta entonces. A pesar de estos juicios, no se volvieron de todo el mal que hacían. Se entregaron a demonios y espíritus malos y adoran a los ídolos —hechos de oro, plata, hierro, piedra y madera—, que no podían ver, ni oír, ni andar. No se arrepintieron ni se apartaron de sus homicidios y de sus hechicerías ocultas, ni de su autodinización. Tampoco de su inmoralidad desenfrenada ni de sus robos. Ningún apartarse del mal ni ningún volverse a Dios.

Todos estos acontecimientos, los juicios de Dios, eran en realidad como un megáfono para llamar a las personas al arrepentimiento, alto y claro, para que por fin comprendieran que solo junto al Dios vivo están seguras.

Capítulo 10

Después de esto vi a otro ángel que descendía a la tierra. Uno de una fuerza llamativa, envuelto en una nube como en un vestido. Sobre su cabeza había un resplandor, semejante a un arco iris. Su rostro brillaba con fuerza, como el sol. Sus pies eran como columnas de fuego. En su mano tenía un pequeño rollo abierto. Era el rollo cuyos siete sellos había abierto el Cordero: contenía todo el diseño de Dios con este mundo, así como su realización en sabiduría divina.

Puso el pie derecho sobre el mar, sin hundirse en él. Y el pie izquierdo sobre la tierra. Así, en nombre de Dios, reclamaba la tierra y el mar como propiedad de Dios. Entonces gritó con voz fuerte, como ruge un león. Y cuando hubo gritado así, los siete truenos hablaron con su propia voz.

Entonces empecé a escribir todo lo que expresaban los siete truenos. Pero una voz del cielo me advirtió que no lo escribiera. Debía quedar sellado y mantenerse en secreto. Era asunto exclusivo de Dios. Nosotros, los seres

humanos, no podemos saberlo todo ni lo sabremos; y si acaso, solo al llegar a la meta.

Y el ángel fuerte, que estaba de pie sobre el mar y sobre la tierra, alzó al cielo su mano con el rollo y juró por el que vive eternamente. Por el que creó el cielo y lo que vive en él. Por el que creó la tierra y lo que vive sobre ella. Y que creó el mar y todo lo que vive en él. Este juramento decía con toda claridad: Ya no habrá más plazo ni más demora. Ha llegado el fin. Ocurre en los días en que el séptimo ángel comience a tocar la trompeta. Entonces el misterio de Dios, su plan con este mundo, se habrá consumado. Tal como lo comunicó a sus siervos.

Entonces volví a oír la voz del cielo. Era Jesús, que me hablaba. Debía ir al ángel que estaba de pie sobre el mar y sobre la tierra, y tomar el *rollo* de su mano. Fui a él y le pedí el libro. Me lo dio y me dijo: Cómetelo. En tu boca será dulce como la miel. Pero en tu vientre será amargo. Entonces lo tomé y me lo comí, como en otro tiempo hizo Ezequiel. Y realmente era dulce como la miel en mi boca. Pero en mi vientre sentí que era amargo. Todos los sufrimientos y lamentos que venían de los juicios estaban contenidos en él. Pero también era dulce en mi boca y me mostraba la fidelidad de Dios para con sus siervos, a los que recompensará e invitará a su nuevo mundo.

Entonces me dijeron que tenía que profetizar de nuevo sobre pueblos, naciones y lenguas, y sobre muchos reyes. El libro que yo había comido contenía todas estas profecías.

Capítulo 11

Entonces se me dio una vara de medir. Levántate y mide el *santuario del templo*, y el altar, y a los que adoran en él. Pero el atrio exterior del templo, no. Ese ha sido entregado a las naciones. Ellas pisotearán la Ciudad Santa, Jerusalén, durante 42 meses.

Mirando hacia atrás, era el templo de Jerusalén, tal como existió en otro tiempo hasta el año 70 d. C. En él reconocí simbólicamente a quienes hacían fielmente el servicio. A los judíos mesiánicos, el verdadero remanente de Israel en medio de sus compatriotas, que despreciaban al Mesías y estaban seducidos por las naciones. Eso me recordó también a los 144.000 sellados de todas las tribus de Israel y la resistencia anticristiana de sus hermanos incrédulos.

Y en este tiempo daré todo poder a mis *dos testigos*. Durante 1260 días, es decir, 42 meses, profetizarán. Con humildad y lamento, vestidos de cilicio. Estos

dos son los dos olivos y los dos candelabros que están en pie delante del Señor de toda la tierra. Y quienquiera que intente dañarlos o hacerlos callar, sale entonces fuego de su boca que destruye a los enemigos. Sí, el que les haga daño tiene que morir. Tienen incluso poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva durante el tiempo en que profetizan, descubren los pecados de las personas y las acusan. De manera parecida a lo que ocurrió con Elías en aquel tiempo. Tienen incluso poder, como Moisés, para convertir el agua en sangre. Pueden herir la tierra con toda clase de plagas cuantas veces quieran.

Me pregunté quiénes podrían ser estos dos. ¿Hay que entenderlos de forma simbólica? Al final, lo más probable me pareció reconocer en ellos a los representantes de la Iglesia. Aunque a primera vista sea difícil de entender. Pero su fidelidad, su testimonio, su entrega desde el principio parecen sugerirlo. Aceptaron todas las tribulaciones. Como los dos testigos, tampoco la Iglesia de los creyentes podía ser detenida, bajo la protección y la autoridad de Dios. Por muy duramente que fuera acosada. Los juicios se llevaban a cabo por causa de ella, hasta que al final todo llegó al extremo. La Iglesia no destruyó literalmente a sus enemigos. Su lucha es espiritual. Por medio de su mensaje, los enemigos quedaron reducidos al silencio. A veces los acontecimientos se volvían a su favor de forma milagrosa.

Cuando terminen los días de los testigos, la bestia que sube del abismo, de la que todavía informaré con detalle, los atacará. En efecto: la bestia los vencerá y los matará. Y sus cadáveres quedarán tendidos en la calle de la gran ciudad de Jerusalén, que en lo espiritual y lo moral es tan impía como Sodoma y Egipto. Es la ciudad en la que nuestro Señor Jesús fue crucificado. Pero lo que se dice de esta ciudad vale, en última instancia, para todas las ciudades, sí, para toda la tierra y todos los habitantes de la tierra.

Muchos de todos los pueblos, tribus, lenguas y naciones serán testigos de esta victoria del mal. Durante 3 ½ días yacen en la calle. El mundo entero, todos los que sirven a los ídolos y rechazan o desprecian al Dios vivo y a Jesús, se alegran por ello. Se enviarán felicitaciones y regalos unos a otros. Porque por fin han sido muertos los que los atormentaron durante 3 ½ años con sus plagas y les señalaban constantemente sus pecados e injusticias. Con el objetivo de llevarlos al arrepentimiento y a la conversión, como en otro tiempo también el faraón debía llegar al arrepentimiento.

Pero entonces, después de los 3 ½ días, sucedió algo totalmente inesperado, sí, francamente absurdo para la gente. La vida volvió a los dos testigos. Así como Dios al principio sopló la vida en Adán, o su aliento en los huesos secos en Ezequiel, así también ahora en estos dos mártires fieles. Se levantaron de la muerte. Eso aterrizó a todos los muchos que lo vieron. Les entró un gran miedo. Porque todos oyeron aquella voz fuerte del cielo que decía a los dos: ¡Suban acá! Y como en otro tiempo Elías, y como su Señor Jesús, subieron al cielo en una nube. Ante los ojos de sus enemigos.

Así, al final, la iglesia de los creyentes será prácticamente aniquilada. Pero su *martirio* será al final su *victoria*. Así como el Cordero venció por medio de la muerte. Será arrebatada hacia Dios. Y recibida y exaltada por él. Esa es su victoria y, al mismo tiempo, el principio del fin de sus enemigos.

En esa hora de espanto por los dos profetas y su arrebatamiento, hubo entonces un gran terremoto. La décima parte de la ciudad de Jerusalén se derrumbó. Siete mil murieron en este terremoto. Todos los demás tuvieron miedo y entonces dieron gloria al Dios del cielo. Sí, hubo arrepentimiento y conversión, que era lo que se pretendía con el juicio. Todo Israel será salvo al final de los días.

Con esto ha pasado el *segundo ay*. El *tercer ay* viene pronto.

Entonces esperé con expectación al *séptimo ángel* con su trompeta. Y cuando tocó la trompeta, se oyeron grandes voces en el cielo. Decían: Ahora el mundo entero, toda la tierra, ha sido entregado como reino de Dios al Señor, Yahvé, y a su Cristo, su Ungido. Ahora comienza su reinado, que permanecerá para siempre.

Los 24 ancianos, que están sentados en sus tronos delante de Dios, cayeron sobre su rostro al oír esto y adoraron diciendo: Te damos gracias, Señor, Dios, Todopoderoso, el que siempre fue, el que es y el que viene. Porque por fin has puesto fin al tiempo tenebroso y has comenzado el definitivo *reinado de paz*.

Las naciones han estado airadas durante milenios. Pero ahora, después de mucha paciencia, ha llegado tu ira final. Y por fin el momento de que todos los muertos sean juzgados delante de tu trono. Y a todos tus siervos, de todos los milenios, les darás su *recompensa*. A los profetas, a todos los santos, sí, a todos los que temen tu nombre. A los pequeños y a los grandes. Pero así como das la recompensa a tus siervos, entregas a la destrucción a los que han destruido la tierra y a las personas que viven en ella.

Y el final de esta imponente visión del fin de los tiempos fue que se abrió el templo en el cielo, el Lugar Santísimo, y se vio el arca del pacto de Dios. Entonces hay relámpagos, voces, truenos, un terremoto y gran granizo. Todo lo que había sucedido salía del santuario más íntimo, donde Dios tiene su trono. Todo era su voluntad soberana, que aquí se nos da a conocer.

Esa fue la *tercera vez* que algo se *abrió*. Esta vez el templo. Con ello comenzaba la *tercera serie de visiones*, que también terminó con la venida del Señor Jesús en gloria.

Capítulo 12

Entonces apareció una gran señal en el cielo. Vi a una joven *mujer*, en avanzado estado de embarazo, vestida del sol. Bajo sus pies estaba la luna. En la cabeza llevaba una corona de 12 estrellas. Grita de dolor con los dolores del parto. Está a punto de dar a luz.

Pero vi todavía otra gran señal en el cielo. Un enorme *dragón* rojo como el fuego. Una serpiente de agua de muchas cabezas, como una hidra, como el Leviatán del Salmo 74, el monstruo marino. Tenía siete cabezas y diez cuernos. Sobre sus cabezas tenía siete coronas. Su gran cola barre la tercera parte de las estrellas y las arroja sobre la tierra. Un ser sumamente poderoso, inteligente y amenazador, sí, asesino.

Este dragón-serpiente se irguió delante de la mujer, que está a punto de dar a luz. Quiere devorar al niño en cuanto nazca. La mujer dio a luz un *hijo varón*. Estaba destinado a gobernar el mundo y a todos los pueblos. Pero eso era lo que el dragón quería impedir, porque él mismo quiere gobernar y poseer el mundo. Sin embargo, sucedió algo extraño: el dragón no pudo atrapar al niño, porque fue arrebatado hacia Dios, hacia su trono. Era evidente que el dragón no podía detener el plan de Dios.

Empecé a intuir lo que debían significar estas señales. La mujer era Israel, asediado por los romanos. Sobre todo los fieles de Israel, que esperaban con anhelo al Mesías.

Y no había señal más adecuada que un dragón de siete cabezas para representar al gran adversario, al enemigo de Dios. Sí, fue él quien inspiró a Herodes la matanza de los niños de Belén, para matar a Jesús. También después, una y otra vez, intentó matar al Mesías. Pero cuando al final aparentemente lo

había conseguido, tuvo que constatar que la muerte de Jesús en la cruz no era su triunfo, sino su derrota más grande y definitiva.

Yo conocía imágenes e historias así de los mitos de los egipcios, de los babilonios y de los griegos. Evidentemente, Dios tomó algo de ello para reinterpretarlo bajo una nueva luz, es decir, refiriéndolo a aquel a quien de verdad pertenece el dominio del mundo. Porque él es el Redentor: Cristo el Señor. Él es el Dios verdadero de los cristianos perseguidos. Esto no es un mito, sino la verdad. Y con estas señales celestiales que vi, él deja sin significado todos los viejos mitos y sus dioses.

Sí, y estas señales en el cielo apuntaban a una *constelación de estrellas* que anuncia el día del nacimiento del niño, del Mesías. Ya mostró a los sabios de Oriente el camino al establo donde nació el niño. Cuando el sol está en medio de la constelación de Virgo, allí donde ella lleva al niño en el vientre; la luna a sus pies; debajo, la constelación del venenoso Escorpión; las estrellas de la constelación de Leo como una corona sobre su cabeza; y luego, algo rarísimo, cuando Júpiter, el rey de los planetas, y la estrella real Régulus, en la constelación de Leo, se tocan: eso fue el 11 de septiembre, tres años antes de nuestra era. Esta constelación de estrellas señalaba la llegada del Mesías en un establo en Belén. En el calendario judío, el nacimiento de Jesucristo cayó en el día de Año Nuevo. Y también el cumpleaños de **Noé**. Sí, la llegada del Mesías fue un verdadero nuevo comienzo. Un nuevo Noé, que trae una nueva creación y vence para siempre a Satanás y sus ángeles, los hijos de Dios caídos, y a sus descendientes, los demonios. El dragón había barrido del cielo con su cola a la tercera parte de los ángeles. Sí, tantos ángeles lo habían seguido en su rebelión. Pero al final vencerá el niño, el hijo varón, el Cordero.

Entonces la mujer huyó al desierto. A un lugar que Dios ha preparado. Allí fue sustentada durante un período de 1260 días, es decir, **3 ½ años**. Exactamente el mismo tiempo que habían profetizado los dos testigos. Varias veces me encontré con este período en distintas unidades. Como tiempos, días y años. Esta duración, de la que ya habla Daniel, se convierte aquí en símbolo y quintaesencia de la tribulación de todos los seguidores del Cordero. Comenzó cuando el niño fue arrebatado al trono de Dios y glorificado. Un tiempo que dura hasta que él vuelva y comience su dominio sobre el mundo. Sí, 3 ½ años duró la terrible persecución de los judíos fieles bajo el rey sirio Antíoco Epífanes. 3 ½ años duró el testimonio de nuestro Señor. Y durante 3 ½ años

estuvo sitiada Jerusalén antes de su destrucción por los romanos. Como Israel, la mujer se fue al desierto para experimentar el cuidado de Dios, en el viaje hacia él mismo.

Entonces se desató una guerra en el cielo. El arcángel Miguel luchó con sus ángeles contra el dragón rojo como el fuego y sus ángeles. Pero el dragón y sus ángeles no pudieron resistir frente a Miguel y su ejército. Para el dragón, el diablo, y los ángeles que lo siguen, ya no hay acceso al trono de Dios en el cielo. Ese es el principio de su fin.

El gran dragón es la serpiente antigua del Edén, que sedujo a los primeros seres humanos. También se le llama el diablo y Satanás. Es el adversario de Dios y el seductor, sí, el dios del mundo entero. Lleva a las naciones por el camino del error. Fue arrojado a la tierra. El príncipe de este mundo fue echado fuera, como ya había oído decir a Jesús en otro tiempo.

Ahora que el niño, es decir, Jesús el Mesías, ha tomado asiento en el trono de Dios, a la diestra de Dios, ya no hay en el cielo justificación alguna para el acusador de los hermanos. Jesús ha obtenido la redención eterna por medio de su sangre.

Este imponente acontecimiento en el cielo fue celebrado con una gran voz. Oí estas palabras revolucionarias: *Ahora la salvación está consumada*. Han llegado el poder y el reino de nuestro Dios. Y el poder y la autoridad de su Cristo, del Ungido de Dios.

Porque el acusador de nuestros hermanos ha sido desterrado del cielo. Arrojado a la tierra. Él, que no tenía nada mejor que hacer que acusar sin pausa, durante milenios, a los hermanos delante de Dios por sus pecados e insistir en su castigo. Pero ya no hay motivo, y nunca más habrá motivo, para acusar a los hermanos delante de Dios. ¡Eso es pasado! Porque los santos, los seguidores de Jesús, han sido ahora liberados de sus pecados por la sangre del Cordero. En la sangre del Cordero todo ha sido lavado. Por medio de la sangre han vencido al diablo. Por medio de su testimonio en favor del Cordero y su fidelidad. Por eso muchos de ellos fueron muertos. No amaron su vida hasta la muerte. Exactamente como el Cordero que los redimió.

Por eso, que se alegren el cielo y todos los que habitan en él, los ángeles y los santos perfeccionados. Que celebren, porque ha llegado el cambio de era. La victoria del Cordero lo cambia todo y lo cambiará todo para siempre. Pero en la tierra todavía no se celebra. Porque el diablo ha sido arrojado abajo. Sabe muy

bien que no le queda mucho tiempo, puesto que en el cielo ya se celebra la victoria del Mesías. Y como no tiene mucho tiempo, seducirá y destruirá a las personas con gran furia. En la locura y el engaño de creer que puede robarle al Mesías el dominio del mundo y establecerlo él mismo para sí. ¡Ay de los seres humanos en la tierra, porque el diablo ha descendido a ustedes!

Su furia se dirigió sobre todo contra la mujer que había dado a luz al Mesías. Es decir, contra los de Israel que creían en el Mesías y lo seguían. La persiguió. A la mujer se le ayudó de manera sobrenatural. Se le dieron dos grandes alas de águila, para que volara al desierto, al lugar de refugio, donde durante los 1260 días, los 3 ½ años, un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo, es sustentada y *protegida espiritualmente*. El dragón no pudo atraparla, e intentó ahogarla con un río de agua que salía de su boca. Pero de nuevo se ayudó a la mujer: la tierra se abrió, y la inundación que salía de la boca del dragón fue sencillamente tragada. Lo intentó todo, pero no pudo vencer.

Se enfureció tanto por no poder dañar a la mujer, que se volvió contra todos los demás que guardan los mandamientos de Dios y confiesan a Jesucristo. Son los descendientes de la mujer. Todos los muchos, de todos los pueblos, que llegaron a Cristo por medio de la misión de los judeocristianos. El dragón ataca a todos los que siguen al Cordero, dondequiera que tenga la oportunidad. En toda la tierra.

Capítulo 13

Entonces fui trasladado a la orilla del mar para ver otras señales.

Vi subir del mar una *bestia*, de aspecto terrible y con semejanzas con el dragón rojo como el fuego. Porque también tenía siete cabezas y diez cuernos. Sobre los diez cuernos había coronas. Sobre las cabezas estaba escrito un nombre de blasfemia contra el Dios Altísimo.

La bestia —o mejor dicho, la fiera— era parecida a las figuras de animales que Daniel había visto y descrito en otro tiempo. Simbolizaban imperios mundiales y a sus soberanos. Así también esta bestia, que subía del mar embravecido de los pueblos. Solo que ahora era una en la que estaban unidas o combinadas todas esas bestias de Daniel. Parecía un jaguar o un leopardo, peligroso y veloz. Los pies eran como los de un oso insaciable. Su poderosa boca era grande como la de un león. Una fiera aterradora que encarna un poder mundial diabólico.

Y ahora vi también quién daba a esta bestia el poder y el trono para reinar. Era el *dragón*. Sí, la bestia era como una encarnación, como una hechura en carne del dragón. Me pareció como si el dragón hubiera hecho salir a esta bestia del mar. Era su creación.

Entonces vi cómo una de las siete cabezas era herida de muerte con la espada y la bestia estaba a punto de morir. Pero aunque la herida era mortal, sanó rápidamente. Eso dejó asombradas a las personas en la tierra, y admiraban a la bestia.

Por eso adoraron al dragón, porque había dado a la bestia tal poder y autoridad. Y adoraron igualmente a la bestia, diciendo: ¿Quién es semejante a la bestia? ¿Quién es capaz de hacerle la guerra o de vencerla?

Me quedé asombrado. También el pequeño Cordero que estaba en medio del trono tenía una herida mortal. Aquello me pareció una imitación, una *parodia*. Como si el dragón quisiera ser como Dios Padre, y la bestia su hijo. Al dragón las personas no lo veían, solo a la bestia. La bestia era la revelación del dragón.

Era una alianza antdivina y anticristiana. A la bestia, un soberano como un rey y un emperador, se le permitió decir con arrogancia cosas grandes que impresionaban a la gente. Y pronunciar blasfemias contra Dios y contra el Cordero. Podía hacer y deshacer a su antojo. Durante 42 meses. La bestia blasfemaba continuamente contra el Dios vivo. Desafiaba con insolencia al Dios del cielo y a todos los que le sirven en el cielo. La bestia se sentía fuerte e invencible. Incluso se le dejó libertad a la bestia —y esto por el mismo Dios vivo— para hacer la guerra contra todos los santos e incluso vencerlos. La bestia mató a tantos santos como pudo, para erradicar de la tierra el recuerdo del Dios vivo y de su Cristo.

La bestia recibió libertad —por difícil que me resultara entenderlo—, autoridad política y militar para gobernar. Dios retiró su protección para dejar que todo eso surgiera. Dominaba sobre toda tribu, toda lengua y todo pueblo. En un nuevo orden mundial, la bestia une a todos los que habitan en la tierra y no conocen al Dios del cielo. Ellos rinden homenaje a este soberano. Se trata de todos aquellos que no están inscritos en el libro de la vida del Cordero, del Cordero que fue inmolado para redimir a las personas de todas las tribus, lenguas y pueblos.

Si alguno tiene oídos, que escuche con atención. Para los *santos* esto significa cautiverio en todas partes. Para muchos significa la muerte a espada. No debe

haber ninguna ilusión al respecto. Pero sucede solo mientras Dios lo quiera. El que sigue al Cordero puede esperar el mismo destino. Así se distinguen la perseverancia y la constancia de los santos, de los seguidores de Jesús, en este tiempo tenebroso. Y su fidelidad y su fe.

Comprendí que en mis días había un soberano muy parecido. Yo mismo estaba, de hecho, cautivo en Patmos. A mí no me mataron. Pero también eso ocurrió en algunos lugares. Como en Esmirna y Pérgamo, como ya he escrito. Hasta el fin habrá soberanos de imperios mundiales que se harán adorar y matarán a seguidores de Jesús. ¿Habrá antes del fin uno así, como la bestia, en quien se cumplirá todo lo que vi? ¿Con una naturaleza inhumana, antidivina y malvada plenamente desarrollada? Dios es soberano y alcanza su meta. También cuando quizá haya una agudización en el tiempo del fin como la tierra y los seres humanos nunca han visto.

A esto iba a sumarse además una *segunda bestia*. También una figura animal, como un ser híbrido surrealista. A esta la vi ahora subir de la tierra. Como de una tumba. Tenía dos cuernos, como un cordero. Pero sonaba la voz del dragón, como si él hablara por medio de esta bestia. Estaba vinculada con la primera bestia y había recibido todos los poderes de la primera bestia. Esta bestia hacía todo lo posible para que las personas adoraran a la primera bestia. La bestia cuya herida mortal había sanado tan milagrosamente. La segunda bestia hacía grandes señales. Incluso podía hacer descender fuego del cielo.

Con ello se había hecho manifiesta una trinidad tenebrosa y diabólica. Esta segunda bestia era como una parodia del Espíritu Santo, que glorifica a Cristo. La segunda bestia glorificaba a la primera bestia, al soberano. La segunda bestia simboliza también a un ser humano, un ministro de propaganda, que lleva por el camino del error a las personas que no siguen al Cordero. A la perdición. Un falso profeta, que lo consigue por medio de las señales extraordinarias para las que había recibido poder. Estas señales eran tan impresionantes, y honraban y ensalzaban de tal manera la grandeza de la primera bestia, que las personas que no conocen al Dios verdadero adoran como a Dios a esta primera bestia salida del mar.

Entonces la segunda bestia pide a las personas que erijan una estatua a la primera bestia, la de la herida mortal sanada, que había vuelto a la vida. A esta estatua, que encarnaba a la primera bestia, este falso profeta, que parecía un cordero, le dio entonces vida. Sí, el Dios vivo le dio la capacidad de hacer que

esta imagen viviera, pudiera hablar e incluso recibiera inteligencia para descubrir a todos aquellos que no adoraban a la primera bestia. Todos los que no lo hacían eran luego muertos por esta estatua que había cobrado vida.

El falso profeta, el ministro de propaganda de la primera bestia salida del mar, hace que todas las personas, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, tengan que llevar una marca visible. O en la mano derecha, o en la frente. Así se aseguraba que solo pudieran comprar y vender los que rendían homenaje a la bestia y lo demostraban con esta marca. La marca contenía o bien el nombre de la bestia o bien el valor numérico de su nombre. El que tenga sabiduría, calcule el número de la bestia. Es el número de un ser humano. La bestia es un ser humano. Y el número es 666.

Yo, Juan, ya vivía en un tiempo difícil y lleno de pruebas, en el que los cristianos eran perseguidos y los emperadores se hacían rendir homenaje como dioses. Algo de lo que vi reflejaba mi tiempo y lo seguirá reflejando una y otra vez. Pero lo que acababa de ver lo superaba. Quizá describa el futuro, probablemente el último tiempo de la historia de la humanidad, poco antes de que el Cordero vuelva para asumir su reinado. Dios retirará su protección y permitirá a los poderes de las tinieblas y a las personas de las que se sirven tener poder y hacer señales, seducir a la humanidad y controlarla por completo. Porque no se volvieron a Dios a pesar de los juicios y las plagas. El juicio de Dios sucede allí donde Dios, después de mucha paciencia, retira su protección y abandona a las personas a sí mismas y a los poderes malignos de las tinieblas.

Capítulo 14

Mientras yo todavía reflexionaba sobre estas tinieblas y me estremecía por dentro, mi mirada fue dirigida de nuevo hacia arriba, al cielo. A la luz. Allí estaba de pie el verdadero Cordero de Dios sobre el monte celestial de *Sion*. Con el Cordero estaban los 144.000 sellados, con el nombre de su Padre en la frente. Los mismos que yo ya había visto. Estaban unidos al Cordero. Poco después iba a ver a otros vencedores, como antes a la gran multitud internacional.

Oí una voz del cielo. Era como el estruendo de poderosas corrientes de agua y como un trueno poderoso. Pero oí también el sonido de arpistas que tocaban sus arpas.

Tocan un *cántico nuevo* del todo. Delante del trono y de los cuatro seres vivientes y de los 24 ancianos. Este cántico solo podían cantarlo los 144.000.

Habían sido comprados de la tierra. Nadie más lo conocía. Estos aman al Cordero como una virgen a su esposo. Estos han seguido al Cordero dondequiera que iba. Sin amar su vida. Han sido comprados de entre los seres humanos como primicias para Dios y para el Cordero.

No han dicho nada malo, no han mentido ni han dicho falsedades. Son irreprochables, por medio del Cordero, delante del trono de Dios.

¡Qué consuelo! ¡Qué aliento saber que las tinieblas no tienen la última palabra! El Cordero y los santos vencerán, y su júbilo no tendrá fin.

Entonces vi a otro ángel volar en el cielo. Volaba sobre toda la tierra. Porque tenía un mensaje para todos los que habitan en la tierra. Para todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos. Era una buena noticia, el *evangelio eterno*. Con voz fuerte, para que todos lo oyeran, gritaba: Teman al Dios vivo y verdadero. Denle a él solo la gloria. Adoren al Creador, que hizo el cielo y la tierra y el mar y las fuentes de agua. Porque la hora del juicio es inminente.

Este mensaje valía en todos los tiempos. Y vale hasta la última hora. También cuando las dos bestias hayan cegado a la humanidad y ya no haya conocimiento de Dios. Dios se asegurará de que las personas oigan la buena noticia, el evangelio.

Lo siguió un segundo ángel, que también tenía un mensaje. Un mensaje de consuelo para todos los santos, pero también una noticia aterradora para todos los demás: Ha caído, ha caído *Babilonia*, la gran ciudad. Ha emborrachado a todos los pueblos con el vino de la pasión de su prostitución y su infidelidad.

De Babilonia todavía informaré. De esta ciudad todavía había visto muchísimo. Babilonia representa el sistema mundial global y altamente desarrollado. Una ciudad en la que Dios no habita ni es bienvenido, al contrario de la nueva Jerusalén.

Un tercer ángel los siguió y dijo con voz fuerte: Si alguno adora a la bestia que salió del mar y a su estatua, y le rinde homenaje, y acepta la marca en su mano o en su frente, beberá del vino de la ira de Dios. Este vino está guardado sin diluir en la copa de su ira. Sí, todos los que adoran a la bestia y no escuchan el evangelio eterno serán atormentados con fuego y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero. Sí, reconocerán al Cordero, pero él no podrá ayudarlos, porque también entonces lo rechazarán.

El humo de este fuego y de este tormento sube y nunca más cesa. El fuego arde para siempre, por los siglos de los siglos. Estas personas no arderán en un

fuego literal. Existirán y no encontrarán reposo. Su conciencia las atormentará. Su soledad las atormentará. Saber: el Dios vivo existe. Pero no lo adoraron. Ahora estarán fuera para siempre. Un tormento lleno de autorreproches. Lamentarán amargamente haber adorado a la bestia y a su imagen. Dios nunca quiso que algún día, abandonadas por él, quedaran entregadas a sí mismas. Nunca quisieron la cercanía de Dios, y por eso nunca más experimentarán lo infinitamente buena que es la cercanía de Dios. Estas imágenes drásticas no podrían ser más impactantes y valen como advertencia de máxima urgencia. Sea como sea ese lugar, nadie querrá estar allí.

Frente a esto está la perseverancia abnegada de los santos en el tiempo mortal de la bestia. Aquellos que guardaron los mandamientos de Dios y la fe en Jesús. Les resultará difícil perseverar durante el tiempo de gran prueba. Los que adoran a la bestia lo tendrán fácil. Pero más allá de la muerte será al revés. Y entonces para siempre.

Porque oí una voz que decía: ¡Dichosos los *muertos que mueren en el Señor*! Sí, dice el Espíritu con alegría: descansarán de sus trabajos. Nada de lo que han trabajado para Jesús será en vano. Sus obras los siguen, y permanecen para siempre.

De nuevo vi algo. Una nube blanca, sobre la que estaba sentado alguien, es decir, el Hijo del Hombre. Como también lo había visto Daniel. Era Jesús. Tenía una corona real sobre su cabeza y en su mano una *hoz* afilada. Parecía esperar algo. Entonces salió del templo celestial un ángel y gritó en voz alta al Hijo del Hombre: ¡Mete tu hoz y siega! Porque ha llegado la hora de segar. Es la última hora para la cosecha, porque ya está casi seca. Y el Hijo del Hombre, sentado en la nube, lanzó su hoz sobre la tierra, y la tierra fue segada.

Sí, hasta el final, mientras sea de algún modo posible, espera la paciencia de Dios. Entonces Jesús recoge la cosecha de su pueblo y la lleva a casa. A todos los que lo han seguido y se han aferrado a su nombre.

Para los suyos será salvación en esta última hora. Una cosecha de bendición. Pero también hay una *cosecha de juicio*. Para los demás. Porque otro ángel salió de este templo celestial. También él tenía una hoz afilada. Entonces salió todavía otro ángel del altar celestial. Tenía poder sobre el fuego. Era un ángel del juicio. Este gritó muy fuerte al ángel de la hoz: Mete tu hoz en la vendimia. Vendimia las vides, porque las uvas están maduras. Entonces este ángel vendimió la vid de la tierra y echó las uvas en el lagar, donde se pisan las uvas. Ese es el gran lagar

de la ira y del furor de Dios. Es pisado fuera de la ciudad de Jerusalén. Del lagar salió mucho mosto rojo, como sangre. Tanto que llegaba hasta los frenos de los caballos. En un radio de 300 kilómetros.

Una imagen espantosa. Impactante. Pero todas las personas tuvieron tiempo mientras la cosecha crecía y maduraba. Cuando al final el mal y la iniquidad hayan prevalecido, vendrá la cosecha. El juicio de Dios es serio y no se debe tomar a la ligera. Todo lo que el hombre siembre, eso también segará. Dios no puede ser burlado. Nadie debería intentar desafiarlo, como lo hizo la bestia que salió del mar, como modelo a imitar para todos los que le rinden homenaje.

Capítulo 15

Entonces vi otra señal en el cielo. Una grande y maravillosa. Siete ángeles con las *siete últimas plagas*. Ellas consuman la ira de Dios.

Pero antes de que estallaran estas plagas, concluyó lo que yo había visto antes: el furor de las dos bestias tiránicas. A cuántos testigos de Jesús había matado la bestia. La bestia había vencido a los santos. Pero a ellos los vi ahora. Porque ellos eran los verdaderos vencedores. No habían amado su vida y fueron fieles hasta la muerte.

Vi algo como un mar de vidrio. Mezclado con fuego. Helado como el hielo. A la orilla de este mar, junto al trono de Dios, como ya lo había visto al principio, allí estaban de pie. Los que habían vencido a la bestia y a su estatua y al misterioso número de su nombre. Tenían arpas y tocaban para alabanza de Dios. Como si, en un *nuevo éxodo*, acabaran de salir a la orilla segura. Salvados de la bestia anticristiana, como en otro tiempo Israel del faraón. Que se hundió en el mar y encontró su fin. Así como sucederá también con las dos bestias. Por eso cantan también el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios, Sustentador de todas las cosas. Justos y verdaderos son tus caminos, por los que conduces a las naciones en tu soberanía hacia tu meta. Porque tú eres el verdadero Rey de las naciones. En tu trono celestial. ¿Quién es tan necio que no te tema ni acepte que Dios es y sigue siendo Dios? ¿Y que no te dé la gloria? Porque solo tú eres santo. Nadie es igual a ti. Todas las naciones vendrán y te rendirán homenaje. Porque llega el día en que tus obras se harán manifiestas a todas las naciones y ellas reconocerán que solo tú eres Dios y nadie más.

Entonces vi el templo celestial. La puerta se abre y salieron los siete ángeles con las últimas plagas. Llevaban vestiduras puras y resplandecientes y, alrededor del torso, un cinturón de oro. Entonces vino uno de los cuatro seres vivientes y dio a los siete ángeles siete copas de oro. Estas estaban llenas del furor y de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos.

Entonces todo el templo se llenó de humo por la presencia de la gloria de Dios y de su poder. Hasta que los ángeles hubieran derramado sus siete copas de ira. Mientras tanto, nadie podía entrar en el templo.

Capítulo 16

Entonces oí una gran voz. Era la orden a los ángeles de derramar sobre la tierra sus copas llenas del furor de Dios.

Un *primer ángel* derramó la primera copa sobre la tierra. Entonces les vino a las personas una úlcera maligna y dolorosa. Pero solo a las personas que llevaban la marca de la bestia y rendían homenaje a la estatua de la bestia. Dios hace una diferencia, como en otro tiempo en Egipto, cuando su pueblo, a diferencia de los egipcios, fue librado de la mayoría de las plagas.

El *segundo ángel* derramó su copa sobre el mar. Y todo el mar se convirtió en sangre. Murió todo el mar y todo lo que vivía en él. Como también en Egipto, cuando el faraón se oponía constantemente a la instrucción de Dios por medio de Moisés.

El *tercer ángel* derramó su copa sobre las fuentes de agua y los ríos. También ellos se convirtieron en sangre y murieron. Entonces dijeron los ángeles responsables del agua de la tierra, es decir, los ángeles encargados de un ámbito, en este caso de la naturaleza: «Tú eres absolutamente justo. Tú, el que es y el que era, que nunca fue creado. El Santo e Incomparable. Que no puede soportar el pecado. Es justo que conviertas las aguas en sangre y que las personas ya no puedan vivir. Porque han derramado sin motivo y con violencia mucha sangre inocente de los santos y de los profetas. Ahora les das a beber sangre. No han merecido otra cosa. Y los mártires han merecido que se haga memoria de su sangre derramada». Así hizo Dios que los egipcios bebieran sangre por los muchos bebés varones que el faraón mandó matar.

Entonces oí decir al altar, a cuyos pies yo ya había visto a todos los mártires: «¡Sí, Señor, Dios, Sustentador de todas las cosas! Verdaderos y justos y legítimos son tus juicios, tu furor y tu ira».

Entonces el *cuarto ángel* derramó su copa sobre el sol. Entonces el calor del sol se hizo tan grande que las personas son abrasadas como con fuego. Y sucedió que las personas fueron abrasadas con un gran calor. Pero en lugar de cambiar de mentalidad por ello y rendir homenaje a Dios, blasfemaron contra el Dios que tiene poder sobre estas plagas.

El *quinto ángel* derramó su copa sobre el trono de la bestia. Todo su territorio de dominio quedó en tinieblas. Como en otro tiempo en Egipto, donde durante tres días hubo una oscuridad total, tanto que se podían palpar las tinieblas. Estas tinieblas serán de tal clase que causarán dolores en el cuerpo y en el alma. A causa de sus dolores, las personas se mordían la lengua. Y en todo ello blasfemaban contra el Dios del cielo, tal como les había dado ejemplo su rey, la bestia. No se arrepintieron de su estilo de vida y siguieron viviendo en sus obras pecaminosas. A causa de sus dolores y sus úlceras blasfemaron contra Dios, en lugar de suplicarle que los salvara.

El *sexto ángel* derramó su copa de ira sobre el gran río, el Éufrates. Con ello el río se secó, cosa que de otro modo nunca ocurría con este gran río. Así quedó suprimida esta frontera natural y quedó libre el camino para los reyes del oriente. Entonces vi salir de la boca del dragón, de la boca de la bestia del mar y de la boca de la bestia de la tierra —es decir, del falso profeta— tres espíritus inmundos. Estos espíritus tenían aspecto de ranas. Son espíritus de demonios que hacen señales. Estos espíritus van a todos los reyes de la tierra para seducirlos con sus señales de propaganda, a fin de que todos se reúnan para la guerra. Para la guerra contra Dios y contra el Cordero. Pero no será su guerra. Será la guerra de Dios. Vendrán a la guerra del gran día de Dios, de El-Shaddai, del Todopoderoso, que lo tiene todo en su mano.

Miren, dice Jesús, como ya a la iglesia en Sardis: vengo como un *ladrón*. Dichoso el que vela y está atento y guarda sus ropas, para que no tenga que andar desvestido y desnudo y no se vea su desnudez y su vergüenza. Para estos tiempos difíciles repito estas palabras, tal como ya las había oído de él mismo en Israel. Que todos las oigan y las tomen a pecho. Está en juego muchísimo, sí, todo.

Y los reyes de la tierra se reunieron con sus ejércitos en un lugar determinado. Llegaron a Armagedón. Así se llama en hebreo. Eso es Jerusalén y el monte Sion. Allí tendrá lugar la última gran guerra entre la luz y las tinieblas, entre el Mesías y la trinidad diabólica formada por el diablo, la bestia y el

profeta. Estos quieren asaltar el monte de Dios, el monte de la asamblea, para establecer su gobierno mundial. ¿Quieren los reyes de la tierra ser iguales al soberano del mundo de Isaías 14? Sí, pero su intento desesperado no tendrá éxito. Eso lo describiré todavía. Porque también eso pude verlo ya. Se me permitió conocer lo que un día será historia.

Entonces el *séptimo ángel* derramó su copa en el aire. Y salió una gran voz del templo, del trono del Altísimo, de aquel que lo tiene todo en su mano y lo sostiene todo: «¡Hecho está!».

Y hubo voces, relámpagos y truenos. Eso lo veía ahora ya por *cuarta* vez. Y cada vez los acontecimientos eran más intensos. Circunstancias imponentes describen el fin del mundo. Igual que el terremoto. Este fue tan poderoso como ningún otro antes en la historia de la humanidad. Por él, la gran ciudad de Jerusalén quedó dividida en tres partes. Y también cayeron todas las ciudades de las naciones. Y Babilonia, es decir, Roma, la gran ramera, vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino de la ira de Dios.

Ese fue el fin del antiguo orden del mundo, como ya lo había visto varias veces. Toda isla desapareció. Los montes ya no fueron hallados. Sencillamente habían desaparecido. Piedras de granizo, pesadas como talentos, de 40 kg, caen del cielo sobre las personas.

Pero en lugar de arrepentirse y volverse a aquel que puede poner fin a las plagas, las personas blasfeman también ahora de nuevo contra el Dios del cielo a causa de esta plaga de granizo. Porque es muy grande. Mucho mayor que la de Egipto en tiempos de Moisés.

Capítulo 17

Entonces vino a mí uno de los siete ángeles que tenían las copas y me dijo: Ven conmigo, te mostraré la sentencia y el juicio de Dios sobre la gran ramera, sobre *Babilonia*, que está sentada sobre las muchas aguas. Ella ha seducido a todas las personas. Primero los reyes de la tierra fornicaron con ella y tuvieron su placer en ella. Hicieron suyo el corazón de Babilonia. Por medio de la ramera infiel y de los reyes que cayeron rendidos ante ella, todas las personas que habitan en la tierra se emborracharon luego con su vino de lujuria y fornicación. Fueron manipuladas por completo por ella. En este sentido, en otro tiempo la antigua gran capital Nínive había sido llamada ramera por el profeta Nahúm, y la ciudad de Tiro por Isaías. No rameras literales. Más bien en sentido figurado: como

lugar de idolatría y de impiedad, que extiende ese estilo de vida por todas partes como un veneno.

Entonces el Espíritu de Dios me llevó a un desierto. Si fue en el cuerpo o en el espíritu, no lo puedo decir. Desde allí vi a una mujer sentada sobre una bestia roja. Era la gran ramera Babilonia. La bestia me resultó conocida. Se podían ver escritas sobre ella blasfemias contra Dios. Tenía siete cabezas y diez cuernos. Era la primera bestia, la que yo había visto subir del mar. La bestia que era dirigida e inspirada por el dragón rojo, por Satanás.

La mujer que estaba sentada sobre la bestia, y era llevada por esta bestia, llamaba de verdad la atención: estaba vestida de manera seductora de púrpura y escarlata. Cubierta de oro y adornada con perlas y piedras preciosas. Tenía en la mano un cáliz de oro, del que bebía. El cáliz estaba lleno hasta arriba de cosas abominables. Sobre todo de la inmundicia de su fornicación. También en su frente había algo escrito:

Misterio

Babilonia la Grande

Madre de las rameras

Abominación de la tierra.

Esta mujer estaba ebria de la sangre de los testigos de Jesús ejecutados. Sí, no se saciaba de deleitarse con la vista de los siervos de Dios muertos. Un espectáculo espantoso. Lo que vi allí, toda la atrocidad de esta gran capital, incluidos todos los participantes embelesados que forman parte de ella, es el último gran bastión del reino anticristiano. Reconocí en ello a Roma, pero puede valer para todas las grandes ciudades.

Yo, Juan, me asombré mucho. Me asusté. Me quedé sin palabras al tener que ver tal obscenidad, una codicia sin freno y una violencia que desprecia al ser humano. ¿Qué significaba esto, esta señal? Expresaba algo real. ¿Algo que todavía iba a suceder? El ángel se extrañó de mí y me preguntó: ¿Por qué te asombras? Te explicaré el misterio de la mujer y de la bestia de siete cabezas y diez cuernos que la lleva.

La bestia que viste era, y luego ya no era. Está a punto de volver y de subir del abismo. Pero su perdición definitiva no se puede detener. Esto era, pues, ese imperio mundial anticristiano con el Anticristo como soberano político y dictador. Todo volvía a ser solo una imitación burda del Dios verdadero. Porque

Dios ha existido siempre. Él es y viene. Él, a diferencia de la bestia, *permanecerá siempre*, junto con el Cordero.

Los que habitan en la tierra y no están inscritos en el libro de la vida quedarán muy impresionados por esta bestia. Porque existió una vez, luego pereció, y ahora vuelve a surgir todavía más fuerte. Como si resucitara de entre los muertos. También esto era una parodia de Jesús, el Cordero, que estuvo muerto y ahora vive por los siglos.

Esta es la interpretación para el que tiene entendimiento. Las siete cabezas de la bestia corresponden a siete montes. Sobre ellos está sentada la mujer. Y estos montes son también siete reyes. Cinco de los reyes han caído. Uno está con vida. Otro, el séptimo, todavía no ha venido. Y cuando haya venido, tiene que quedarse un breve tiempo.

Toda la imagen me recordaba a Roma con sus siete colinas. Era Roma. Y allí estaba sentada al mismo tiempo la ramera. Pero quizá eso era solo una estación intermedia en la historia. El cumplimiento de lo que vi no era la Roma de mis días. El cumplimiento de esta imagen podría llegar a ser algo todavía mayor. Algo que yo ya no iba a vivir, puesto que he llegado ya al final de mi vida.

Cinco de los *siete* reyes habían caído. Sí, los imperios mundiales, desde Egipto, pasando por Asiria, Babilonia y Medo-Persia, hasta Grecia, ya no existían. El *sexto* imperio mundial es Roma. Luego iba a venir uno que todavía nadie conoce. Pero iba a venir un *octavo* rey: el último imperio mundial, con un falso mesías como rey. Un imperio mundial que, como todos los imperios anteriores, en su núcleo y en su esencia desprecia al Dios verdadero y vivo, y en el que se ha adorado como dioses a los ídolos y a sus soberanos. Este último imperio, y con él todos los imperios anteriores, perecerán, como lo describe Daniel. Daniel vio una piedra. Es decir, a Cristo. Rodó monte abajo y destrozó la estatua que representaba a los imperios mundiales. Entonces viene el reino mesiánico de paz. Ese permanece para siempre.

Y la bestia que era, pereció y volvió a vivir, es el *octavo* rey, y al mismo tiempo es, como todos los anteriores, uno de ellos; no literalmente, sino según su naturaleza. Cuando venga, irá enseguida a la perdición, como me acababa de revelar el ángel. Como un mesías pagano, que seduce a las personas y las arrastra tras de sí. Pero que es enfrentado, desenmascarado y vencido por el verdadero Mesías. El *noveno* rey, según esta cuenta, es el verdadero Rey Mesías, que permanecerá para siempre.

Y los diez cuernos son reyes, como también se describe en Daniel 7. Estarán ahí en el tiempo del Anticristo del fin de los tiempos. No tienen poder desde el principio ni todavía un reino propio. Pero cuando haya llegado la hora de la bestia, el breve tiempo, los 3 ½ años, en que recibe un poder ilimitado, entonces estos diez reyes recibirán su reino y su autoridad. Los diez se pondrán por completo al servicio de la bestia y bajo su dependencia, y formarán una coalición. Todos ellos juntos intentarán, en una sobreestimación total de sí mismos y en su ceguera, hacer la guerra contra el Cordero en el cielo. Para derribarlo del trono.

Pero el Cordero los vencerá. No tienen ninguna oportunidad. Porque nadie más es el Señor de señores y el Rey de reyes. Y el Cordero no está solo. Siguen al Cordero todos los que él ha llamado a sí por medio del evangelio, que son escogidos y han seguido fielmente al Cordero hasta el fin. Se les concede el honor de seguir al Cordero en la última guerra. Como testigos de lo que sucede. Porque el Cordero no necesita ayuda. Muchos de los que lo siguen fueron muertos por la bestia y por la ramera, y ahora pueden estar del lado del vencedor.

El ángel continuó: Las aguas sobre las que está sentada la ramera son todos los pueblos y tribus y lenguas de la tierra.

Pero entonces el ángel dijo algo completamente inesperado: Entonces la bestia, con sus diez cuernos, es decir, los diez reyes, aborrecerá de repente a la ramera. Aunque ella era llevada por la bestia y habían hecho causa común. La bestia arrancará los vestidos a la mujer, la devorará y se apropiará de todo lo que le pertenecía. Lo que la bestia no pueda aprovechar, lo quemará con fuego. La bestia no tolera ningún poder ni grandeza a su lado. Exige, como ya vimos antes, la adoración de las personas solo para sí.

¿Por qué tenía la bestia de repente tal odio contra la mujer? Porque Dios mismo había puesto en el corazón de la bestia y de los diez reyes hacer esto. Dios puede dar la vuelta a todo y a cada cosa como él quiere, y como es perfectamente justo. Dios es superior en todos los sentidos a todas sus criaturas que se han apartado de él. Para alcanzar sus metas no necesita ni coacción ni violencia.

La mujer, Babilonia, perdió todo su poder a manos de la bestia. Con ello quedó decidido su juicio. La bestia anticristiana no era, pues, otra cosa que un instrumento de Dios para cumplir su voluntad, probablemente sin saberlo. Pero

también el dominio de la bestia, que ahora se había hecho todavía mayor, iba a durar solo hasta que se cumpliera la palabra de Dios para los últimos días.

La mujer que yo había visto es la gran capital mundial del fin de los tiempos. Más grande y más poderosa de lo que Roma fue jamás. Y sin embargo, totalmente parecida a Roma, con sus dioses aberrantes, su decadencia, su cultura contraria a Dios y, al mismo tiempo, su afán de éxito económico. Pero además también la fascinación de su alma religiosa, una especie de religión unificada, que se extenderá a todas las demás ciudades, sí, por toda la tierra. Este cáliz babilónico, sí, aturdidor y embriagador, será pasado por toda la tierra. Todo esto nació hace miles de años en esta ciudad literal de Babilonia, cuando se quiso subir hasta el trono de Dios con una gran torre que llegara hasta el cielo. Esto se agravará muchísimo cuando haya llegado el tiempo del fin. Antes de ser destruida por la bestia, Babilonia era la soberana sobre todos.

Capítulo 18

Entonces vi a otro ángel que descendía del cielo. Tenía gran autoridad. La tierra fue iluminada por su resplandor y su gloria, que Dios le había dado. Era una gloria auténtica y divina, a diferencia de la ostentación de la gloria pasajera de Babilonia. Y gritó con voz fuerte sobre toda la tierra: ¡Ha caído! Ha caído Babilonia la Grande.

Porque se había convertido en morada de muchos demonios. Eran los espíritus malos de los gigantes que habían perecido en el diluvio de Noé. Eran los hijos de Dios caídos, que querían dañar a las personas y frustrar el plan de Dios. Babilonia había acogido de buena gana a estos espíritus inmundos y ya no los dejaba marchar. Del mismo modo que albergaba a las aves inmundas que simbolizan a estos seres tenebrosos e invisibles. Babilonia estaba llena de poderes malignos invisibles, siervos del dragón. Ellos dirigían e influían en todo de tal manera que se volviera contra el Dios verdadero y sus mandamientos.

Todos los pueblos han bebido de su vino de la pasión desenfundada, del amor al dinero, de la idolatría y la hechicería, de la decadencia y del placer, así como del desenfreno sexual. Aunque muchas personas pobres no participaron realmente de ello. Todos los reyes de la tierra han andado con ella y se han unido a ella. Los mercaderes de la tierra se han enriquecido por medio de ella.

Entonces oí otra voz, que se dirigía al pueblo de Dios, a los testigos de Jesús: Salgan de Babilonia, para que no participen de sus pecados. De lo contrario,

participarán también de sus plagas. La montaña de sus pecados llega hasta el cielo. Por eso Dios se ha acordado ahora de ella. Él ordena: «¡Páguenle como ella ha pagado a otros! Pero páguenle el doble según todo el mal que ha hecho. Contra mí y contra las personas. Lo que tenía en su cáliz, la sangre de los santos, devuélvenselo al doble como paga.

Cuanto se glorificó a costa de otros y vivió en la opulencia, sin preguntar nunca por lo falso y lo correcto, por lo bueno o lo malo, tanto tormento, tristeza y soledad denle a cambio. Porque decía en su corazón: «Estoy aquí sentada, segura, como reina. No soy viuda ni lo seré jamás, porque todos los reyes me desean. Nunca conoceré el luto».

En el sistema del mundo se piensa y se actúa como si todo fuera a seguir siempre así. El progreso asegura nuestro futuro. Solo hay que no perder la fe en él. Pero esta fe en el progreso no se funda en Dios, sino en el ser humano. Por eso está condenada al fracaso desde el principio.

Por eso sus plagas vendrán de repente y en un solo día. Muerte, llanto y hambre. Será quemada con fuego. Porque fuerte es Dios, el Señor, que la juzga. Y él ordena a la bestia, a la fiera que salió del mar, ejecutar este juicio.

Y todos llorarán y harán duelo por esta caída, por la destrucción de Babilonia. Sobre todo todos los reyes que anduvieron con ella y por eso pudieron vivir a lo grande, como la ramera misma.

Cuando aquel día vean de lejos el humo de su incendio, y el temor y el espanto los asalten a ellos mismos, dirán: «¡Ay! ¡Ay! ¡La gran ciudad, Babilonia, la ciudad fuerte y poderosa! En una sola hora ha llegado su juicio, y su riqueza y su influencia se han desplomado en un gran montón de escombros».

Los mercaderes de la tierra están horrorizados y lloran y hacen duelo por la muerte de la ramera, porque ya nadie compra su mercancía. Porque todo el sistema económico mundial se ha derrumbado. Se comerciaba con oro, plata, piedras preciosas, perlas y lino fino; con púrpura, seda y escarlata; con madera de tuya, objetos de marfil, objetos de madera preciosas; con bronce, hierro y mármol; con canela, amomo y ungüento; con productos de resina e incienso; con vino, aceite, flor de harina y trigo, con ganado y ovejas, caballos y carros; con siervos y almas humanas. Todos los frutos selectos que disfrutaste ya no están. Tu esplendor y tu brillo han desaparecido.

Los mercaderes que comerciaron con todas estas cosas y se enriquecieron se mantendrán a lo lejos por temor a su tormento, llorando y haciendo duelo.

Dicen horrorizados: «¡Ay! ¡Ay! ¡La gran ciudad! La que estaba ricamente vestida de lino fino, púrpura y escarlata, y dorada con oro, y cubierta de piedras preciosas y perlas».

Los mercaderes están conmocionados, porque bastó una sola hora para devastar esta gran riqueza y destruir el sistema económico mundial.

También la gente de los barcos, los pilotos y todas las tripulaciones vieron desde el mar la caída de la gran ciudad. Vieron la enorme nube de humo como una señal en el cielo y dijeron: ¿Qué ciudad es semejante a esta gran ciudad?

Y echaron polvo sobre sus cabezas y gritaron, haciendo duelo y llorando: «¡Ay! ¡Ay! ¡La gran ciudad!». Porque ella había enriquecido a todos los que tenían barcos mercantes. Y ahora todo ha terminado en una hora y se ha deshecho en nada. Su futuro se ha esfumado.

Pero en el cielo esta caída se vio de una manera completamente distinta. ¡Alégrense y celebren, todos ustedes, santos, apóstoles y profetas! ¡Porque Dios ha ejecutado el juicio sobre ella! Sobre la ciudad en la que ustedes nunca estuvieron en su casa. La ciudad que los odiaba, porque ustedes predijeron su caída. La ciudad de la que ustedes salieron.

Entonces vi cómo un ángel fuerte levantaba una gran piedra de molino y la arrojaba al mar. Dijo: Así será derribada con gran ímpetu Babilonia, la gran ciudad. Como la Atlántida, nunca más será hallada.

La voz de los flautistas, de los arpistas, de los músicos y de los trompetistas no se oírán más en ella. Ella se había encargado de la cultura, del entretenimiento sin fin y de la distracción, y había cautivado a las personas. Tampoco se hallarán más en ella los artistas ni el arte que crearon. Tampoco se oírán más la piedra de molino que molía el grano hasta hacer harina fina. La luz de las muchas lámparas no alumbrará más en ti. Tampoco se oírán más en ti la voz alegre de la novia y del novio.

Porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra, que llevaban tus mercancías a todas partes y abastecían con ellas a todas las personas. Pero eso era como una embriaguez para las personas. Tu comercio era como una hechicería que llevaba a las personas por el camino del error. Tu droga, sí, tu ídolo, era el consumo, y el dinero, Mamón.

Porque al mismo tiempo en ti, la gran ciudad, se derramó la sangre de los santos y de los profetas, y se halló la sangre de todos los que han sido muertos en la tierra. No se quería oír la voz de Dios por medio de estos testigos de

sangre. Babilonia la percibía como una amenaza. La ramera quería borrar todo recuerdo de Dios, el Dador y Creador de todos estos dones y capacidades. Y matar con violencia a los testigos de Jesús, dondequiera que se los pudiera atrapar.

Capítulo 19

Entonces oí una gran voz en el cielo. Venía de una multitud inmensa que gritaba: «Aleluya» —¡alaben a Dios! ¡La salvación viene de Dios el Señor, a quien pertenecen toda la gloria, toda la honra y todo el poder! Porque sus juicios son verdaderos y perfectamente justos. Pues ha juzgado a la gran ramera, que con su prostitución corrompió toda la tierra. Ha reclamado la mucha sangre de sus siervos, que ella derramó con violencia, y ha hecho justicia en ella. Con violencia apagó vidas, y ahora pierde la suya.

Y en el cielo decían: «¡Aleluya! ¡Su humo sube por los siglos de los siglos!». Esta ciudad no volverá a existir jamás. Queda como un montón eterno de ruinas.

Yo, Juan, me alegré de verdad de recibir de nuevo una perspectiva celestial, después de haber visto todas aquellas cosas en la ciudad.

Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron sobre sus rostros y adoraron a Dios, que está sentado en el trono. Y exclamaron a una voz: «¡Amén! ¡Aleluya!».

Entonces salió una voz del trono, que decía: «¡Alaben a nuestro Dios, ustedes que le temen, ustedes sus siervos! ¡Los humildes y pequeños, lo mismo que los grandes!».

Después oí la voz de una gran multitud que ya había oído una vez. Era como el estruendo de muchas aguas y como el retumbar de fuertes truenos: «¡Aleluya! ¡El Señor, nuestro Dios, ha comenzado ahora su reinado y su gobierno! ¡Ahora podemos dar rienda suelta a nuestra alegría, estar contentos y darle la gloria! Ha llegado el momento. Se ha alcanzado la meta. Estamos seguros para siempre. Para siempre en casa, con Dios y con el Cordero. Todos los enemigos han sido vencidos. Comienza un tiempo nuevo. Porque Dios ha establecido su reinado, visible y presente en todas partes».

Desde que había sido arrebatado al cielo, ya había visto varias veces el final de la historia del mundo y la caída de los enemigos de Dios. Ahora era seguramente la *cuarta vez* que se me mostraba el camino hacia la meta de la

historia de la salvación, acompañado de júbilo, adoración, grandes voces y truenos.

La culminación de esta *cuarta unidad* fue todavía más hermosa que en las visiones anteriores. Porque desembocó en una boda celestial. ¡Había llegado la tan anhelada *boda del Cordero*! Y la esposa del Cordero se ha preparado y se ha vestido para esta boda maravillosa. Estaba dispuesta a seguir al Cordero y a esperar su regreso. A la novia se le dio un vestido de boda. De lino fino, resplandeciente y blanco.

Esta mujer era la verdadera *novia*. Ella es la amada del Rey. Su belleza era sencilla, pero auténtica, profunda y pura. Muy distinta de la falsa novia, la ramera Babilonia. Esta tenía que llegar primero a su fin, antes de que ahora pueda comenzar la fiesta de bodas.

La novia es la amada del Cordero. Amada con un amor inimaginable. Un amor hasta la muerte. Porque ella ha emblanquecido su vestido en la sangre del Cordero.

La novia, la esposa del Cordero, son todos los santos de todos los tiempos. Y su vestido de boda refleja todas aquellas buenas obras que los santos hicieron en la tierra. Allí, en ese gran día, serán reconocidas y vistas. Nada de lo que hicieron con entrega incansable por Jesús lo ha olvidado él jamás. El novio, el Cordero, admirará la belleza de la novia en todo lo que ella es para él y en todo lo que ha hecho por él.

Y un ángel me dijo: «¡Dichosos todos los que están invitados a esta cena de bodas del Cordero!». Y el ángel lo confirmó una vez más y dijo: «¡Estas son las palabras verdaderas y fiables del Dios vivo!». Yo ya lo sabía por mi Señor. *Todos* están invitados a la boda y son bienvenidos. Pero solo pueden estar allí los que han aceptado la invitación.

La boda comenzó, y nunca más terminó. Se celebra sin fin. Se celebra el amor del Cordero. Se celebran el reinado y la presencia de Dios. Para siempre.

Eso me conmovió y me sobrecogió tanto que caí a los pies del ángel para rendirle homenaje. Pero él me dijo, casi asustado: «No, no me adores a mí. Jamás. Bajo ninguna circunstancia. Yo soy una criatura. Soy un siervo, como tú también, junto con tus hermanos que también tienen el testimonio de Jesús. Adora siempre solo a Dios. Nunca a seres humanos. Tampoco cuando han muerto. Tampoco a los ángeles. Adora a Dios y al Cordero, a Jesús. Porque el

espíritu de la profecía es el testimonio de Jesús y acerca de Jesús». El Espíritu de Dios da testimonio de Jesús y lo engrandece.

Ahora se abrió algo para mí por *quinta vez*. Por última vez. Esta vez fue el cielo entero el que se abrió frente a la tierra y describió su fin. Comenzó directamente con el regreso del Mesías. Porque ahora apareció él mismo. En persona. Jesús. Vino como *jinete* sobre un *caballo blanco*.

Él, el vencedor, mi Jesús. Al jinete se le llamaba «Fiel y Verdadero». Juzga con justicia en el nombre de su Padre, que lo ha facultado y encargado para ello. Lleva a cabo la justicia, ejecutando la justicia.

De nuevo vi, como ya antes, sus ojos, que eran como llamas de fuego. Ojos que lo ven todo, lo penetran, lo evalúan y lo juzgan. Sobre su cabeza lleva muchas diademas. La dignidad real le pertenece solo a él. No a la bestia ni al dragón con sus diademas. Lleva escrito un nombre que solo él conoce, nadie más. Un nombre que ha recibido de su Padre y que expresa su relación única con él.

Llevaba puesta una ropa teñida en sangre. Me llamó la atención que ya estaba teñida en sangre antes de que él viniera a la tierra. Sí, era su propia sangre, la que derramó por nosotros. Esta muerte sacrificial le dio el derecho de salir ahora a esta batalla espiritual. Entre otros nombres lleva también el título: *La Palabra de Dios*. Sí, él es lo que Dios tiene que decir. Él es el Logos, aquel que expresa quién es Dios, qué quiere Dios y qué dice.

Como ya había visto antes, no estaba solo. Los ejércitos del cielo, los ángeles y los santos, lo seguían sobre caballos blancos. Vestidos de lino finísimo, de tela de lino blanca y pura, del color de la victoria. Un ejército imponente.

De la boca del primer jinete salía una espada afilada, para herir con ella a los pueblos rebeldes. Lo que él diga sucederá, y es la verdad. Su palabra es su arma más poderosa. La palabra de la verdad y de la justicia.

Comprendí que estas imágenes militares y bélicas no se pueden trasladar literalmente, una a una. No habrá realmente una batalla material. No, la victoria ya se ganó en la cruz. No se gana en este día de la aparición. Cristo, el Cordero, no es un guerrero sanguinario y cruel. La bestia anticristiana sí que lo es. Cristo no es un ángel vengador. ¡No! Él es el juez justo e incorruptible, que dicta sentencia y ejecuta la justicia por medio de la verdad de su palabra. Él es y sigue siendo el Cordero. También en este acontecimiento es así. Solo él juzga al ejército de la bestia, no los que le siguen. Su palabra es la espada de dos filos. Su

palabra basta. Eso lo había vivido yo entonces en el huerto, cuando buscaban a Jesús y querían prenderlo. Cuando dijo: «Yo soy», todos cayeron al suelo como fulminados. Cuando él venga, su presencia visible bastará para poner a todos de rodillas.

Él será el pastor con una vara de hierro. Gobernará a las personas con el cuidado y el afecto de un buen pastor.

Y él pisa el lagar del furor y de la ira de Dios, el Todopoderoso. Aunque Cristo es el Cordero, y aunque la gracia de Dios es inagotable, aquí, en la confrontación final, ella calla y se oculta, porque ahora tiene que ejecutarse la justicia sobre los que luchan contra él, los que lo rechazan, sí, los que lo odian. Sigue siendo cierto: es algo terrible caer así en las manos del Dios vivo.

Otro nombre está escrito en su ropa y en su muslo, un nombre que significa el fin de toda oposición: **Rey de reyes** y Señor de señores.

Cuando vi venir a este jinete con su ejército desde el cielo hacia la tierra, apareció otro ángel, que gritó con gran voz a todas las aves del cielo: «¡Vengan todas aquí y congréguense para la gran cena de Dios! Para que puedan comer carne de reyes, de capitanes, de fuertes, de caballos y de los que montan en ellos. La carne de todos, de libres y de esclavos, de grandes y de pequeños». ¡Qué contraste con la cena de bodas del Cordero, a la que todos habían sido invitados! Este lenguaje era espantoso, pero también típicamente apocalíptico. Este lenguaje drástico tenía un único sentido: advertir a todos que no tomaran este camino, por el que andaban todos los que habían adorado a la bestia.

Ahora vi en la tierra un ejército enorme. La bestia que sube del mar, ese soberano mundial anticristiano, y los reyes de la tierra y sus ejércitos estaban reunidos para hacer la guerra contra el que montaba el caballo y contra su ejército, que venía del cielo.

Era una situación absurda. ¿Cómo era posible que unos seres humanos se aliaran y se enfrentaran al Rey de reyes? ¿Cuán grande puede ser la ceguera? ¿Cuán grande la arrogancia? Una empresa demencial: luchar contra el Hijo de Dios y desafiarlo. Pero, en definitiva, esta confrontación había consistido siempre también en esto: la bestia era un seductor satánico y Cristo, la verdadera Palabra de Dios.

Por consiguiente, tampoco hubo batalla. Ninguna matanza con muertos en ambos bandos. No. La bestia fue apresada. La resistencia era inútil. Junto con la bestia fue eliminado también el falso profeta, que con sus señales milagrosas

había engañado a la gente para que sirviera a la bestia y le rindiera homenaje. Los dos hombres, a los que yo había visto surgir como la bestia que sube del mar y como la bestia que sube de la tierra, fueron apresados y arrojados vivos al lago de fuego que arde con fuego y azufre. Allí no fueron llevados para ser aniquilados. El lago de fuego es más bien la encarnación de la lejanía de Dios, de la soledad, del vacío y de las tinieblas. Un lugar y un estado que, como ya se ha mencionado, no tiene fin. Un lugar sin salida y sin vía de escape. Sin esperanza. Aquí terminó la historia terrenal de estos dos hombres, y Dios no tenía otro lugar para ellos que este. Todos los juicios que habían experimentado en la tierra —comparables a los del faraón en Egipto cuando fue confrontado con Moisés— no llevaron a estos hombres al arrepentimiento. En el sentido más literal de la palabra, como bestias, solo habían seguido sus instintos.

Los demás, los que habían seguido a las dos bestias, fueron muertos por la espada afilada de aquel que había encabezado el ejército celestial sobre su caballo blanco. Todas las aves que habían respondido a la llamada del ángel se saciaron. Muchísimos soldados habían seguido a los espíritus semejantes a ranas, que habían salido a reunir a los reyes de la tierra en este lugar, en Armagedón, como yo lo había visto en la sexta copa de la ira.

Cristo, el Redentor del mundo y el que lleva el mundo a su consumación, terminó la lucha contra el mal tan rápido como había comenzado. El Maligno, y con él el mal, ha sido vencido.

Capítulo 20

Entonces vi a un ángel que descendía del cielo. Tenía la llave del Abismo, del abismo sin fondo. Además, una gran cadena de hierro en su mano. Y el dragón, la serpiente antigua, Satanás, fue apresado. Fue encadenado por 1000 años, arrojado al abismo y encerrado. No opuso resistencia. Sabía que había llegado su hora. El abismo fue cerrado y sellado. Durante mil años ya no podía engañar a las naciones. Cuando hayan pasado los 1000 años, tendrá que ser soltado por un breve tiempo.

Me alegré de que Satanás quedara bajo llave y cerrojo. ¡Pero me extrañó que no fuera arrojado también, como la bestia y el falso profeta, al lago de fuego! ¿Podía ser posible que Dios le diera al seductor de la humanidad, al homicida desde el principio, otra oportunidad para hacer el mal? ¿Iba a repetirse el drama

una vez más? Cuando vi la escena siguiente, empecé a comprender lo que debía entender y lo que significaba.

Vi tronos dispuestos. En ellos estaban sentados los mártires, que venían del tiempo del dominio de la bestia. Ahora había llegado su hora de juzgar. De los mártires se decía: Vi las almas de los que habían mantenido fielmente el testimonio de Jesús y habían obedecido la Palabra de Dios hasta el final. Por eso habían sido decapitados y, a causa de su fidelidad, habían perdido la cabeza y con ella la vida. No habían adorado a la bestia, al dictador anticristiano, ni a su imagen. Tampoco habían aceptado la marca de la bestia en su frente ni en su mano. Estos testigos de sangre y mártires volvieron ahora a la vida en la resurrección de entre los muertos. Y con ello había llegado su tiempo de juzgar y reinar, junto con el Cristo, el Mesías. Durante 1000 años.

Algo parecido había leído en el profeta Daniel, en su capítulo siete. Allí era vencida la más terrible, la última de las cuatro bestias, la que había matado a los santos. Pero luego estos santos recibieron del mismo Dios tronos, dominio y un reino. Y eso sucedió también aquí. Si antes la bestia había vencido a los santos en su reino, que duró 3 ½ años, ahora los mártires fueron justificados. Todo se volvió a su favor. Se les confió el juicio y se les entregó el dominio, junto con el Mesías. Pero no por *3 ½ años*, sino por *1000 años*.

Todos los demás que habían muerto —y eran todos los que habían seguido a la bestia y al falso profeta— no volvieron a la vida. No hasta que hubieran pasado los 1000 años.

En los escritos de los judíos había leído a menudo sobre un reino intermedio que había de establecerse después de la venida del Mesías y antes de la nueva creación. Aquí me di cuenta de cómo —igual que antes otras figuras del mundo de ideas de los judíos y de los mitos de los griegos— se le daba un nuevo sentido. Con esta imagen se quiere describir de forma impresionante la caída de la bestia y el triunfo de los mártires. Esta imagen del reino de los 1000 años tiene la función de demostrar la victoria de los mártires sobre la bestia. Solo a eso apunta, y no a un reino literal de duración limitada. Más bien, yo debía contraponer los 1000 años únicamente a los breves 3 ½ años.

Porque la resurrección de los mártires es la *primera* resurrección. Dichoso y santo el que tiene parte en esta primera resurrección. Sobre estos resucitados la *segunda muerte* no tiene poder. Todos estos resucitados, y a ellos pertenecen también *todos* los seguidores de Jesús, serán sacerdotes de Dios y de Cristo. Sí,

Cristo nos ha hecho sacerdotes y reyes. Y ahora había llegado el tiempo en que esto se cumple sin restricción. Reinarán con Cristo mil años.

La bestia, en cambio, sufre la *segunda muerte*, y con ello termina este reino tenebroso.

Esta imagen de la caída de la trinidad diabólica —del dragón, la bestia y el falso profeta— se intensifica todavía una vez más. Para mostrar finalmente que la victoria de los mártires en el reino de Cristo nunca más puede ser revertida, se le da al diablo una última oportunidad de volver a engañar a los pueblos.

Después de mil años, Satanás será soltado de su prisión. Saldrá hacia todos los puntos cardinales y engañará a todas las naciones. A Gog y a Magog los reunirá para la guerra. Un ejército simbólico, tan numeroso como la arena del mar. Subieron sobre la anchura de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada, la inexpugnable Jerusalén celestial.

¿Qué iba a pasar? Sucedió rápidamente y sin lucha. Descendió fuego del cielo y consumió al enorme ejército.

Ahora había llegado el momento que yo había estado esperando. El seductor de las naciones, el diablo, fue arrojado al lago de fuego que arde con azufre. Allí ya esperaban la bestia y el falso profeta. Allí serán atormentados día y noche, por los siglos de los siglos. Allí se volvió a encontrar la trinidad satánica que había levantado a las naciones contra Dios y el Cordero y había vencido a los santos, a los seguidores de Jesús.

La victoria de los santos es la *última palabra* de Dios. El nuevo engaño del diablo no es una repetición del dominio de la bestia, sino una *señal* de que, después de la venida visible del Mesías, el jinete sobre el caballo blanco, la cuestión del poder ha quedado resuelta de forma definitiva y para siempre. Ahora, en efecto, ya no puede haber ninguna nueva rebelión. Del mismo modo que tampoco el reino de Cristo corre ya peligro, después de los 1000 años, de poder ser arrollado otra vez. Es eterno y se cumple en el nuevo mundo de Dios, que pronto se me permitió ver.

Yo, Juan, empecé a comprender que ahora había llegado el fin de la historia del mundo y el fin de la primera creación, la creación caída. Vi un gran *trono blanco* y al que estaba sentado en él. Ante esta persona huyeron literalmente el cielo y la tierra, el universo entero.

Vi a innumerables personas. Todos los que han vivido alguna vez estaban de pie delante del trono. Los pequeños y los grandes. Todos fueron llamados allí y

tenían que comparecer allí. No hubo ni una sola excepción. Y todos fueron tratados por igual.

Era el gran día del juicio. El *Juicio Final*. El día en que todo lo que los seres humanos han hecho es juzgado con justicia por Dios. El día en que cada persona toma conciencia definitivamente de que debe rendir cuentas ante su Creador por todo lo que ha hecho.

Se abrieron libros en los que estaban registrados la trayectoria de vida y todos los pensamientos, motivos y hechos de las personas, como en una memoria perfecta con una capacidad de almacenamiento infinita. Pero también había allí otro libro. El libro de la vida. Fue abierto.

Los muertos que estaban allí fueron juzgados con justicia según lo que habían hecho.

Los muertos venían realmente de todas partes. También de allí donde se pensaba que habían desaparecido para siempre. Venían de las profundidades del mar. También la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos. Y todos los muertos fueron juzgados según lo que ellos mismos habían hecho.

Entonces la muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. La muerte fue vencida definitivamente, y el reino de los muertos con ella, porque ya no se necesitaba. El orden anterior de todas las cosas llegó aquí a su fin. El lago de fuego es la segunda muerte, la última y definitiva muerte. No es un lugar de aniquilación. Porque allí las personas siguen existiendo. Pero en un estado en el que sentirán el mal que han hecho contra Dios y contra los seres humanos.

Aunque todas las personas fueron juzgadas con toda exactitud y justicia según sus obras, también se examinó si estaban inscritas en el libro de la vida. Esa era allí una cuestión importante, sí, la más importante de todas. La cuestión era si alguien había creído en el Cordero y lo había seguido, para recibir la vida eterna. En este libro de la vida del Cordero estaban registrados todos los que habían adorado al Dios vivo.

Si alguno de los que estaban delante del trono no era hallado en este libro, era arrojado al lago de fuego. Incluso cuando en los libros se encontraban muchas buenas obras, pero su nombre no estaba en este libro. Fueron entregados al lago de fuego. Las personas quedaron paralizadas de espanto y desesperación. Porque nadie quería llegar jamás a este lugar terrible. Y nadie estaba predestinado a ello. Es el lugar en el que las personas reciben su justo castigo, la consecuencia de sus malas obras, y en el que Dios, incluso en gracia,

toma en cuenta sus buenas obras, las que hicieron conscientemente. Los que fueron hallados en el libro de la vida entraron en el gozo eterno de su Señor. Sin merecerlo, por gracia, porque confiaron en el Cordero, que había muerto por sus malas acciones.

Los otros fueron a la lejanía de Dios. Una despedida sin regreso para los que fueron arrojados al lago de fuego. También aquí la imagen era tan impresionante porque sirve de advertencia para todos los que la oyen. Para todos a quienes Dios les da igual. También a ellos se les quiere alcanzar por medio de este lenguaje drástico.

Capítulo 21

Yo, Juan, había visto en mi viaje por el cielo muchas cosas que conocía, así o de forma parecida, por nuestra Biblia hebrea. Ahora se me permitió ver el cumplimiento, sí, la consumación de todas aquellas promesas. Solo porque conocía las Escrituras del antiguo pacto podía entender en absoluto lo que significaban todas las señales y los acontecimientos que veía.

Ahora vi lo que es el *cumplimiento* de nuestra esperanza y nuestra expectativa: vi un cielo nuevo y una tierra nueva. La tierra antigua, tal como yo la conocía, ya no estaba.

El mar ya no existía. El mar en sentido figurado, del que había subido la bestia, el mar amenazante y agitado de los pueblos, había desaparecido.

No vi esta tierra nueva como me lo había esperado. Como un idilio natural, con montañas, ríos, plantas y lagos. Se me mostró, como muchas otras cosas antes, de nuevo en símbolos e imágenes: como *ciudad*, como *novia* y como *jardín*. Eso describía la nueva realidad desde la perspectiva de aquello que más anhela nuestro corazón: la relación, la cercanía y la presencia de Dios y del Cordero. Naturalmente habrá montañas, ríos, plantas, lagos y animales como en la primera creación, porque esta era, en efecto, muy buena.

La promesa de un cielo nuevo y una tierra nueva la conocía por Isaías 65 y 66.

Entonces vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo sobre la tierra nueva. De parte de Dios, saliendo de su trono. Aquí se cumplía su designio.

Esta ciudad era como una novia que se ha engalanado para su esposo. Y enseguida iba a saber qué pasaba con esta ciudad. Era la comunidad consumada

de los redimidos. Por un lado, ellos eran la ciudad y, por otro, vivían en la ciudad. Todas las imágenes que vi eran, de una manera especial, multidimensionales y de múltiples significados. Sencillamente elocuentes. Distintas de nuestra antigua realidad terrenal, en la que todavía vivimos.

Oí una gran voz que decía desde el trono: He aquí la *morada de Dios* en medio de los seres humanos. Y Dios establecerá su hogar eterno, su lugar de residencia, con los seres humanos. Y morará con ellos. En la tierra nueva. Y los seres humanos serán sus pueblos. Y Dios mismo, el Eterno y Todopoderoso, tendrá comunión con ellos. Su Dios. Lo verán tal como él es. El cielo y la tierra se unen. El mundo invisible se convierte en el mundo visible. La fe ha llegado a la vista.

Y él, como una madre que consuela, enjugará toda lágrima de sus ojos. Lágrimas de tristeza, de miedo y de desesperación no habrá nunca más. Todo se convertirá en una alegría sin preocupaciones. Toda afrenta será quitada. La muerte, que todos temen y que todo lo destruye, ya no existirá. Ya no habrá tristeza, ni clamor, ni tampoco dolor. Porque lo primero, lo antiguo, lo caído, lo perdido y lo desesperanzado ya no existe.

Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.

Y el que estaba sentado en el trono me habló directamente a mí y me dijo: «Escribe, porque estas palabras son ciertas y verdaderas. Son absolutamente fiables». Si uno veía lo que yo veía y oía lo que yo oía, estas palabras eran exactamente las adecuadas para mí. Porque era tan increíblemente glorioso conocer un mundo tan distinto, frente al mundo en el que yo vivía. Y de verdad ha de llegar así. Sí, para Dios todo existe ya. Porque le oí decirme: «Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega. El principio y el fin. Siempre he estado aquí y siempre estaré. Lo que prometo, lo haré. Pueden confiar en mí».

Al que tenga sed le daré agua viva de mi fuente. Gratuitamente y de balde. Agua que no apaga la sed del cuerpo, sino la sed de mí y de la vida auténtica y verdadera. Cada uno puede venir y beber: de la vida eterna, de mi nueva creación, del glorioso hogar. Me impresionó profundamente cómo mi Dios anhelaba a los seres humanos, cómo los llamaba a todos a formar parte de su nueva creación. Pero él no tomaba la decisión por las personas. Tenían que decidir *ellas mismas* beber de esta agua de vida, recibiendo el evangelio de la gracia.

Los que vencen y creen lo que yo digo, y se aferran a ello, heredarán esta nueva creación. ¡Pero no hay victoria sin lucha! No triunfal ni perfecta, pero decidida por Jesús. No un triunfo fácil. Sino que el camino angosto hacia el nuevo mundo de Dios es exigente y sin concesiones. El nuevo mundo les pertenecerá. Yo seré su Dios y él será para mí hijo e hija.

Pero no todas las personas llegan a ser hijos e hijas de Dios. No todos vivirán la tierra nueva: los cobardes, que siguieron a Jesús solo a medias por miedo a la persecución; los incrédulos, a quienes Dios les es indiferente; las personas que cometieron actos abominables; los homicidas y los pervertidos sexuales; los ocultistas, que se metieron con los demonios; los idólatras, para quienes el dinero, el honor y la autorrealización eran lo más importante; y los mentirosos, cuya vida entera era una mentira. Todos ellos sufrirán la segunda muerte, porque no se convirtieron. Porque no bebieron del agua de la vida, este regalo gratuito de Dios. Terminarán en el lago de fuego que arde con azufre. Rechazaron toda advertencia. Su existencia eterna está llena de autorreproches, porque no hicieron caso a las advertencias de Dios.

Entonces vino uno de los siete ángeles que tenían las últimas copas de la ira. Me dijo: «Ven! Te mostraré la novia, la esposa del Cordero». Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto. Como antaño al antiguo profeta Ezequiel. Desde allí la vista era imponente. Y vi la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, a la tierra. Esta ciudad estaba habitada, sí, llena de la gloria de Dios. Resplandecía como una piedra preciosa. Su brillo era como el de un cristal, como un jaspé.

La ciudad estaba rodeada por un gran muro. Sí, la inseguridad constante y el acoso que sufría la iglesia se habían transformado en la preservación y la protección perpetuas de Dios.

Tenía 12 puertas. Había, pues, un dentro y un fuera. En las puertas había doce ángeles como guardianes. Al mismo tiempo, como representantes de las 12 tribus de Israel. Sobre las puertas se podían leer sus nombres. Ya los conocía, desde antes de ver la gran multitud internacional delante del trono. En el lado oriental había tres puertas, y también en los lados norte, sur y occidental.

El pueblo de Dios, tanto del antiguo como del nuevo pacto, estaba unido para siempre en esta ciudad. Eso se veía también en la parte de abajo de la ciudad. Vi doce cimientos. Sobre cada uno de estos cimientos estaba el nombre de uno de los doce apóstoles del Cordero. Yo, Juan, me asombré mucho:

también encontré allí grabado mi nombre. ¡Qué honor para nosotros, los discípulos!

El ángel que hablaba conmigo tenía en la mano una medida, una caña de oro para medir, para medir la ciudad, sus puertas y su muro.

La ciudad era cuadrangular. Como un cuadrado. Le dio una medida de casi 2300 km. La longitud de la ciudad, su anchura e incluso su altura son iguales. Así que la ciudad tenía la forma de un cubo. Todas las longitudes eran perfectamente iguales.

Yo sabía que las antiguas ciudades de Babilonia, Nínive y también Roma estaban trazadas en forma cuadrada. Pero no en altura.

¿Qué me recordaba esto? Sí, solo había un cubo que yo conociera, y era el Lugar Santísimo en el tabernáculo y en el templo. Ese lugar era como un cubo perfecto. En él estaba el arca del pacto. Era el trono de Dios. Así que esta enorme ciudad era como el Lugar Santísimo, donde Dios mismo habita. Eso me confirmó lo que ya había oído. Dios habitará con los seres humanos y así traerá el cielo a la tierra y hará de la tierra su Lugar Santísimo.

Todas las dimensiones de la ciudad eran sobrenaturales, espirituales y simbólicas. De una profundidad y una amplitud inmensas. Ahora se midió el muro. Tenía 12 x 12, es decir, 144 codos de ancho. El codo de un ángel es también el codo de un ser humano. Así que el muro tenía unos 70 metros de grosor o de altura. Un muro infranqueable, que representaba y garantizaba la seguridad de la gran ciudad santa.

Así como yo ya había visto resplandecer la ciudad, el muro era de jaspe. Así era también el aspecto de aquel a quien yo había visto al principio de todo sentado en el trono. La ciudad entera era de oro purísimo, como vidrio transparente. En nuestros días todavía no existía el vidrio claro y transparente; por eso es algo muy especial lo que vi.

Cada uno de los doce cimientos, en los que estaban grabados los nombres de los Doce, consistía, según parecía, en una piedra preciosa valiosa. Como una joya de una belleza inimaginable.

El primer cimiento, con jaspe; el segundo, con zafiro; el tercero, con calcedonia; el cuarto, con esmeralda; el quinto, con sardónice; el sexto, con sardio; el séptimo, con crisólito; el octavo, con berilo; el noveno, con topacio; el décimo, con crisopraso; el undécimo, con jacinto; el duodécimo, con amatista.

La mayoría de estas piedras preciosas las conocía por el pectoral del sumo sacerdote. Eso no podía ser casualidad.

Y las doce puertas de la ciudad eran —apenas podía creer lo que veían mis ojos— doce perlas gigantescas. Cada una de las puertas era de una sola perla enorme y sin mancha.

La calle principal de la ciudad, su arteria vital, era de oro puro, como vidrio transparente. Sí, todas las calles de la ciudad eran así.

En la ciudad de Jerusalén no vi templo, lo cual me extrañó. Porque, si una ciudad tenía un templo, esa era Jerusalén. Pero el Señor, Dios, el Todopoderoso mismo, y el Cordero son su templo. La ciudad entera era, en efecto, un templo, y estaba trazada como un cubo, como el Lugar Santísimo del templo.

Aunque habrá sol y luna, la ciudad no necesita la luz del sol, ni la luz de la luna en la noche. La gloria de la presencia de Dios ilumina la ciudad. La lámpara de la ciudad es el Cordero. Jesús, la luz del mundo. Si un día el sol se apaga, eso no tendrá ninguna importancia para la tierra nueva.

Me acordé de un pequeño detalle de la historia de Israel, cuando vino la novena plaga, unas tinieblas tan oscuras que se podían palpar. Durante tres días. Pero en las casas de los israelitas había luz, allí donde estaban los corderos de la Pascua. Bajo la sexta copa de la ira ya habían venido tinieblas sobre el reino de la bestia. Ahora, en la consumación, el Cordero era la luz de la ciudad. Fuera de la ciudad estaban las tinieblas. Allí se encuentran todos los que no quisieron entrar en esta ciudad.

Aunque hay un dentro y un fuera —los santos en la ciudad, los incrédulos fuera—, esta imagen de múltiples significados de la nueva Jerusalén muestra la tierra nueva, la vida palpitante, el trabajo creativo, los descubrimientos, la cultura, la música, el arte y todo lo demás que Dios ha regalado a los seres humanos como potencial.

Las naciones de la tierra vivirán a la luz de esta ciudad. Sus reyes y pueblos, como dijo Isaías, traerán a ella su gloria. Vendrán a la capital de la tierra nueva y traerán consigo todo lo glorioso, para honra y enriquecimiento de la ciudad.

Las puertas de la ciudad ya no tienen que cerrarse de noche. Ya no habrá noche en absoluto. El peligro de la noche, cuando acechan enemigos y ladrones, ya no existe. El miedo a la noche es para siempre cosa del pasado. Será como un único día.

La gloria y la honra de las naciones, todo lo glorioso que tengan en bienes materiales, intelectuales y espirituales, lo traerán a esta ciudad de Dios. Para alegrarla, honrarla y enriquecerla.

En la ciudad no entrará de ningún modo nada impuro. Los que no «han sido lavados en la sangre del Cordero» no tienen acceso. Tampoco nadie que haya cometido abominaciones. Ningún mentiroso, como Dios mismo ya lo recalcó. Será un lugar santo. En la presencia de Dios todo tiene que estar en armonía con él.

Capítulo 22

Ahora recibí una nueva mirada dentro de esta ciudad. Vi un lugar de vida divina inagotable.

El ángel me mostró ahora un río. Una corriente de agua que fluía. Agua de vida. Clara como el cristal. El agua brillaba y centelleaba como un cristal. Esta corriente de agua salía del trono de Dios y del Cordero. De modo parecido había visto Ezequiel el agua, un río que se hacía cada vez más grande, salir del templo. Ahora sabía de dónde venía realmente este río. Es decir, directamente del trono de Dios. Lo llenaba todo de vida y de crecimiento.

En medio de la ciudad estaba la calle principal de oro, y junto a ella se encontraba el río del agua de la vida. A ambos lados de la calle y del río se veían los árboles de la vida. Da fruto doce veces al año. Cada mes madura su fruto. No es comparable con nuestra naturaleza actual. La cantidad y la variedad de los frutos eran indescriptibles.

Las hojas de estos árboles son como medicina para sanar a las naciones. En realidad ya no habrá enfermedad de tipo físico ni psíquico. Nadie, tampoco ningún pueblo, volverá a ser atacado por epidemias, por nada que enferme o debilite. Las fuerzas sanadoras de la eternidad los guardarán de ello.

Ya no habrá maldición. Ha sido abolida por Cristo y su sacrificio en la cruz. Este era ahora un paraíso nuevo y mejor que el del Edén al principio. Porque Cristo murió como un cordero y resucitó. Como principio y origen de la nueva creación.

Sí, el único trono de Dios y del Cordero estaba en esta ciudad. Como si Dios y el Cordero se hubieran mudado del cielo para vivir con los seres humanos. Había trasladado a la tierra su trono, desde el cual gobierna el universo.

Y sus siervos le servirán con alegría. Y verán su rostro. El rostro de Dios. Eso es lo más alto que puede haber para unas criaturas. Sobre todo porque todos ellos fueron un día pecadores impíos. ¿Quién puede comprender este milagro de la gracia?

El nombre de Dios estará escrito en sus frentes, porque son de su propiedad.

La noche de la muerte, del miedo, de la soledad y del peligro ya no existirá.

Ya no se necesitará una lámpara que lo ilumine todo. Tampoco el sol será ya necesario. Cuando un día se haya consumido, no hará falta. Dios mismo y el Cordero serán su luz y brillarán sobre ellos.

Reinarán por los siglos de los siglos. No sobre seres humanos. Ahora llevarán a cabo el encargo de la creación, dado al principio, de someter la tierra. Tal como Dios lo quiso. Todos los redimidos cumplirán sus tareas en la nueva creación con alegría y con un profundo sentido.

Así se me permitió echar una mirada al nuevo mundo que todos esperamos. Vi la nueva creación de forma multidimensional, en metáforas cambiantes: como novia, como ciudad y como jardín. La vi como el Lugar Santísimo, que ahora se extiende por toda la tierra. Todas las personas, dondequiera que estén en la tierra nueva, verán el rostro de Dios. Porque él habitará visible para todos en la tierra. Tendrá comunión con ellos, los visitará y hablará con ellos. Como antaño en el Edén, con Adán y Eva, al aire del día. Conversaremos con Dios y con el Cordero. Haremos muchas preguntas y recibiremos respuestas que no esperábamos.

Y el ángel me dijo: «Estas palabras de Dios son ciertas, verdaderas y fiables. El Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado a su ángel para mostrar a sus siervos lo que debe suceder pronto. ¡He aquí! Yo, Jesús, vengo pronto, sí, ¡de improviso!

¡Dichosos todos los que guardan las palabras de este libro y las ponen en práctica!».

No hace falta entender el sentido de todas las palabras e imágenes. Pero, animados por la victoria de Dios y del Cordero, guardamos el mensaje del libro y seguimos al Cordero.

Yo, Juan, vi y oí todo esto. Caí a los pies del ángel que me lo había mostrado. Tan abrumado estaba. Entonces el ángel habló, y me acordé de que eso ya había sucedido una vez: «No lo hagas bajo ninguna circunstancia. Yo también soy solo un siervo de Dios, igual que ustedes, los seguidores de Jesús. Nosotros, los

ángeles, servimos a tus hermanos y hermanas, y a los profetas, y a todos los que se aferran a las palabras de este libro. Adora solo a Dios».

Después me dijo: «**No** selles las palabras de la profecía de este libro, como antaño tuvo que hacerlo Daniel. Porque el tiempo está cerca. Las palabras valen para este tiempo. Ya hoy».

El que hace injusticia, que siga haciendo injusticia; y el que se complace en la impureza, que siga contaminándose. Pero que piense en el fin y reconsidere su vida. Pero el que obra como es justo, que siga haciendo lo justo; y el que lleva una vida santificada, que siga viviendo como agrada a Dios. Así viven los vencedores, que se mantienen firmes y fieles hasta el fin y no se rinden ante el desánimo, el miedo o el fracaso. Si caen, se levantan de nuevo, porque viven en la fuerza de la gracia de Dios.

¡He aquí, vengo pronto, rápido y de improviso! Estén, pues, preparados en todo momento para salir a mi encuentro con alegría y expectación. Traeré conmigo la recompensa para cada uno. La recompensa que cada uno ha merecido, según hayan sido su obra, sus hechos y su trabajo.

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Con este nombre firmo yo, Jesús, todo el libro del Apocalipsis.

¡Dichosos los que lavan sus ropas en la sangre del Cordero! Con la ropa sucia de su vida no pueden venir jamás a la boda del Cordero. Pero si lavan sus ropas creyendo en mí, Jesús, y en el perdón por medio de mi muerte, entonces podrán comer del árbol de la vida. Entonces entrarán por las puertas de perla de la gloria en la nueva Jerusalén, la ciudad santa.

Cada uno puede venir. Quien se queda fuera lo ha querido así él mismo. Fuera se quedan los perros, que están atados a lo impío, quieren permanecer en ello y rechazan la redención. Los hechiceros, que se han metido con poderes tenebrosos. Los fornicarios, que han venerado el sexo como a su dios. Los homicidas, los idólatras y todos los que aman la mentira. Porque amaron el pecado más que a Dios y no quisieron convertirse, no pueden entrar en la alegría eterna de la ciudad de Dios.

Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para mostrarles y testificarles todas estas cosas. Viene de mí. No es una invención de seres humanos ni de ángeles. Todas las iglesias, no solo las siete de Asia Menor, deben saberlo.

Yo, Jesús, soy la raíz de David, el Mesías prometido. El verdadero descendiente de David. Yo soy la estrella resplandeciente de la mañana. Yo soy

la estrella de la que habló Balaam hace mucho tiempo, que había de salir de Israel. Como Redentor del mundo y el que lleva el mundo a su consumación, que trae una mañana eterna a la que ya no sigue ninguna noche.

Y el Espíritu Santo y la iglesia-novia de todos los seguidores de Jesús dicen: ¡Ven, Señor Jesús! Y todo el que oiga este clamor, que se una y diga: ¡Ven! Expresemos nuestro anhelo y pronunciémoslo.

El que tenga sed —de Dios, de paz, de vida, de sentido y de esperanza—, ¡que beba del agua de la vida! Mientras todavía hay tiempo, mientras dura la gracia, se puede recibir de balde. No se puede adquirir por medio de buenas obras. Hay que tomarla de balde. ¡Solo la recibimos gratis!

Dios persigue su meta con los seres humanos con santa pasión y trata de ganar los corazones para pasar con él la eternidad.

A todo el que oye las palabras proféticas de este libro le digo: «Si alguien añade deliberadamente algo a este libro, y con ello falsea el mensaje del libro, Dios le añadirá las plagas que están escritas en este libro.

Si alguien quita algo del mensaje de este libro y lo oculta, entonces Dios le quitará el acceso al árbol de la vida y a la ciudad santa».

El que da testimonio de todas estas cosas, porque quiere que las sepamos, dice: «¡Sí, vengo pronto!».

Respondemos llenos de esperanza: ¡Amén! Ven, Señor Jesús.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos los santos, en todo tiempo y en todo lugar. Hasta que él venga.

«Dios mismo será la meta final de nuestro anhelo, a quien contemplaremos sin fin, a quien amaremos sin bastío ni cansancio y a quien alabaremos».

Agustín de Hipona

Para terminar

Espero de verdad que, al leer, usted haya sentido cómo Dios le habla y cómo lucha por su corazón. Cómo anima, enseña, pero también advierte contra todo lo que no viene de él y, por eso, nos hace daño.

Dele gracias por todo lo bueno que ha dicho acerca de usted y también directamente a usted.

Si tiene preguntas, escribanos: info@kirchefüralle.de

Escribanos también si le interesa conocer de esta forma las demás cartas del Nuevo Testamento y los evangelios.

Aquí van todavía algunos consejos importantes:

Lea la Biblia. Si es posible, con regularidad.

- Lea la Biblia junto con otras personas, y compartan sus impresiones.
- Empiece por los relatos sobre la vida de Jesús, los evangelios.
- Ore para que Dios le haga viva su Palabra, como si le hablara directamente a usted.
- Lea el texto en voz alta, dos veces seguidas.

Hágale al texto las siguientes preguntas:

- ¿Qué título le daría usted a este texto?
- ¿Qué dice el texto acerca de Dios y de Jesús?
- ¿Qué dice el texto acerca de los seres humanos?
- ¿Qué aprendemos del texto?
- ¿Qué debemos hacer?
- ¿Cómo nos anima esta Palabra?

Cuando vuelvan a reunirse, hablen de sus experiencias y vivencias.

Busque el contacto y la comunión con cristianos que amen y honren a Jesús; que valoren la Biblia, la lean y la tomen en serio.